

*Produzcamos
la
Tierra de Miel*

*en la restauración
de la atmósfera familiar*

Gary H. Tomlinson



Señor, nosotros mismos no pretendemos haberlo ya alcanzado; pero una cosa hacemos... proseguimos, sostenidos por tu gracia.

Y conscientes de que nada somos sin ti, dependemos de tu constante ayuda para mantenernos produciendo la "Tierra de Miel".

Produzcamos
la
Tierra de Miel
(en la restauración de la
atmósfera familiar)

Gary H. Tomlinson

Producciones Tomlinson.
Tel.: 221-9275
tomlinson@protomlinson.com
www.protomlinson.com
Derechos Reservados.
ISBN 978-9962-00-976-4

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	7
LA SABIDURÍA DE DIOS	9
LA VISIÓN DE UNA DIVINA Y MARAVILLOSA INTENCIÓN	11
NADA COMO LA CRUZ	29
LAS CASADAS	33
LOS MARIDOS	39
LOS HIJOS	47
RESCATANDO Y PRESERVANDO NUESTRA NIÑEZ	51
PRODUCIENDO LO BÁSICO	54
LA FORMACIÓN DE NUESTROS HIJOS COMO SERES INTEGRALES.....	76
NUESTRA DEDICACIÓN A ELLOS COMO PARTE DE NUESTRO MINISTERIO	96
LA VISIÓN DE SU CRECIMIENTO.....	107
ADVERTENCIAS DIVINAS	116
LA VISIÓN CORRECTA PARA ASUMIR EL ESPÍRITU CORRECTO.....	120
LA MISMA MENTE.....	123
AUTORIDAD MORAL	132
RESCATANDO Y PRESERVANDO NUESTRA JUVENTUD .	139
MENTALIDADES QUE DETERMINAN LA ATMÓSFERA FAMILIAR	141
SOLUCIÓN DIVINA	148
CAMBIOS A PLAZO FIJO	153
EL TIEMPO APREMIA	157
EPÍLOGO	163

RECOMENDABLE

Una vez, el Dios Todopoderoso expresó su criterio respecto de la escritura y publicación de muchos libros, diciendo:

Ahora, hijo mío, a más de esto, sé amonestado. No hay fin de hacer muchos libros; y el mucho estudio es fatiga de la carne.

Eclesiastés 12: 12

Cuán cierto es que no hay fin de hacer muchos libros. Con sólo considerar la cantidad de libros que se han escrito desde aquella fecha, más allá de 2000 años atrás, se revela cuán cierto es lo que ha dicho Dios en la Biblia. Pero continúa diciendo lo siguiente:

El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre.

Considero que todo libro es el manifiesto y discurso del contenido de la mente del escritor. Y todo libro escrito procura comunicar el resultado del estudio, investigación y experiencia que posee o está al alcance del escritor, de quien se supone que su intención, en la mayoría de los casos, es beneficiar a la humanidad.

Ciertamente hay muchas personas que han escrito del tema de este libro que recomiendo. Libros en que se han invertido muchos recursos y horas de confección, en algunos casos hasta el agotamiento y enfermedad. Pero este libro es uno que puedo recomendar por las razones siguientes tocante al autor:

- *Teme a Dios y guarda sus mandamientos.*
- *Vive en su hogar lo que escribe.*
- *Ejerce una vida ejemplar como esposo de una sola mujer, a quien ama verdaderamente.*
- *Igualmente, ejerce una vida ejemplar como padre de cuatro hijos, que ha demostrado a todas luces que ama.*
- *Su intención es beneficiar a muchos con los mismos*

beneficios con que ha sido bendecido.

Creo que hay una gran responsabilidad en dar el aval a un escrito; especialmente uno de este tenor, tan sensible por cierto. Pero a causa de haber observado muy de cerca los aspectos mencionados, y con la confianza de no ser defraudado, y servir para defraudar a otros, certifico que me consta lo que he presentado, y sé que será de provecho para los lectores.

Carl Caton

INTRODUCCIÓN

Como parte del diseño Divino, desde el principio de la creación, hay un ambiente que Dios tenía intención de producir en la formación del hogar. Estamos hablando de una atmósfera primordialmente de verdadero amor, y así mismo, como producto de aquello, un ambiente de descanso, deleite y satisfacción **continuos**, con todas sus altas y bajas, en el seguimiento de instrucciones dadas por el Diseñador de esta maravillosa experiencia.

La evidente escasez de esta maravillosa experiencia, especialmente en nuestro tiempo, ha sido la motivación para la exposición verbal de los conceptos aquí contemplados. Y en respuesta a la recomendación de mi pastor, Carl Caton, lo he plasmado en texto, lo cual ha llevado a la realidad de esta obra.

Por tanto, debido a su contenido sustancial insto a todos— independientemente de su estado conyugal— a su lectura y estudio para el logro de esta bendición Divinamente establecida, para todos aquellos a quienes se les concede.

Generalmente, al inicio del matrimonio prácticamente todo es espléndido, hermoso, dulce, que es lo que conocemos como la “luna de miel”, y es precisamente la razón por la cual la luna es de miel--por esas características. Sin embargo, al descender de esa “luna” y pisar tierra firme, hay realidades no siempre placenteras en la vivencia de lo cotidiano, que como parte de la vida del hogar, la pareja debe atravesar **porque ahora se están conociendo bajo el mismo techo**. Hay algunos aspectos en la vida de una persona—costumbres y hábitos—que no se revelan hasta que se convive con ella. Hay cierta manera de pensar que se manifiesta sólo bajo ciertas condiciones que son propias del ambiente hogareño. Algunas de estas manifestaciones, por ejemplo, del esposo, se complementarán y tendrán afinidad con ciertas manifestaciones de la esposa; pero otras serán contrarias y hasta desagradables, y viceversa, y es allí donde se necesitará la gracia de Dios para **verdaderamente amar**, que implicará sobrellevar, comprender, soportar y proceder según Su sabiduría du-

rante el proceso del perfeccionamiento de la fusión de ambos en el pasar de los años que vivan juntos. Si no se asume la mentalidad correcta, el hogar que debería ser glorioso y de tremendo testimonio se tornará opaco, monótono y desalentador para los que vienen detrás.

Los temas considerados como el entendimiento de la intención de Dios en el hogar, el papel que le corresponde a los padres e hijos en la ejecución de su responsabilidad primordial, el rescate y la preservación de la niñez y la juventud, y otros más, contribuyen a la riqueza de este contenido tan necesario para la restauración de muchos hogares; y a la vez al estímulo de verdaderos ejemplos que inspiren a las futuras generaciones a desear vivir de igual manera.

No obstante, el amor **desde el punto de vista de Dios** es el ingrediente clave para producir *La Restauración de la Atmósfera Familiar*. Y ese mismo amor está **íntimamente ligado al sacrificio**, a la vida crucificada que cada pareja debe vivir mientras cumpla su responsabilidad principal según Efesios 5:21-29.

Definitivamente hay un tremendo trabajo que hacer, y es mi anhelo a través de los pensamientos vertidos en este libro aportar siquiera mi grano de arena para que en éste, nuestro tiempo, por imposible que parezca,

“Produzcamos la Tierra de Miel”.

LA SABIDURÍA DE DIOS

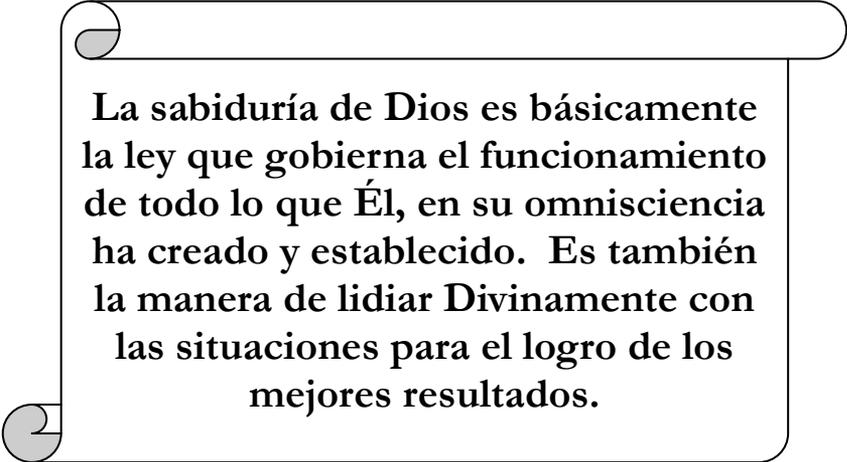
A través de lo que está plasmado en este libro, hay una frase de la cual se hace mención continuamente: “**La sabiduría de Dios**”. Y para efectos de entendimiento considero necesario iniciar con lo que implica este concepto, de tal manera que se perciba claramente lo que procuro dar a entender cada vez que hago uso de esta frase. La importancia de la comprensión de este concepto radica en que nos ayudará a darle tanto el peso como la importancia a las instrucciones necesarias para las soluciones que tanto necesitamos.

La Palabra nos enseña en Oseas 4:6:

Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento.

Mucho se pierde cuando se ignora el significado de ciertos conceptos bíblicos, porque el registro de la importancia y urgencia de la aplicación de las enseñanzas de Dios a nuestras vidas no se logra.

Primeramente:



La sabiduría de Dios es básicamente la ley que gobierna el funcionamiento de todo lo que Él, en su omnisciencia ha creado y establecido. Es también la manera de lidiar Divinamente con las situaciones para el logro de los mejores resultados.

En otras palabras hay una manera de cómo se debe hacer las cosas instituidas por Él, para que funcionen para nuestro beneficio que ha de redundar para Su gloria. Por ejemplo, algo tan sencillo como la obediencia. Si queremos ser

beneficiados por Dios plenamente, gozar de las riquezas de sus bendiciones, disfrutar la satisfacción que solo Él nos puede dar al suplir todas nuestras necesidades, necesitamos obedecerle. Es imposible lograr todas estas cosas sin la obediencia. No hay otra forma, esta es una ley que rige lo que Dios ha establecido, la manera cómo deben hacerse las cosas, **es la sabiduría de Dios.**

Ahora, esta sabiduría Divina tiene un aspecto general, o sea un patrón común de aplicación donde todos debemos ejercerla de la misma manera. Por otro lado, hay un aspecto específico donde la aplicación es efectiva solo en casos individuales. En otras palabras, la manera como se trabaja en este caso “x” produce los resultados que no necesariamente se producirán en este otro caso “y”, aunque sean semejantes. Porque existen condiciones muy particulares que ameritan un tratamiento diferente.

La comprensión y aplicación de este concepto ha redundado en un tremendo beneficio tanto para mí como para mi hogar, y sé que de lograrse lo mismo en usted el provecho no se hará esperar.

Esto nos lleva a la conclusión de que nada de lo que Él ha creado o instituido funcionará como debe si procuramos ejercerlo con sabiduría humana. Las cosas deben hacerse a la manera de Dios, y nuestro desenvolvimiento para el funcionamiento correcto de nuestro hogar depende de **la sabiduría de Dios.**

Por tanto, tengamos presente este concepto a medida que progresamos en este tema de la familia, que es lo que veremos a continuación.

LA VISIÓN DE UNA DIVINA Y MARAVILLOSA INTENCIÓN

Dios instituyó el matrimonio, y, por consiguiente, estableció también cómo debe ser la vida en el hogar. Esto se hace evidente en Génesis 2:18, donde Él mismo dijo:

...No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él.

Adán no le pidió a Dios una mujer; fue Dios quien manifestó esa necesidad, y la suplió, como lo vemos en Génesis 2:21-24, que nos dice lo siguiente:

²¹Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. ²²Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. ²³Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. ²⁴Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.

En ese momento se estableció el primer matrimonio. Ya desde allí, lo que sería la base de la sociedad—la familia—tuvo su inicio, donde el primer hombre con su primera y única esposa gozaron de **la mayor relación íntima posible, humanamente hablando**, dando lugar al desarrollo de ese agradable y singular ambiente característico de la familia según la voluntad y el diseño de Dios.

Como la Biblia nos enseña en Génesis 1:28, Dios los bendijo, y les dijo:

...Fructificad y multiplicaos...

Estas tres palabras no implicarían solamente la procreación, pero también todo lo que conllevaría el estilo de vida

en ese primer hogar a consecuencia de la fructificación: El tiempo de embarazo (implicando los cambios físicos y emocionales que se darían en Eva), la preparación para el alumbramiento, la crianza conforme a la voluntad de Dios, las situaciones que surgirían entre Adán y Eva, y entre ellos y sus hijos, y muchos otros aspectos.

Todo esto en la mente de Dios estaba entrelazado con su gran intención de bendecir a la humanidad que se formaría de esta primera unión. Sí, bendecir en medio de las situaciones adversas en el hogar; bendecir a pesar de los desacuerdos; bendecir al atravesar los momentos que deman-

darían paciencia; bendecir cuando sólo la actitud de sacrificio (por parte del esposo o la esposa o ambos) produciría la solución en un momento dado. Es importante tomar muy en cuenta que esa bendición que se produjo cuando Adán vio a Eva por primera vez, en el momento que fue entregada a él por Dios--y cuando Eva también vio a Adán por primera vez--

bueno, esa bendición era la intención del gran Creador, no sólo para ese momento inicial, pero para que perdurase por el resto de la trayectoria de esa unión. Y esta intención, al paso de los siglos, no ha menguado; se ha mantenido hasta hoy, con la diferencia de que ahora sería hasta que la muerte produjera la separación, a consecuencia de la introducción del pecado. Cuando Dios une a dos personas, y por razones obvias hago hincapié, **hombre y mujer**, ya preparados, en Su Divina estimación, para el gran reto de la vida familiar, en Su mente los está llevando a un nivel de vida superior a la vida que hasta entonces vivían siendo solteros.

Créame, amado lector, al paso de los años tanto mi esposa como yo lo hemos visto así. La vida que ahora vivimos, en una dimensión mayor, es tal que no quisiéramos volver a

La intención del Creador es la de bendecir a la familia con una gloria singular, en una atmósfera que refleja hacia los de afuera el funcionamiento de su diseño.

ser solteros.

Ahora, no estoy implicando con esto que los casados están por encima de los solteros, porque todo está acondicionado a lo que vemos en Mateo 19:10-11, especialmente la porción subrayada:

10Le dijeron sus discípulos: Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse.

11Entonces él les dijo: No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado.

Otro factor determinante es el uso que Dios le quiera dar al individuo. Lo que estoy procurando dar a entender es que para todos aquellos destinados para el matrimonio hay una gloria singular, que como producto de esa unión Divinamente diseñada, Dios desea manifestar tanto interna—dentro del círculo familiar—como externamente (fuera del círculo familiar). Estoy hablando de una atmósfera donde todos en casa experimentan una satisfacción que les infunde la persuasión de que no la encontrarán fuera de esos linderos; un ambiente donde la relación entre cada miembro de la familia sea tan poderosa que ni siquiera se considere la separación por más difíciles y tensas que pudieran ser las diferencias. Y esto especialmente a través del tiempo borrascoso en la adolescencia de los hijos. Una atmósfera donde la interacción entre papá y mamá manifiesta continuamente la misma mentalidad en ambos respecto a la voluntad de Dios acerca del hogar. En nuestra experiencia como familia esta continua unanimidad ha infundido seguridad y tranquilidad en nuestros hijos, al igual que ese sentido de rumbo fijo, algo concreto porque **preva-**

Parte de la gloria del hogar consiste en una interacción entre papá y mamá que manifiesta continuamente la misma mentalidad entre ambos.

lece una **continua** armonía entre la cabeza de la familia y su ayuda idónea, entre el sacerdote de esta pequeña congregación y su sacerdotisa. Y el mismo resultado se producirá en su caso, creando ese ambiente de paz familiar, como el rebaño que descansa en la presencia de su pastor a la luz del Salmo 23, que nos dice:

Jehová es mi pastor; nada me faltará...

Esta porción nos enseña que los hijos de Dios deben ver en Él, en su Pastor, su sustento diario, y confiadamente ir por donde Él los guíe, convencidos de que todo lo que hace proviene de su amor y su buena intención de bendecir en la satisfacción de todas sus necesidades, y mucho más.

La familia es un extracto de la iglesia, es su visión a pequeña escala.

Bueno, lo que Dios es para su pueblo, ya sea directamente o a través del ministerio, es aplicable, a pequeña escala, a lo que el padre (quien principalmente carga con la responsabilidad de la atmósfera en el hogar), respaldado por la madre, debe ser para con el resto de la familia. Esta semejanza cobra mayor peso cuando se percibe a la familia como un extracto de la iglesia, como lo vemos en el libro de Efesios 5:25-32 que nos dice:

25Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, 26para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, 27a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. 28Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. 29Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, 30porque somos

miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. ³¹Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. ³²Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia. ³³Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido.

Esta porción está implicando que hay una función sacerdotal que el esposo, como cabeza de la familia, debe ejercer, no sólo sobre su esposa, pero también sobre sus hijos. El padre, como sacerdote de su familia, debe velar continuamente por ella en todos sus diferentes aspectos--espiritual, emocional, físico, económico, etc. Cuando esta visión penetra y queda en él, su actividad paternal despierta en la familia la seguridad de que nada faltará. En otras palabras, que las necesidades que podrían surgir serán suplidas porque hay una calidad de vida, una actitud, por parte de papá y mamá, que goza del respaldo Divino para el socorro necesario en los momentos adversos. En esta condición la presencia de ambos—papá y mamá—se hace sentir en el apoyo de Dios para la familia a través de ellos.

Hay algo especial que la presencia de los padres produce en la familia cuando sus vidas son íntegras, viviendo en completa armonía el uno con el otro. El incuestionable amor de papá hacia mamá que la inspira a ella a someterse a él confiadamente, sin reservas; donde se torna real aquella frase que emana de ella cuando dice: “Soy tuya.” Y esto no solo en casa, pero aun afuera cuando, por ejemplo, caminan juntos tomados de la mano, especialmente después de varios años de casados.



Esta relación tan importante crea en los hijos ese sentido de que las cosas marchan y marcharán bien porque todo se está haciendo **como Dios lo ha enseñado**, y no conforme a cómo cada cual piensa. Se percibe la obediencia a las instrucciones que emanan del púlpito; hay una consistencia en los padres que agrada a Dios y mantiene las condiciones óptimas en el hogar para la continua manifestación Divina en y a través de ellos.

Es la voluntad de Dios que su continua intervención providencial sea el patrón normal en la familia.

En un paraíso como éste, donde se vive la experiencia de la continua intervención Divina **como lo normal**, ¿quién, en su juicio cabal, se va en busca de algo mejor? Mientras que no ignoramos la posibilidad de las excepciones que pudieran darse como en la parábola del hijo pródigo, necesitamos, por otro lado, percibir que este tipo de ambiente, como el que se ha descrito, debe ser **lo normal**, que es precisamente la intención del Señor. Así es: la experiencia de la evidencia de la mano de Dios a favor de una familia que ha hallado gracia ante Él, por la evidente transparencia en los que la componen, primordialmente los padres, lejos de dar lugar a dudas en los hijos, quienes diariamente los observan. Un ambiente donde el pastoreo Divino es real, como el que se describe en el verso 2 del mismo Salmo:

En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará.

El hogar como una morada de descanso en medio de las turbulencias de afuera que a diario se necesita atravesar; un oasis que refresca en medio de la sequedad de este desierto mundanal. Sí, debe haber un lugar donde se pueda gozar de plena libertad; esto es sumamente necesario para el hombre como ser integral. Nada como “en casa”, donde el reposo, como producto del pastoreo Divino, ministra para aliviar de las presiones o tensiones de afuera. Nada como

“en casa”, aun en lo sencillo, sí, tan sencillo como llegar a la recámara y quitarse los zapatos. Ese deseo de estar en casa, no necesariamente por la casa en sí, pero más bien por la atmósfera que en ella reina a consecuencia de Aquel que reina en sus moradores. El hogar que opera como corriente de aguas restauradoras, un medio fortalecedor en función del verso 3, que nos dice:

Confortará mi alma...

Un lugar de aliento, que levanta a ese niño o a esa niña o adolescente de las tristezas o desalientos que muchas veces lo embargan debido a situaciones que se dan, por ejemplo, en la escuela. Un lugar donde en su niñez y juventud es atendido, y del cual emanan enseñanzas y consejos sabios para encarar las diferentes condiciones de afuera muy particulares de su edad. Así es, la intención de Dios en el diseño de un refugio confortable, no meramente hablando en sentido físico por la gran comodidad de muebles costosos, o por ejemplo, un aire acondicionado; pero más bien porque cada cual se siente a gusto el uno con el otro, con una comodidad interna. La actividad sostenida de una bella interacción manifiesta en un abrazo y un beso, en un interés mostrado al decir “¿cómo te fue?” o tan sólo “buenos días”, añade al espíritu un vigor especial necesario para iniciar, o continuar, o concluir cada día con éxito.



No estoy hablando de un cuento de hadas en el cual “todos vivieron felices para siempre”, más bien de algo real, iesta experiencia es real! Es el nivel de vida al cual Dios desea llevar a toda familia. Y si esta es la voluntad de Dios manifestada a nosotros, entonces se puede lograr y no debe ser

vista meramente como un ideal inalcanzable y nada más; pero más bien como aquella bendición que puede y debe ser la realidad en toda familia, **si se acoge al diseño Divino**.

Años atrás, cuando salía a realizar algunas diligencias llevaba conmigo a Gary, el mayor de nuestros 2 varones. Recuerdo que ya después de cierto tiempo él quería regresar a casa. Esto ocurría con cierta frecuencia, y obedecía al anhelo del ambiente del hogar, porque producía en él algo que atesoraba, que no hallaba afuera. Sí se puede lograr en nuestros hijos si producimos la atmósfera adecuada, cónsona con la mente de Dios.

¡Gracias Señor,
lo logramos!



Es vital que registre en lo más profundo de nuestro ser que esta realidad es posible con todo y los momentos de desacuerdos, o en medio de gran necesidad, donde no se vislumbra la posibilidad del sustento para el día siguiente. Sí, es posible aun en condiciones que demandan la vara de la corrección, o aquellas situaciones tensas que de tiempo en tiempo se dan, donde pareciera, al final de todo, que se hubiese drenado toda virtud de uno mismo. Es más, si logramos ver las cosas desde la perspectiva correcta, estas clases de experiencias realmente no son meramente factores negativos en el hogar, sino más bien **oportunidades de las cuales el Señor saca provecho para templar a la familia**. Si bien es cierto que la vida en el hogar no es una cama de rosas, al mismo tiempo entendamos que tanto la aceptación como la vivencia del paquete completo, la suma de todo, debe llevar a una equivalencia de gloria y bendición, que es la intención del Creador. Si así no fuera, entonces ¿cuál sería la idea, solo para la procreación? Co-

nociendo cómo es Dios, ¿por qué instituiría Dios la unión de por vida de dos seres si aquello no satisfaría, si no deleitaría? La voluntad del Señor siempre ha sido la de llevar al hombre a mayores alturas.

Sigue diciendo el verso 3:

Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre.

Ciertamente la intención de Dios también es la de guiar y mantener a la familia en una experiencia de justicia: Criterios justos, pensamientos justos, actitudes justas, conversaciones justas, acciones justas. Que todo lo que se haga en el desenvolvimiento del hogar sea en función de la justicia según Dios. Cuando esto se cristaliza en el hogar que se deja pastorear por Él, a través del padre y la madre, se crea un ambiente que repele lo que no compagina con Su justicia. Esta es la atmósfera que motiva a lidiar con todo lo que afecta el hogar, sea grande o pequeño; lejos de dejar las cosas correr para que estallen más adelante. Este es el ambiente donde el nombre de Dios se mantiene en alto, lejos de ser deshonrado, porque Él mismo, a través de los que viven justamente, se asegura de guiar de tal forma que en nada Su nombre sea reprochado ni interna ni externamente. Estamos hablando de aquel hogar donde Dios es glorificado en la manera como papá trata o lidia a mamá y viceversa, en la ejecución de la corrección de los hijos por los padres, también en la aceptación de los padres al ser corregidos por sus hijos cuando sea necesario, y en muchos otros aspectos de la vida familiar. Sí, el nombre de Dios glorificado en una familia investida de la justicia Divina, en todo momento, en toda circunstancia, bajo cualquiera condición, ya sea en el monte--cuando las cosas están de maravilla--o en la planicie--en la vivencia de lo cotidiano; o aun en el valle, en los momentos oscuros, conforme al verso 4, que nos dice:

Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo...

Los lapsos de sufrimiento nunca faltan en el hogar. Sin embargo, hay una bendición singular cuando se mantiene una firmeza en medio de la tristeza o la presión a consecuencia del sostén que provee el Señor, el fundamento fiel del hogar. Esa capacidad de mantenerse, sin desplomarse o desintegrarse, por la presencia de Dios en medio de todo. Así es, a pesar de las pérdidas, a pesar de las puertas cerradas, a pesar de los males o calamidades que pudieran darse, hay una estabilidad en la Piedra Angular de los santos. Es

esta la razón por la cual sólo hay una cosa que es realmente indispensable en el hogar: La presencia Divina. Que falte el dinero, que falte el pan, que falten todos los recursos; pero que nunca falte Dios.

Solo una cosa es realmente indispensable en el hogar: La presencia de Dios.

Muchas veces se ha dicho que la grama siempre se ve más verde al otro lado de la cerca; pareciera ser que a otras familias que no se esfuerzan tanto para agradar al Señor les va muy bien, poseyendo bienes y comodidades, y aparentemente no tienen problemas; su sustento diario es seguro, consiguen todo lo que desean, “y también son cristianos”. El enfocarse de continuo en ellos (vistos exteriormente) fácilmente puede despertar un fuerte anhelo de ese tipo de ambiente donde **aparentemente** todo es seguro. Pero sólo Dios sabe lo que realmente acontece detrás de esa hermosa entrada, detrás de esa puerta nítidamente tallada. Cuando llegan los diluvios de la vida y golpean con fuerte ímpetu, nada como la presencia Divina, nada como la bendita seguridad de estar de buenas con el Todopoderoso en su intervención benévola de ministrar a la necesidad del momento. Ese tesoro, esa clase de atmósfera, no se consigue sencillamente con ir a la iglesia los domingos. Son, por un lado, precisa-

mente los momentos en el valle de la prueba, y por otro, los momentos de oración, con todos juntos, los que operan para producir, cultivar y desarrollar la presencia Divina en el hogar. Yo le digo, **más vale atravesar la noche más oscura con Dios que el día más radiante sin Él**, porque como nos dice la otra parte del verso 4:

...Tu vara y tu cayado me infundirán aliento.

Los grandes beneficios provistos por el Buen Pastor se obtienen estando en Su rebaño, y esto es exactamente así—como Él lo ha querido—dentro del ambiente del hogar.

Vivimos una realidad: El ambiente que nos rodea está cargado de gente golpeada por las experiencias de la vida en pecado, y no sólo eso, pero también desconsolada, sin aliento y sin esperanza. Y

esto es así precisamente porque la sociedad es una réplica a mayor escala de lo que son las familias que la componen. ¿Se había usted puesto a pensar en el gran tesoro que hay en el hogar alentado por la vara y el cayado de



Dios? Tengo entendido que el pastor utiliza el cayado para mantener a las ovejas lejos de descarriarse, y también como una vara para defenderlas contra los ataques de animales feroces. “*Tu vara y tu cayado,*” la Palabra y el Espíritu; los agentes a través de los cuales Dios ministra y guía a la familia. ¡Cuánto aliento deben producir como parte de la atmósfera del hogar, máxime al recordar y considerar los maravillosos resultados que se dan a consecuencia de la obediencia y continua sumisión a ellos! ¡Qué bendición! La experiencia de una familia continuamente alentada a pesar de lo que sea. ¡Qué atmósfera! ¡Qué ambiente tan

deseable!

Y como si fuera poco, el verso 5 añade lo siguiente:

Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores...

La bendición de gozar de la continua comunión con el Señor, con todo y las artimañas del maligno tendientes a frustrar y destruir la atmósfera celestial en el hogar. Tristemente, lo logró en el principio con Adán y Eva, y su intención y esfuerzo en esa misma dirección no han menguado aún hasta nuestros días. Es evidente la continua desintegración que se ha estado dando en las familias. Recuerdo el triste caso de un salón de clases en donde la mayoría de los estudiantes vivían sólo con uno de sus padres; en una ocasión, una niña de primer grado manifestó que no tenía papá; y así mismo abundan los casos de rompimiento de matrimonios, añadiendo más a la degeneración de la sociedad. Las ceremonias matrimoniales son espléndidas, con la belleza de los adornos y decoraciones en los templos; pero la pregunta, en estas ocasiones especiales, siempre resuena en mi mente: “¿Permanecerán juntos?” específicamente en los casos donde Dios no es realmente el centro.

En medio de esta situación caótica, que se pronuncia en todas partes, la atmósfera familiar diseñada por el Señor es un tesoro de valor incalculable. Él es quien adereza o prepara la mesa. De aquí, el hecho de que Dios se asegura de mantener la comunión, y por tanto, la unidad familiar, con todo y los intentos del maligno de frustrarla, siendo Él el centro, el meollo; lo cual debe ser suficiente para apreciar este paraíso. Y esto debe servir para producir la influencia necesaria, de tal manera que los de afuera al ver el testimonio, lo deseen tanto que se dispongan a pagar el precio para el logro de su propia restauración familiar. Sí, esa es también la intención del Todopoderoso, que la luz que emane de nuestro hogar, de esa tierra de miel, sea tan poderosa que haga que los que no creen, por los hogares fracasados

que a diario se ven, finalmente se alienten y crean por nuestro testimonio reflejado en un hogar funcionando.

Ahora, el asunto no termina aquí; todavía hay más que se necesita percibir. Nos dice el siguiente verso:

Unges mi cabeza con aceite...

Hay ciertas enfermedades que la oveja sufre. Tengo entendido que hay unas moscas, cuyos huevos, al ser depositados en la membrana blanda de la nariz de la oveja, se convierten en larvas con forma de gusano que vuelven loca a la oveja. Con el fin de librarse de esa torturante molestia, la oveja deliberadamente golpea su cabeza contra los árboles y rocas. En casos extremos de intensas plagas, las ovejas pueden hasta matarse en un esfuerzo frenético por hallar alivio. Cuando aparece un enjambre de moscas, las ovejas entran en pánico, corren, se esconden, agitan la cabeza de arriba abajo durante horas, se olvidan de comer, no pueden dormir. Los corderitos dejan de mamar y dejan de crecer. Todo el rebaño puede dispersarse y perecer por la presencia de unas cuantas moscas. Por esta razón el pastor unge a la oveja. Le cubre la cabeza con un repelente hecho de aceite, cuyo olor impide que los insectos se acerquen, y los animales permanecen en paz.

¿Sabía usted que como parte del diseño del hogar, la intención de Dios es también ese sosiego y descanso a consecuencia de Su Divina prevención de males? Para Dios es mejor prevenir que lamentar; que ni siquiera se tenga que orar; en vez de atravesar el mal para clamar

por su intervención. Dios es preventivo en cuanto a enfermedades, y como parte de la atmósfera que Él promueve podemos gozar también de su guía para proceder sabiamente en obediencia para el cuidado de nuestros cuerpos—

Es mucho mejor permitir que Dios prevenga a la familia de enfermedades, que lamentarse y orar por sanidad Divina.

en la alimentación, el descanso necesario, etc.—de tal forma que se eviten enfermedades. Muchas son las familias que continuamente sufren males porque han abrazado ciertas costumbres que no les convienen, o por albergar criterios erróneos, o por las condiciones ambientales que a diario acosan sus cuerpos. Pero Dios, el que suple de sus ilimitados recursos por Su gracia, tiene la capacidad de sostener, de cuidar y de proteger todo hogar, sean cuales sean las condiciones, en la medida que los miembros de ese hogar acepten y obedezcan lo que Él establece para ellos, que a fin de cuentas redundará siempre para su beneficio.

Hay algunos hábitos dignos de adoptar, que previenen el cuerpo de males, como por ejemplo una buena dieta alimentaria, incluyendo el consumo de vegetales—que muchos niños procuran evadir—conjuntamente con la cantidad de agua que es necesario tomar diariamente. ¿Sabía usted que muchas enfermedades se evitan con sencillamente beber la cantidad necesaria de agua diaria? Procu-



remos los buenos hábitos de la alimentación, y al hacer nuestro mejor, Dios se encargará de respaldar nuestros cuerpos. Evitemos lo que no conviene para la salud familiar; eliminemos las pastillas y gomas de mascar de la dieta de nuestros hijos, que todo lo que hacen es contribuir a las caries. Procuremos también evadir los colorantes, las grasas, lo que contribuye al incremento del colesterol, y cosas semejantes. El descanso contribuye también a su salud. A los niños no les gusta dormir, pero les conviene; procuremos inculcar este hábito en ellos. Inde-



pendientemente de las muchas asignaciones que pudieran tener en la escuela, consagre esa hora de dormir; en el futuro no lo lamentarán ni ellos ni usted.

Por otro lado, aun cuando se dan los males físicos—porque nuestros cuerpos son vulnerables a ellos—la presencia de Dios también está para cuidar y sanar. Estoy hablando de Dios como el Sanador de la familia. ¿Había usted considerado el tremendo privilegio de poder orar y recibir sanidad Divina? Aun cuando sea necesario esperar. La experiencia de la seguridad que reina durante el tiempo de la espera porque ya papá o mamá oró, y la realidad de la fidelidad del Señor porque hay un amplio registro de sus maravillas manifestadas en el pasado. Esa mentalidad a raíz del entendimiento claro de que el sufrimiento en la espera opera como un fortalecedor de la fe. ¿Se había usted puesto a pensar en la calidad de fe que se va desarrollando en los hijos, ya a temprana edad? Esa capacidad de confiar en el Señor, libres de tener que luchar contra la duda e incredulidad, porque Lo han visto funcionando a través de los años en el ejemplo de los padres. Es algo digno de admiración, especialmente en medio de una generación como la que presentemente vemos. Le estoy hablando de la percepción de Dios como el primer y único recurso ante cualquier enfermedad. Esto funciona, no es un riesgo; la continua intervención del Divino Sanador en el hogar es una experiencia que infunde seguridad y expande la visión aún más al hecho de que Dios es real. Sí, Él es real, juntamente con todas sus abundantes e infinitas capacidades; razón por la cual el salmista sigue agregando lo siguiente:

...mi copa está rebosando.

¿Cómo no rebosará el gozo celestial con un ambiente como éste? Si analiza la vida del ser humano, realmente todo lo que hace, todas sus actividades en diversas escalas, sus planes o proyectos, sus deseos, sus intenciones, persiguen una meta: suplir sus necesidades. Y estas necesidades se pue-

den condensar en cuatro categorías: Seguridad, sustento, deleite y satisfacción. Cuando éstas se llenan plenamente, su gozo es evidente.

En el ambiente familiar, Dios suministra para las cuatro en una manera plena y hasta sobreabundante en muchos casos, para que se cumpla el gozo de los Suyos. Así es; el deseo del Señor siempre ha sido y será el gozo abundante de Su máxima creación, y esta es la realidad que quiere producir en la tierra de miel, a consecuencia de la restauración familiar.

Ciertamente, esa abundancia de gozo como cuando se desborda una copa no es frecuente—como si fuese todos los días—ya que como seres humanos no lo podríamos soportar. Pero debe haber un estado de aliento continuo, con momentos de rebosamiento, que son característicos en todo hogar pastoreado por Dios. Es así, en la vivencia de esta maravillosa experiencia, cuando se puede concluir diciendo:

Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa de Jehová moraré por largos días.

Toda bendición, grande o pequeña, que se da en la familia, en todas sus ramificaciones, es producto del bien y la misericordia Divinos; los cuales inspiran a la determinación de permanecer en Su presencia en términos eternos. El versículo nos habla de morar en la casa de Jehová, cuyo equivalente en nuestros días es la presencia misma de Dios, porque en aquellos días el templo simbolizaba la presencia Divina. Bueno, cuando el hombre saborea de verdad las virtudes, los beneficios, todo aquello que emana del Señor para él, es motivado a permanecer con su Creador voluntariamente y de por vida. Así como las ovejas, que descansan, se satisfacen y se deleitan en la presencia de su pastor, pasan sus mejores momentos con él, sus mayores experiencias, sus momentos más significativos. De igual manera, se

produce lo mismo en términos de la familia.

Ahora, la visión de esta maravillosa intención del Divino Creador se ha degenerado al pasar de los años; se ha tornado bastante penumbrosa; y como una de las necesidades del momento, urge el retorno de esa plena luz en nuestras mentes, porque no se puede vivir o producir más de lo que se entiende y cree.

Sin embargo, la Palabra y el Espíritu son los agentes designados por Dios para producir el despertar. Veamos, entonces, qué más tiene el Señor que decirnos, y permitamos tanto la ministración como el proceso del Espíritu para el logro de esta visión tan necesaria en nuestros días.

NADA COMO LA CRUZ

Habiendo considerado todo lo que implica la maravillosa intención del Señor en el diseño del hogar, quizá usted pensará: ¡qué contraste! ¡El tema de la cruz! Es más, ¿qué tiene que ver la cruz con todo esto? ¿Qué relación hay entre la cruz y la vida familiar? Quiero instarle a que antes de seguir esta lectura considere detenidamente las palabras de esta canción, “Nada como la Cruz”, plasmadas en la parte interna de la contraportada. Y al meditar en aquello, tome muy en cuenta que en la sabiduría de Dios, la gloria de esta vida florece en la experiencia de la auto negación, la cruz; que es la evidencia del verdadero amor y el conocimiento del mayor y profundo deleite que cualquier ser humano pudiera tener.

Meditación: *Nada como la Cruz.*

Seguidamente, la intención de todo esto es la restauración sostenida de la atmósfera familiar al nivel conforme a la voluntad del Señor. En otras palabras, que se dé el cambio de ese estado de penumbra —esa sombra débil entre la luz y la oscuridad en donde no se deja percibir dónde empieza la una o acaba la otra—al estado de plena luz, ya definida, como dice la canción “*Nítido Rayo por Cristo*”. Y como lo mencionamos en la introducción, el amor—desde el punto de vista de Dios—es el ingrediente clave para producir esa tierra de miel, que es el objetivo de la restauración. Me refiero al retorno a la intención que Dios tenía desde el principio. Ahora, el asunto debe comenzar por la pareja. De aquí es vital el registro del siguiente concepto:

El amor está íntimamente ligado al sacrificio, a la cruz que a cada miembro de la pareja le toca llevar mientras cumpla su responsabilidad principal según Efesios 5:21-29.

La realidad de esto demanda no solo el entendimiento para que quede en el intelecto, pero como lo que Jesucristo les dijo a sus discípulos en Lucas 9:44:

Haced que os penetren bien en los oídos estas palabras...

Queriendo decir con esto que nos aseguremos de que el espíritu de sus enseñanzas quede bien arraigado en nosotros.

Ahora, no estoy diciendo con esto que el amor es meramente sacrificio, porque el deleite, por ejemplo, es parte del todo. Sin embargo, es incuestionable que a través del sacrificio el amor se manifiesta en su máxima expresión. Éste es el tronco, por así decirlo, de donde se ramifica el deleite y el gozo. Y si en la vivencia cotidiana se desarrolla este grado de amor, en el espíritu de sacrificio, lo demás caerá de su peso.

Si se logra desarrollar el espíritu del amor según Dios lo demás caerá de su peso.

Generalmente, ya sea deliberadamente o no, en la mente de una pareja, especialmente recién casada, no se vela por ese tipo de mentalidad cónsona con lo divino. No siempre se liga el tema del matrimonio con la cruz.

Al inicio, el ambiente es caracterizado por aquella esplendidez en donde *“el príncipe azul se deleita en su tan amada princesa y viceversa, en medio de la belleza de la naturaleza que los acompaña, cual sueño de fantasía.”* En momentos “tan especiales” como éstos, tan sólo la consideración del tema de la cruz resulta ser como un balde de agua fría. Aparte de que durante los primeros días de esa unión, en esa luna de miel, no es tan difícil hacer algún sacrificio cuando sea necesario, porque la condición es tal que él está dispuesto hasta a *“hacer descender las estrellas por su amada”*, y ella también, si es posible.

Sin embargo, cuando analizamos las situaciones que, inevitablemente, tarde o temprano se dan, esas situaciones características de lo rutinario, tendientes a opacar y hasta destruir el deleite y la hermosura de la relación matrimonial, nos daremos cuenta que las fallas radican siempre en

la falta de la cruz en uno de ellos o en ambos, en el ejercicio de su responsabilidad principal. En otras palabras, actitudes carnales que se manifiestan ya sea en el esposo al no amar a su esposa como debe, o en la esposa al no someterse a su esposo como debe, y aun en los hijos al no obedecer a sus padres como deben. Cuando las cosas no se hacen tal como lo ha establecido el Señor, **no funcionan**. Cada vez que uno o ambos dejan de cumplir con su responsabilidad principal, de seguro va a haber problemas.

Es importante tener presente que la solución espiritual para el espíritu carnal, en Gálatas 5:24, que nos dice que:

...los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos,

es aplicable también en la convivencia con la pareja. Esta debe ser la vida de todo creyente tanto soltero como casado. Esta es la vida santa, que Dios espera que se viva también en el matrimonio, conforme a la porción en I^a de Pedro 1:15 que nos dice:

...sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir.

No en vano el apóstol Pedro también añade en I^a Pedro 3:7:

Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo.

La presencia de esta instrucción implica la posibilidad de que la manera como el esposo trata a su esposa podría trabajar como un estorbo a sus oraciones. Es evidente la necesidad de la santidad en el matrimonio; no es una opción. Es más, es vital la realidad de esta condición en una manera consistente aun antes de darse el paso al matrimonio. Dios,

antes de la institución del primer matrimonio, hizo al hombre santo y a la mujer también; estableciendo el orden de las cosas, lo cual debe ser el patrón si se espera que la unión sea funcional y perdurable.

La gloria que emana de la fusión de dos vidas debe ser mayor que la que se manifiesta como individuos.

Es que la voluntad de Dios en cuanto a esto es la siguiente: Cuando ambos, siendo solteros, manifiestan una gloria individual como producto de la santidad funcional en ellos; al fusionarse, la gloria debe ser mayor y debe incrementar a medida que la familia crece. En esta condición no sólo se muestra la obra del diseño matrimonial de Dios exteriormente, pero también en el interior se desarrolla el ambiente ideal para lidiar con aquellas situaciones particulares del hogar que solo pueden resolverse efectivamente cuando la pareja es santa. Añadido a esto, muchos problemas también se evitan estando ambos en el estado de santidad.

La vida matrimonial, más que sentimientos y emociones es la asunción de una responsabilidad superior de por vida, a raíz de la determinación de vincularse como uno solo con aquel ser a quien se ama profundamente.

Esta es la razón por la cual es necesario no un mero entendimiento superficial, pero la visión clara en lo más profundo de lo que el Señor nos enseña, como el patrón en el comportamiento dentro del ambiente familiar. Para este efecto veamos lo que Él nos dice en Efesios 5:21-29, que

comienza con lo siguiente:

Someteos unos a otros en el temor de Dios.

Primeramente, el contexto arranca con una norma para ambos: el mutuo sometimiento, donde el esposo, en el temor de Dios—quien ve todas sus actitudes y acciones con respecto a ella—no se atreva a hacer nada que afecte su relación (la de ella) con Dios, y viceversa. En otras palabras, el señorío que Dios le otorga al esposo sobre su esposa no le da la libertad para actuar arbitrariamente y tocar lo que podría afectar la intimidad de ella con Dios. De la misma manera, la esposa tampoco debe proceder de tal forma que afecte la intimidad de su esposo con el Señor. Esto trabaja como un medio para la protección de la relación de ambos, como individuos, con Dios; en la medida que prevalezca Su temor (el temor de Dios) en ellos, ese temor que los motivará a refrenarse y ejercer la sabiduría necesaria en los momentos que se amerite.

LAS CASADAS

A continuación vemos en el siguiente verso la responsabilidad principal de la esposa:

***Las casadas estén sujetas a sus propios maridos,
como al Señor;***

***porque el marido es cabeza de la mujer, así como
Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo,
y Él es su Salvador.***

***Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así
también las casadas lo estén a sus maridos en to-
do.***

Primeramente, la sujeción de la esposa al esposo no debe verse como una actitud humillante, como si se convirtiera en una esclava, sometida bajo el yugo y mando de él. ¡Dios libre! La perspectiva Divina es muy diferente.

La sujeción de la esposa es esa dotación divina de voluntaria y gustosamente dejarse guiar por su esposo.

La sujeción de la esposa más bien es una dotación Divina como parte del diseño de Dios en ella como mujer, como varona tomada del varón (Gn. 2:23). Es la capacidad y la virtud de voluntaria y gustosamente dejarse guiar por su esposo. Créame, no es cualquiera que posee esta cualidad digna de admirarse. Esta capacidad la desarrolla en gran medida durante el tiempo de su sujeción a su padre, al vivir bajo su techo.

En casa la mujer, desde su niñez, aprende a sujetarse.

Esto nos lleva a la necesidad de la visión y a la gran responsabilidad que descansa sobre nosotros como padres en la formación de mujeres de espíritu apacible y sumiso, lo cual es una tarea formidable, especialmente en este tiempo. ¿Sabía usted que gran parte de la razón por la cual existen tantos problemas en el área de la sujeción de la mujer es por la carencia y vivencia de esta visión por parte de los padres? Realmente en la sociedad, el objetivo de la crianza de las niñas—si realmente se está criando—es el ideal de “la mujer realizada,” donde su independencia desempeña un papel clave. ¡Cuán desviada está la mentalidad de la sociedad con respecto a la de Dios! El asunto está gravitando más y más hacia la formación de mujeres independientes, lo cual ha contribuido en gran manera tanto a la mala formación como a la desintegración familiar. Ahora, esto no implica que la mujer sea mayormente responsable de esta situación, porque el hombre también tiene sus faltas serias. Sin embargo, los males se minimizarían si la mujer cumpliera su parte conforme a lo establecido por Dios.

En la mente de Dios, en esa ceremonia tan crucial y especial, el padre hace entrega de esta preciosa perla—que Dios cuidó y moldeó durante esos años a través de él y su esposa—a aquel que le dará seguimiento a ese cuidado, pero

ahora en una forma diferente, **como si fuera su propio cuerpo**. Al momento de casarse ella, no pasa sencillamente a una nueva administración; más bien **asciende a una nueva posición** para encajar perfectamente en la vida de quien será su cabeza. Junto con él, en esa gran empresa de la familia en potencia, opera como los que se mueven “tras bastidores,” suministrando y colaborando para el desenvolvimiento efectivo de la familia, y en función del llamamiento que Dios desea llevar a cabo en su esposo. Y recalco que



debe ser junto a él, a la par con él, no debajo ni detrás como si fuera cualquier cosa. Cuando Dios creó a Eva no utilizó el fémur de Adán, ni su tibia ni su rótula; usó su costilla. Y pienso, como he sido instruido, que lo que el Señor estaba implicando con esto es que la posición correspondiente de la esposa con respecto a su esposo es **a su lado, junto a él**, ni delante, ni detrás, ni arriba, ni debajo. En esta posición, Dios la constituye en la ayuda idónea de su esposo, la única capaz de proveer ese respaldo singular; dotada para llenar ese lugar íntimo en la vida de él sin el cual habría un gran vacío y desequilibrio.

Con esto en mente, entendiendo las cosas desde este punto



de vista, se percibe la vital importancia de la sumisión de la mujer en la vida matrimonial. La visión de esto debe inspirar a las esposas a llevar a cabo su función con esa gloria particular

característica de las mujeres que profesan piedad.

Cuando el valor, la importancia y la necesidad de algo que se posee registran en el ser humano, él se dispone a hacer lo que sea o a pagar cualquiera sea el precio para mantenerlo. Definitivamente el sacrificio podrá ser grande, pero estará dispuesto a atravesarlo cuantas veces sea necesario mientras esa visión permanezca. Es aquí donde la esposa—poseyendo la visión clara de su lugar en el matrimonio, conjuntamente con su importancia, su valor y su necesidad—toma su cruz, se niega a sí misma, al mantener su posición, especialmente en aquellos momentos cuando su manera de pensar colisiona con la manera de pensar de su esposo. Los desacuerdos forman parte de la vida matrimonial, y en medio de estas situaciones Dios espera que alguien decida y alguien se someta, y los dos no pueden ni decidir ni someterse simultáneamente.

Por eso es que la esposa necesita estar en tal condición que sostenidamente pueda estar abierta a lo que su esposo disponga. Me refiero, por ejemplo, a la aceptación de aquellas decisiones en donde no lo comprenda todo. Estas situaciones demandarán de ella el ejercicio de la deliberada confianza en él, que le proporcionará el descanso necesario. Y juntamente con esto la seguridad de que todo lo que él haga estará acondicionado a la guía del Señor y redundará en beneficio de todos. Por consiguiente, el esposo deberá también poseer tal calibre de vida que inspire en ella esa confianza. Esto lo sé porque es la experiencia que comparto con mi esposa, Tanya. Entre nosotros las cosas funcionan bien continuamente, y esto se debe en gran parte a la capacidad que Dios le ha dado a ella de someterse gustosamente, aun a pesar de no entenderlo todo. Muchas han sido las situaciones durante nuestros 17 años de casados, en donde ella, tanto en palabras como en acciones, ha manifestado ese espíritu y asimismo el testimonio vivo del descanso que esa dotación le ha producido. Y esto me motiva a vivir de tal manera que infunda y mantenga en ella su confianza en mí.

Ahora, ¿quiere decir esto que en un momento dado la esposa no puede manifestar su sentir, o sugerir lo que ella cree que sería lo más sabio? ¡En ninguna manera! Es necesario que se perciba el sentir de ella en respuesta a la continua actitud del esposo de considerarla. Es más, habrá ocasiones en las cuales será mejor proceder de acuerdo con lo que ella sugiera porque es más sabio que el sentir de su esposo. Aun así, alguien debe decidir cuál de las opciones es la mejor, y Dios hace al esposo, como la cabeza, el responsable. En varias ocasiones hemos estado en desacuerdo, y recalco, no en discusiones, en cuanto a decisiones. La manera como procedemos es la siguiente: Años atrás, cuando empezamos nuestra vida matrimonial, a raíz de una situación le dije:

—“Vamos a hacer lo que yo propongo. Si las cosas salen bien habiéndote sometido, entonces no habrá problemas. Pero si no resulta lo que propongo habiéndote sometido entonces yo seré el responsable ante Dios.

En el transcurrir de los años este ha sido nuestro patrón y nos ha funcionado. Por otro lado, ha habido instancias en donde la opción que ella ha presentado ha resultado ser la más sabia; y hasta el sol de hoy no he tenido ningún problema en aceptarlo y decidir por esa dirección. Lo importante es que se produzcan los resultados para beneficio de la familia, no importa quien proponga lo mejor.

La cruz o auto negación en la vida de la esposa es vital por el papel que desempeña dentro de la familia al someter gustosamente su voluntad a la voluntad de su esposo.

Para este grado de sometimiento es sumamente importante la seguridad de haber muerto a todo espíritu de rebeldía y desobediencia, por mínimas que pudieran ser sus manifestaciones en todos los aspectos.

Esto es, en gran parte, lo que contribuye a su gozo y deleite en esa experiencia con su esposo, que son parte del gran objetivo de esa relación.

La cruz no es el objetivo, más bien es el medio para el logro del gozo, deleite y descanso.

Ahora, note que la cruz no es el meollo o la meta, no es el objetivo a alcanzar; más bien es el medio a través del cual se logra y se mantiene el gozo, el deleite y el descanso. Estamos hablando del espíritu de sacrificio cuando sea necesario, para que la gloria de algunas cosas en casa florezca en una manera frecuente y permanente, y se frustren, a la vez, las condiciones que tienden a opacar esa gloria.

Cuando la mujer vive crucificada y disfruta los resultados que se constituyen en la bendición de haber tomado el paquete completo, ella misma llega a ser la gloria del varón. En la última parte de I^a de Corintios 11:7 leemos lo siguiente:

...pero la mujer es gloria del varón,

refiriéndose a aquella que manifiesta ese espíritu de pudor—separada para él—no porque sencillamente debe ser así, pero más bien porque ella también lo quiere así, le gusta aunque le cueste; le agrada la autoridad sobre ella y respalda ese aspecto del diseño de Dios.

Es la cruz el instrumento a través del cual se mantiene la dulzura en la tierra después de haber descendido de la luna.

Estos aspectos en la vivencia revelan a esa gloriosa mujer que posee el amor de Dios, ya moldeado y perfeccionándose en ella, porque está dispuesta a lo que sea en la ejecución de su responsabilidad primordial. Y en la medida que se mantiene entregada al proceso divino en la perfección de su sumisión, llega a un estado en donde se torna en lo natural. En otras palabras, el asunto fluye porque lo característico de esa calidad de mujer se ha impregnado en su espíritu, constituyéndose en parte de ella, o sea, ella misma ya es así.

LOS MARIDOS

En relación con la responsabilidad primordial del esposo, vemos lo siguiente en los versos 25-29 de Efesios 5:

Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia...

El valor de la mujer ante los ojos de Dios es tal que Él demanda del hombre que la ame con el mismo calibre de amor que Cristo manifestó a la iglesia. La actitud del esposo hacia su esposa, en los diferentes aspectos de la vida matrimonial, debe ser la misma que Cristo asumió y sigue asumiendo con su iglesia.

Es que en el acto matrimonial, Dios toma esta preciosa perla, procesada en su amor, para que encaje en la vida de aquel con quien la constituirá como una sola carne. Él la pone a ella en las manos de su esposo, haciéndolo a él responsable de su bienestar en todos los aspectos y de por vida. Esto lleva al esposo a una vida de continuo cuidado, protección y provisión, velando por ella como un encargo Divino, que resultará en deleite para el mismo esposo.

El esposo debe amar a su esposa con el mismo calibre de amor que Cristo manifestó a su iglesia.

El esposo vive I^a de Corintios 13. Si bien es cierto que esta

porción no es exclusiva para los esposos, pero es para todos, en todos los estados (solteros y casados), podemos utilizarla para este efecto, considerando que ése fue y sigue siendo el mismo amor de Cristo a su iglesia. Asimismo el esposo se entrega a buscar el bienestar de ella aunque le cueste; y va tan lejos al punto de hasta dar su vida por ella si es necesario.

Es importante tener presente que él, como cabeza de ella, debe asumir la siguiente mentalidad:

No importa qué haga por ella, si lo que me mueve no es el amor, de nada me sirve.

Esto requiere una dotación Divina, porque humanamente hablando el hombre no es así; por naturaleza el ser humano es egoísta, carece del amor de Dios en su corazón. Esta es una de las razones por las cuales no se puede prescindir de la cruz en la relación matrimonial; es más, como lo había mencionado, ya antes de darse esa trascendental unión que debe permanecer hasta que la muerte los separe, la vida crucificada **debe ser la norma** en ese futuro esposo.

Si examinamos el contexto de esta porción tan utilizada para el matrimonio (I^a de Corintios 13) nos daremos cuenta de que todos los beneficios mencionados van en dirección a la persona amada y no hacia la que ama. Por tanto, cuando ambos proceden de esta manera en obediencia al espíritu de la Palabra, ambos son beneficiados. ¡Cuán grande la sabiduría de Dios! Por otro lado, no podemos negar que el que ama también goza de beneficios personales, en el espíritu de lo que la Palabra nos enseña en Hechos 20:35:

...Más bienaventurado es dar que recibir.

Esta es la forma, por parte del esposo, de lograr esa atmósfera de verdadero deleite, gozo y satisfacción; ese ambiente en donde la tierra también es de miel. Me estoy refiriendo, en este caso aplicado al esposo, a esa capacidad de ser **sufrido**; la disposición de sufrir por ella no sólo en esos momentos cuando padece enfermedad; pero aun cuando es necesario atravesar el dolor, ya sea físico o espiritual para el logro de algo especial en la vida de ella. Pudiera ser algo que ella necesita ver y aún no le ha amanecido; pudiera ser la necesidad de cambios de actitudes, costumbres o hábitos; muchas veces el sufrimiento es el ingrediente clave para que ciertos resultados se den. El esposo que es sufrido, aún siendo la cabeza, cede en la sabiduría de Dios para el bien de ella bajo ciertas circunstancias, no se impone como para demostrar que “él lleva los pantalones.” Así de lejos debe extenderse su amor hacia ella, y la cruz lo acondiciona para la realidad de esto en su vida. Esto promueve el espíritu **benigno**, que prevalece aun cuando surgen las diferencias; me refiero a esa actitud de adentro en busca de su bienestar a pesar de las contrariedades. Y porque su deseo es la prosperidad de ella, que redunde en la prosperidad de él, quien **no tiene envidia** alguna, se goza al verla escalar mayores alturas en el Señor; se regocija cuando otros testifican acerca de la manifestación divina en y a través de ella. El esposo que verdaderamente ama a su esposa **no es jactancioso**, no se cree la gran cosa por encima de ella, porque a consecuencia de la gran estima que le tiene, al percibirla como la mujer virtuosa de Proverbios 31 (y aun si no lo fuera), lejos está de su corazón el humillarla; más bien la considera como su corona, conforme lo vemos en Proverbios 12:4:

La mujer virtuosa es corona de su marido...

Lo que hace por ella, sus intenciones, sus provisiones como ser integral, sus deseos, en fin, toda su ministración a ella, tiende o apunta hacia lo eterno. Por lo cual **no se envanece** o se inclina a lo que es vano, efímero o infructífero. Aun dispone de lo temporal para contribuir a la belleza in-

terna y perdurable en ella. Lo externo (el físico de ella, su apariencia) no es su mayor enfoque porque sabe que aquello no es duradero, más bien contribuye a cultivar en ella lo que nos enseña I^a de Pedro. 3:3-4:

Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios.

Él está consciente de que la bella figura de su amada, al paso del tiempo cambiará; que esa piel suave y delicada se arrugará; por tanto, su espíritu está acondicionado para amarla por ella misma más que por su rostro o su cuerpo. No estoy implicando con esto que el aspecto físico se debe ignorar porque es también parte del todo. Sin embargo, todo tiene su lugar de importancia dentro del marco del amor divino, ese amor que trasciende lo que se ve. Es en esta condición cuando el aspecto de su rostro cuando él la ve a ella al despertar en las mañanas—con todas las lagañas iguales a las de él—no importa, o cuando se desfigura su cuerpo a consecuencia de esa criatura formándose en su vientre, que él mismo introdujo en ella, o si sufre algún accidente o enfermedad que cambia de por vida su físico; aún así no le importa, porque aquello es pasajero.

El esposo que no se envanece también aplica lo mismo para sí. También está consciente de que sus bíceps, esos músculos en sus brazos que manifiestan su gran fortaleza, algún día en el futuro, si Dios se lo permite, quedarán guindando. Y lo mismo con los bienes materiales que posee—vestimenta, casa, cuenta bancaria, nómbrelo—en fin, todo lo que es temporal.

El que vive el verdadero amor de Dios ***no hace nada indebido***, o sea que su conducta ante ella, su manera de hablarle, su forma de tratarla, no es impropia. Su amor a ella no le permite comportarse fuera de orden porque la respeta, y se conduce conforme a lo que es propio. Esto

también tiene que ver con la capacidad de discernir tanto el tiempo como el lugar apropiados para hablar o hacer ciertas cosas. Muchos de los problemas, al paso del tiempo, radican en la falta de este aspecto del amor en ambos, porque irónicamente, resulta ser que en la medida que crece la confianza en esa relación así mismo va menguando el respeto mutuo. Me refiero a ese sentido de proceder cónsono con lo que es propio, que tiene que ver con el comportamiento adecuado del uno con el otro. Por ejemplo, en momentos cuando se necesita lidiar con diferencias, la manera cómo se dicen las cosas ayuda significativamente en la aceptación de la corrección. Hay una sabiduría cuando se aplica la porción en Proverbios 15:1:

***La blanda respuesta quita la ira;
Mas la palabra áspera hace subir el furor.***

El esposo también mantiene presente que ha pasado del estado de ser soltero, donde pensaba en sí mismo, al estado de casado, donde debe pensar en ella como su cuerpo. Por consiguiente, ***no busca lo suyo***; primero la considera a ella y a los hijos, y cuando todos estén satisfechos, entonces se considera a sí mismo. Si bien es cierto que él es la cabeza, también es igual de cierto que es también el servidor, el cuidador, el que vela como Cristo lo hizo y lo sigue haciendo por su esposa; y todo esto con el espíritu correcto. Así es, en ese cuidado por el bienestar de su familia **el esposo debe dar la cara siempre**, en ese espíritu de responsabilidad; y esa actitud se debe reflejar en los diferentes círculos de su actividad. Esposos, no busquemos lo nuestro, que nunca tal acontezca que nuestras esposas manifiesten un espíritu superior al nuestro en este aspecto que nos compete mayormente a nosotros.

Cuando ella, por falta de sabiduría, por ejemplo, incurre con cierta frecuencia en cosas que provocan ambientes de diferencias, al esposo le tocará, en el espíritu de amor, mantener su espíritu. Es aquí donde el esposo deberá depender de la gracia divina al lidiar con ella, porque el verdadero amor ***no se irrita***. Estoy hablando de llegar a un estado

tal que no permita que nada lo provoque a irritarse. Cuán importante y estratégica es la paciencia en momentos como estos, porque se tiende a ir por el pensamiento de que: “Ella (o él) ya sabe, así que a estas alturas debió haber hecho mejor que eso...” Y se recurre a la errónea actitud del silencio, y el asunto queda guardado allí adentro como una bomba de tiempo, en espera de las condiciones óptimas para su gran estallido. La Palabra es clara en enseñarnos en Efesios 4:26:

Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo...

y seguro de la mente de Dios en cuanto a esto, yo añado que ni siquiera se permita que la Tierra avance un grado más sobre vuestro enojo. La idea no implica que se debe esperar justamente hasta antes de dormir para lidiar con la situación. **¡Mientras más pronto, mejor!**

Independientemente de quién haya hecho el mal, el amor mueve, constriñe, impulsa a la prontitud a dar el primer paso, lejos de esperar a que “*el responsable del daño regrese como perro arrepentido*”. Esto demanda aquella madurez espiritual en virtud de la obra del Espíritu en ambos. Esta es la razón por la cual **no guarda rencor**, porque el amor no permite que se acumulen iras o irritaciones. El rencor es un cáncer que destruye, no sólo al individuo, pero también la relación con su pareja, por eso el esposo investido del amor de Dios vela para impedir este mal; no lo permite ni en él ni en su esposa.

Otro aspecto del amor aplicado al esposo es que **no se goza de la injusticia**. En otras palabras, no halla deleite en cualquiera actitud o acción por parte de ella contraria a la justicia divina, contraria a la vida justa diseñada por Dios. Este aspecto del amor lo constituye en un salvaguarda de su esposa, alguien que repugna todo lo que no compagina con Dios y vela para que prevalezca la atmósfera de justicia. Esta debió ser la actitud de Adán ante el mal que Eva comió, en vez de dejarse llevar por ella en el deleite de partici-

par del fruto que dio origen al peor mal de la humanidad, el pecado. Esto podría darse también en el caso de un esposo espiritual cuya esposa no es salva; donde él procura continuamente frustrar el mal en ella, y de igual manera en el caso en que la esposa sea carnal.

Y porque **se goza de la verdad**, su vida la manifiesta (la verdad) e inspira en ella la seguridad de tener un hombre veraz, y por tanto, respaldado por Dios. Alguien que halla tal agrado en la verdad que no la cambia ni tuerce aunque vaya en daño suyo.

Todo lo sufre con tal de verla gozosa, animada, sana, cómoda, bien con el Señor; **todo lo cree**, no hay nada que para él, con respecto a ella, sea imposible de lograr, por tanto empuja hasta ver hecho realidad en la vida de ella aquel sueño, deseo o visión que mantiene en su corazón. **Todo lo espera**, pacientemente va con ella, de acuerdo a su necesidad en los diferentes aspectos de su vida (espiritual, emocional y físico) dispuesto a mantenerse junto a ella, sin dejarla atrás al considerarla como el vaso más frágil. Está dispuesto a esperar hasta que ciertas cosas verdaderamente calen en su espíritu. En cuanto al aspecto físico, por ejemplo, espera pacientemente su recobro del parto, para su restauración para ese momento de intimidad, dispuesto a ir al mismo paso con ella. En aquellos momentos cuando Dios lo llama para la realización de alguna obra, él (el esposo) pacientemente espera hasta que la confirmación divina le registre a ella, para el trabajo en conjunto. Y **todo lo soporta**, todo lo que pudiera darse a consecuencia de malos entendidos, diferencia de criterios, situaciones de diversas clases, hábitos y costumbres, choque de voluntades, actitudes a consecuencia de enfermedades o por cambios hormonales durante el embarazo y otros.

Y su amor a ella **nunca deja de ser**, no renuncia, permanece a través de los años independientemente de lo que se dé, **hasta que la muerte los separe**.

Cabe recalcar que estos aspectos del amor son también

aplicables a la esposa. Sin embargo, deben manifestarse en el esposo como parte de su responsabilidad primordial y la vida ejemplar que debe manifestar como lo hizo el Señor.

El poder del amor en ambos, es invencible cuando se vive a la luz de la Palabra. Cuando permanece conforme a la mente de Dios no hay nada que los pueda separar. Así como la fuerza humana, por más que se ejerza, no puede romper una cadena de acero; de igual manera las fuerzas contrarias, por muy poderosas que sean no pueden romper el vínculo del amor divino cuando está bien arraigado, a consecuencia de la experiencia de la cruz en ambos. Son impotentes ante el poder del amor.



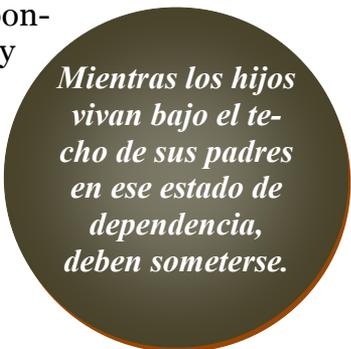
Claramente podemos ver que la vivencia de cada uno de estos aspectos del amor trabaja efectivamente en el cultivo y desarrollo sostenido de esa atmósfera de dulzura, deleite y armonía en la relación matrimonial. Aun años después de la luna de miel y hasta el fin. Al mismo tiempo se evidencia la importancia vital de la cruz, que, juntamente con la presencia del Espíritu, inspiran al individuo al desarrollo de aquel mismo amor divino. A todo esto, ciertamente podemos decir “nada como la cruz,” para el ambiente ideal y sostenido en el hogar que Dios ha diseñado.

LOS HIJOS

Ahora, en los versos 1-3 de Efesios 6 vemos la parte que corresponde a los hijos:

Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra.

La obediencia a los padres es la responsabilidad primordial de los hijos; y Dios, en la demanda justa de su cumplimiento no establece edad alguna como límite. Esto nos lleva a la conclusión de que mientras los hijos vivan bajo el techo de sus padres, en ese estado de dependencia, deben someterse a ellos.



*Mientras los hijos
vivan bajo el te-
cho de sus padres
en ese estado de
dependencia,
deben someterse.*

Si analizamos el contexto nos daremos cuenta de que la razón o motivo de la obediencia a los padres es porque es justo, lo cual encaja perfectamente:

1. En cuanto a la honra a ellos y
2. En cuanto al gran beneficio a los mismos hijos.

A todo esto añadimos un aspecto importante: la obediencia debe estar acondicionada o en función del tipo de mandamiento que los padres les aplican a los hijos. La Palabra nos enseña que la obediencia debe ser en el Señor, o sea, que el mandamiento dado a ellos por los padres debe ser cónsono con la mente de Dios. Obviamente, esto es lo que se debe dar en un hogar en donde Dios es el centro. Y aun si Dios no es el centro de ese hogar, si ese mandamiento se conforma a la mente de Él, debe ser obedecido.

El ambiente ideal que Dios diseñó para la vida del hogar tiene su inicio con dos personas, y conforme Él bendice continúa con tres o cuatro; y así podríamos continuar. De aquí vemos que el papel que desempeñan los hijos **en la**

continuidad de esa atmósfera es clave. Muchos han sido los hogares cuya gloria ha quedado opacada y hasta oscurecida por la vida de los hijos. Claro está, aunque no es así en todos los casos, esto se debe en gran parte a fallas de considerable gravedad (aunque no se perciban así) por parte de los padres en la obediencia a las instrucciones divinas (por cualquier medio: el ministerio, o directamente de Dios...) a la luz de lo que vemos en Dt. 5:29, que nos dice:

"¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!"

La vida de obediencia en los hijos es tan importante porque el desarrollo de esta capacidad a temprana edad les prepara el camino para la obediencia a Dios en la experiencia de salvación. La obediencia a los padres por parte de los hijos les hace más fácil la entrada a la salvación. Tal fue el caso del profeta Samuel, quien a temprana edad ya estaba listo para el llamamiento divino. Aprendió la obediencia en el hogar, la siguió practicando en el templo con Elí, y finalmente así mismo la llevó a cabo con Dios.

La obediencia a los padres, según Dios, es una actitud de sometimiento a lo que se manda. Es la respuesta en acción, donde se lleva a cabo lo que se dice, a consecuencia de la alta estima que los hijos tienen para con sus padres. Esto implica diligencia y seguimiento de instrucciones. Es importante que los hijos perciban cuán vital es que sus padres les hablen **una**

La obediencia, según Dios, es la respuesta en acción, producto de la alta estima que los hijos tienen para con sus padres.

sola vez y que **de una vez** realicen aquello al pie de la letra, no a la fuerza, pero en el espíritu de honra a ellos.

Dios nos hace saber que esa actitud beneficia a los hijos con

largura de días como promesa suya. ¡Cuán real es esta promesa! Tristemente, muchos han sido los casos de niños y jóvenes cuyos días se han acertado precisamente por la desobediencia.

Hay una realidad, y es la siguiente: La obediencia no es siempre agradable, pero siempre produce bien, especialmente cuando se lleva a cabo con el espíritu correcto. Es aquí donde ese hijo salvo—o esa hija salva—también deberá tomar su cruz, negarse a sí mismo(a) y **sobriamente hacer lo que sabe que debe hacer**. No ignoramos las otras cosas de mayor interés en ese instante; sin embargo, cuando se considera qué es lo más importante en ese momento, aquello ayudará a definir prioridades con la perspectiva correcta y contribuirá a la permanencia de esa divina atmósfera sana en el hogar.

Ciertamente, el cumplimiento de la responsabilidad primordial de cada miembro del hogar, de acuerdo con lo que Dios nos ha enseñado en el libro de Efesios 5 y 6, no siempre es fácil. Y la dificultad de esto no radica necesariamente en la falta de conocimiento, pero más bien en la falta de la actitud correcta. Y el instrumento que Dios ha diseñado, a través del cual se logra aquello continuamente, es la cruz.

RESCATANDO Y PRESERVANDO NUESTRA NIÑEZ

Existe una realidad en nuestros medios que no debemos ni podemos ignorar. Está frente a nuestros ojos, dándose bajo nuestras propias narices: La carencia de la producción de la tierra de miel en la mayoría de los hogares, especialmente aquellos cuyos hijos ya son jóvenes adolescentes o mayores y viviendo bajo el techo de sus padres. Y esta condición clama por una restauración.

Ahora, si nos encaminamos hacia esa restauración, necesitamos tener la visión clara de las cosas cuan amplias y cuan profundas sean en todas sus aristas, porque mientras mayor sea la visión, más pronta y efectiva será la restauración. Hasta este punto he procurado mostrar una clara visión de la maravillosa intención del Señor en cuanto al diseño del hogar, y la ejecución continua de las responsabilidades de cada miembro. Todo esto es necesario para la realidad permanente de esa atmósfera ideal, mediante la experiencia de la cruz. Si esta visión se ha percibido, entonces poseemos los planos del diseño original para la reconstrucción del hogar conforme a la voluntad del Señor. Vamos ahora a tomar como punto de partida—hacia la restauración—la presente condición en la cual nos encontramos, y lidiaremos con lo que ocurre en nuestro tiempo y en nuestro medio; teniendo presente que **el arranque debe darse primeramente en los padres.**



La restauración del hogar conforme a la voluntad de Dios dependerá de la visión clara del plano original.

Una vez consumada la unión matrimonial, como ya sabemos, se comparte ese tiempo de luna de miel que es importante y necesario, porque por primera vez la pareja convive sola. Es el principio del conocimiento mutuo en una manera más íntima, que incluye también esas primeras semanas y meses cuando son solo dos en su nuevo nido. Luego llega

el tiempo de la espera del nuevo miembro de la familia, aquellos meses cuando la futura madre sufre todo tipo de cambios, y al futuro padre, en el espíritu de ese amor ya mencionado, le toca tratar con ella considerando su condición como mujer. Esto incluye sus diferentes reacciones, sus gustos o antojos en ciertos momentos, su estado de ánimo, ya sea que esté por los cielos o por el suelo, con todo y lo santificada y consagrada que pudiera estar. Parecerá hasta cierto punto una mujer muy diferente de aquella que fue llevada al altar. La comprensión por parte del esposo de lo que todo esto involucra durante esos meses será necesaria hasta el momento del alumbramiento.

Después de esto, la llegada de esa criatura se dará, y marcará un hito en la familia, con la aceptación de la responsabilidad de su crianza **para el logro del propósito de Dios en su vida.**

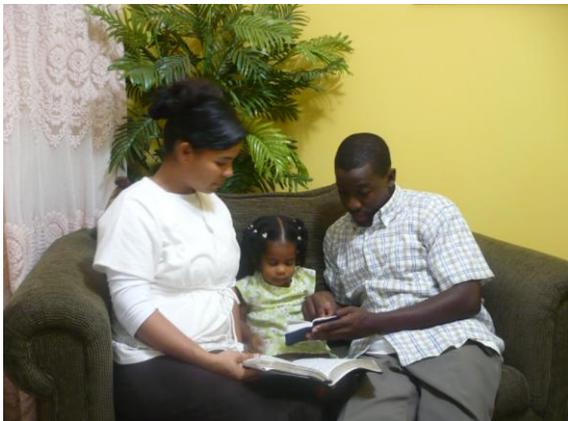
Sin duda alguna, en este punto, siempre arde el profundo deseo en los padres que son cristianos, de ver a sus hijos crecer en el camino del Señor; y ciertamente es también el profundo deseo del Creador. Y durante ese tiempo, estando ese bebé aún tierno, como esponja, listo para absorber todo lo que se le derrama, papá y mamá dan lo mejor de sí para invertir todo lo que pueden en esa criatura, en espera de ver los resultados, el fruto de su labor. Sin embargo, al paso del tiempo no necesariamente ocurre lo que se esperaba; es más, el asunto cobra un giro. Cuando en un tiempo, espe-



cialmente durante los primeros años de la vida de ese niño, había un descanso porque sus canciones favoritas eran “Cristo Me Ama” y “Nítido Rayo por Cristo”; siempre “jugaba a la iglesia”, imitando la manera de predicar

del ministerio; le deleitaba la atmósfera del culto. Todo esto dando a entender que iba por buen camino; manifestaba algo prometedor. Ahora, cercano a la etapa de la adolescencia hay un sentido de temor porque las cosas no son iguales. ¿Qué ha pasado? ¿Cuándo se dio el giro? ¿Qué fue lo que operó para frustrar lo que se venía dando desde su niñez? Si ha habido un esfuerzo por parte de los padres de

verter las enseñanzas Divinas en la crianza conforme a lo que vemos en Proverbios 22:6, ¿no debería darse el resultado cónsono con aquello? Y si lo vemos a una escala mayor, ¿no debería



haber, a raíz del esfuerzo de los padres cristianos, una masiva producción de niños y jóvenes salvos en una manera permanente? ¿No debería haber una generación formándose para tomar la batuta cuando nosotros habremos pasado de la escena? ¿No debería ser el patrón en nuestros medios? Si tenemos la verdad, entonces, ¿dónde está la falla?

Al reconocer la realidad de esta situación, que ha mantenido opacada la gloria, la dulzura y el deleite de muchas familias, repercutiendo en la iglesia en general, no podemos quedarnos de brazos cruzados, esquinados como gente indefensa esperando en oración a que la solución sencillamente descienda del cielo.

Definitivamente, Dios no es el responsable del asunto, y tampoco podemos conformarnos con la aceptación de la influencia de la corriente del mundo en sus diferentes ramificaciones. Si bien es cierto que hay un poder en la corriente mundanal y cada ser humano tiene una voluntad para ejercerla libremente, aun desde su niñez, tenemos que re-

conocer también que ha habido quienes han vencido a pesar de todo. ¿No fue ésta parte de la gloria de la iglesia durante el primer y sexto candelero? ¿No nacieron niños en el seno de la iglesia, y fueron salvos, y permanecieron salvos hasta tomar el lugar de los que fueron sus maestros y pastores? ¿No se levantaron generaciones para darle seguimiento a la obra de la iglesia?

Todo problema tiene su raíz o trasfondo, y confiamos en que el Espíritu dará el entendimiento para los cambios necesarios, de tal forma que se obtengan los resultados deseados en relación con el rescate y la preservación de nuestra niñez. Veamos, por tanto, lo siguiente, y a medida que avanzamos habrá lo suficiente para reflexionar, sopesar y comparar para llegar a las conclusiones atinadas conforme a la realidad particular de cada hogar.

PRODUCIENDO LO BÁSICO

Primeramente volvamos a la porción en Deuteronomio 5:29, que nos dice lo siguiente:

¡Quien diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!

Dios ha deseado y sigue deseando el bien para todos nosotros y nuestros hijos; pero ese bien se da en la medida que **todos los días** guardemos **todos sus mandamientos**. Esto implica una obediencia sostenida a todo lo que el Señor nos manda. Esta actitud en nosotros como padres casi como que garantiza el bienestar permanente de nuestros hijos, según Dios; y bueno sería escudriñarnos a la luz de esta porción con la siguiente pregunta: **Como padre y esposo (al igual que la madre y esposa), ¿estoy haciendo todo lo que Dios me ha mandado hacer todos los días?**

Por otro lado, al examinar la porción en Lucas 15:11-32, acerca del hijo pródigo, nos daremos cuenta que se puede dar el caso en donde ese hijo en su rebeldía escoja el mal a pesar de todo el esfuerzo por parte de los padres en obedecer a Dios consistentemente. Reconozco que al considerar esta posibilidad (la del hijo pródigo), mi espíritu tiembla, al punto de no querer aceptarla en mi caso particular. Sin embargo, el conocimiento de esto nos ayuda para que, en caso de que se dé, no sucumbamos bajo un espíritu de frustración y auto condenación. Pero la actitud tampoco debe ser como quien dice: “Bueno, ya que existe la posibilidad de que mi hijo no lo logre, haré lo que pueda, y amanecerá y veremos.” **¡En ninguna manera!** Tengamos la visión correcta: “podría ocurrir, pero **no tiene que ser así**”. Por tanto, esforcémonos, hagamos lo mejor, porque Dios nos respalda.

Ahora, en ese espíritu, independientemente del resultado que se dé (ya sea que nuestros hijos sean salvos o no), debemos producir **por lo menos** lo básico, que en mi estimación consiste en lo siguiente:

- **Hijos sumisos a los padres**

Dios espera que en casa los hijos se sometan a todo lo que él establece a través del padre, la cabeza de la familia. El hecho de que aún no hayan sido salvos, si ese es el caso, no los exime de las demandas Divinas, porque todo lo que está escrito en la Palabra es tanto para los salvos, para que lo obedezcan, como también para los no salvos, para que sean salvos y obedezcan también. La responsabilidad del desarrollo de ese espíritu de sumisión por parte de los hijos descansa sobre los padres, especialmente sobre papá. Si consideramos la porción en I Timoteo 3:4-5, leeremos lo siguiente:

...que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no

sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?)...

Lo mismo vemos en el verso 12:

Los diáconos sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus casas.

Como está plasmado, esto es en relación con todo aquel que anhela el obispado o el diaconado. Es que la vida de aquel que ejerce algún cargo de liderazgo debe ser ejemplo para el pueblo en los diferentes aspectos de su vida; y este—la sujeción de los hijos—es uno de ellos. Y note que la porción no hace mención del estado espiritual de los hijos, (si son salvos o no) para efectos de excepciones, implicando con esto que la sujeción se debe ejercer independientemente de la condición espiritual de ellos. Ahora, razone conmigo, ¿cree usted que Dios aceptaría que porque no se ejerza el cargo de diácono se exima de la responsabilidad de, por ejemplo, ser marido de una sola mujer? Entonces, porque no soy obispo, ¿Dios comprende cuando mis hijos no se someten? El espíritu de este asunto es que si la sujeción de los hijos debe ser lo característico en el pueblo, lo que se espera de cada familia, cuánto más en los dirigentes. Es más, a la luz de la porción en el libro de Hebreos 13:7, que nos dice:

Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe...

nos daremos cuenta que lo que Dios demanda del ministerio asimismo lo demanda del pueblo, en aquello que no está directamente relacionado con el llamamiento.

El ejercicio de la autoridad paternal en el sometimiento a lo establecido en el hogar es vital. Por cierto tiempo nos tocará, como padres, decidir literalmente por ellos e inducirlos a hacer lo que conviene tanto a ellos como indi-

viduos como también a la familia. Durante su niñez y aún hasta cierto punto durante su juventud, no poseen la capacidad de tomar ciertas decisiones de peso que les producirán los beneficios temporales y eternos. Su visión de las cosas es corta. Por tanto, la autoridad que ejerzamos sobre ellos operará como medio de salvaguarda y guía para llevarlos a un futuro conforme a la mente de Dios para ellos.

Añadido a esto, conviene mencionar que el hijo que no aprende a someterse a sus padres tampoco aprenderá a someterse a Dios. Este ha sido gran parte del problema de la rebeldía en la juventud, que ha tenido su inicio en la niñez. Necesitamos lograr a su temprana edad que entiendan claramente que **existe solo una cabeza en el hogar**; por tanto, no vacilemos en disponer de todos los recursos necesarios al ejercer la disciplina apropiada para tal fin. Muchas veces la correa será el instrumento **necesario y efectivo**, cuando se amerite, para ayudarlos a entender, especialmente cuando ellos nos retan. Créalo o no, en ocasiones los hijos tienden a retar la autoridad de los padres—ya sea para lograr lo suyo propio o estudiando la situación para ver cuán lejos se puede llegar—y si no nos paramos firmes, ellos la usurparán sin contemplación alguna, para vergüenza nuestra y deshonor a Dios. No nos dejemos llevar por esa mentalidad de que a los niños no se les debe poner la mano encima. La clave está en el ejercicio de la corrección en la sabiduría de Dios, que nos ayuda a mantener el equilibrio. Por tanto, mientras por un lado no tendamos hacia el maltrato, por el otro no los constituyamos en seres intocables, porque asimismo serán cuando crezcan y sus músculos se desarrollen y los nuestros se debiliten. No habrá manera de controlarlos con nuestra voz, que es el único medio del cual podremos disponer, y sufriremos las mismas consecuencias y la misma condenación que Elí aún está sufriendo juntamente con sus hijos (I Samuel 2:12-36 y 3:11-14). Pongamos nuestra barba en remojo, aprenda-

mos de las experiencias pasadas y hagamos lo que nos corresponde para producir una generación sumisa, preparada para tomar la antorcha, para el relevo hacia el final con el estandarte del nivel en alto, **como lo normal**.

• **Hijos que respetan a sus padres y superiores**

Este aspecto, al igual que el anterior, debe ser característico en todos los hijos cuyos padres son salvos. Debe comenzar con el respeto de los hijos hacia los padres, de donde aprenderán a respetar a otros. El hijo que no aprende a respetar a sus padres tampoco aprenderá a respetar a nadie, a menos que sea de la manera más difícil.

En el ambiente del hogar, el respeto a los padres implica el comportamiento debido de los hijos hacia ellos, en un espíritu de sumisión, solicitud y veneración como la honra debida, a la luz de Efesios: 6:2, que nos dice:

Honra a tu padre y a tu madre...

En otras palabras, sus actitudes, sus acciones y reacciones, lo que dicen y cómo lo dicen, ya sea que sus padres estén presentes o ausentes, deben ser tales que en nada deshonren a los mismos con salirse de sus casillas en una actitud de rebeldía. Realmente, las posibilidades de lograr que nuestros hijos sean moldeados así, a pesar de un tiempo como este, son altas **si se hace según Dios** con la seriedad y diligencia debidas. Sin embargo, esto no se logra de la noche a la mañana. Se requiere primeramente la visión de la importancia de esto junto con la determinación para producirlo, cueste lo que cueste. Por más que demande, haciendo nuestra parte en obediencia a Dios, podemos producir hijos que:

- ✓ Respondan con diligencia (no cuando les dé la gana) cuando los llamamos, y de la manera debida; como por ejemplo: “Sí, papá” o “Sí, mamá” o aun “Sí, pastor”; y asimismo con otros en posiciones de

autoridad. Dicho sea de paso, cada vez que a un niño hay que llamarlo varias veces antes de que responda, ya con esa actitud está mostrando señales de irrespeto.

- ✓ Se dirijan a nosotros en términos de “papá” o “mamá”. No es propio acostumbrarlos a que nos llamen por nuestro nombre, como si ellos estuvieran al mismo nivel o superior que nosotros, o como si ellos fueran nuestros padres.
- ✓ Cuando les hablemos, nos miren y permanezcan allí hasta que hayamos terminado, y acusen recibo de lo que les hayamos dicho, después de lo cual puedan retirarse cuando se lo concedamos.
- ✓ Se mantengan en silencio cuando los corregimos, o les asignamos algo que en el momento no quieran hacer, a no ser que lo que necesiten decir sea justificado, y con el espíritu correcto. En otras pala-



bras, que no sean respondones ni murmuradores. Esto aun implicando sus expresiones faciales.

- ✓ Sepan esperar hasta cuando terminemos de hablar para entonces ellos hablar; lejos de interrumpirnos arbitrariamente cuando les venga en gana.
- ✓ Mantengan la actitud de temor reverente cuando los lidiamos con cierto grado de seriedad, lejos de reírse y relajear cuando la atmósfera no se presta para aquello. Estamos hablando acerca de la necesidad de percibir la seriedad del momento.
- ✓ Bajo ninguna circunstancia se atrevan a alzarnos la voz, y mucho menos la mano.
- ✓ Respondan verbalmente, y no sencillamente con la cabeza, cuando se les pregunte algo.
- ✓ Cuando están distantes, si nos necesitan, que sean ellos los que vengan a nosotros, a menos que la situación amerite que nosotros vayamos a ellos.
- ✓ Perciban que el hecho de que seamos sus padres no les da la libertad de jugar con nosotros de cualquier forma (física o verbalmente); como por ejemplo, burlarse o decirnos nombres. A propósito, añadimos que de ninguna manera juegue con su hijo “pegando”, independientemente de la edad que tenga.

Estas son algunas normas relacionadas con el respeto de los hijos hacia los padres que muchas veces se pasan por

alto, y créalo o no, se originan grandes lamentos y dolores de cabeza cuando su implementación se ignora, ya sea deliberadamente o no. Muchas situaciones amargas que frustran la producción de la tierra de miel provienen de la falta de uno o varios de estos aspectos.

Gran parte del problema radica en la incapacidad de detectar esas actitudes de irrespeto en los hijos desde temprana edad. Son interpretadas como juegos, relajos o confianza, mientras que paulatinamente se va desarrollando ese mal cuyas manifestaciones van en aumento; y luego, cuando ese padre o esa madre se dan cuenta—ya sea porque por primera vez se le alzó la voz o la mano—ya es demasiado tarde para ejercer el control. Seamos vigilantes y esforcémonos para frenar en una manera definitiva este mal.

Ahora, la idea no es la de forjar sus vidas a la fuerza mediante una disciplina militar, pero más bien instarlos con suficiente consistencia, mediante el entendimiento, la sabiduría de Dios y el desarrollo de la relación de amor, a la formación del espíritu de respeto en ellos. El desarrollo de esta cualidad como lo característico en ellos añadirá, al paso de los años, a esa condición de tranquilidad y satisfacción en la relación con nuestros hijos, y los llevará muy lejos, con bendiciones incalculables, no solo en términos personales, pero aun en beneficio de otros.

Quisiera también recalcar que el respeto se debe aplicar entre hermanos en la familia. No es bueno que el menor irrespete al mayor; por otro lado, tampoco es correcto que el mayor se aproveche y abuse del menor, quien también merece respeto. Procuremos velar porque se preserve la cadena de mando entre nuestros hijos. Esto resultará en un gran beneficio, especialmente cuando estén solos, y el mayor—o la mayor—deba asumir el mando. En ocasiones me encuentro lidiando con

Charles, el menor en la familia, cuando trata de asumir ciertas posiciones que no le competen, especialmente

cuando tiene que ver con repartición de comida. Tengo que recordarle que él fue el último en hacer su aparición y formar parte de esta familia.

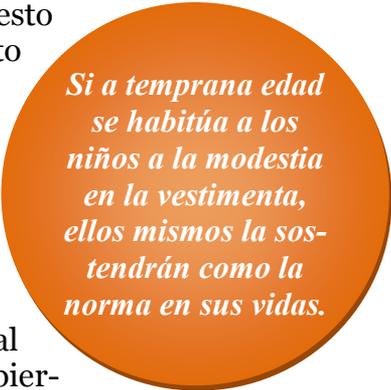
Ahora, todo esto del respeto eventualmente produce también en ellos ese sentido de veneración y atención a sus superiores. Me refiero a esa conducta donde no se pasan de la línea bajo circunstancia alguna, diciendo, por ejemplo: “Usted no es ni mi papá ni mi mamá para regañarme”. Dóciles para recibir corrección o disciplina de otros aparte de nosotros, sus padres. Esto incluye a los pastores, maestros, hermanos; tanto en la atmósfera de la grey como en las escuelas, adultos en general, tíos abuelos, y así podríamos seguir. Nuestra actitud de llevarlos a una condición en la cual aprendan a apreciar al ministerio y al resto de los hermanos, juntamente con la participación de la grey en considerarlos, tratarlos y velar por ellos, y repito: en la sabiduría de Dios-- pavimentarán el camino para el logro de esto.

- **Hijos que reverencian a Dios**

En sus mentes debe estar bien arraigado el concepto de quién es Dios, sean salvos o no convertidos. En otras palabras, la continua conciencia de Dios como el único Ser Supremo, el Omnipotente, el Omnipresente, y el Omnisciente. Aquel del cual nadie se puede esconder. Ese conocimiento que lleva al ser humano a percibir la grandeza Divina, la gloria y la excelencia del Señor, por encima de todo. La percepción de sus maravillas plasmadas en la Palabra y su incuestionable soberanía sobre todo el universo. Esto trabajará como un freno a la iniquidad, por el temor que infunde; e inspirará a la reverencia a Dios, la cual se reflejará en su conducta en casa, en el culto y donde sea que vaya. Muchos quienes gozaron de una experiencia gloriosa en el Señor, fueron inculcados desde su niñez a la reverencia a Él cuando aún no eran salvos, lo cual sirvió para despertarlos más tarde al arrepentimiento.

- **Hijos que practican la buena apariencia en la vestimenta**

Lo que a un niño se le enseña a temprana edad queda en él. Estamos hablando de ese sentido de cuidar su intimidad, de desarrollar la vergüenza a exponerse, **tanto niñas como varones**. Pero esto demandará el entendimiento necesario, que lo vean claramente como **un beneficio para ellos mismos** en la protección de su íntima identidad, y el desarrollo del respeto en cuanto a la imagen que están y estarán proyectando ante la sociedad, lo cual los motivará a mantenerse cubiertos debidamente, de su voluntad más que por obligación. Más importante y efectivo es que crezcan desarrollando el espíritu del decoro, el pudor y la modestia **como una protección Divina, para su propio beneficio**, más que el mantener el nivel de la doctrina. Es más, el nivel se mantendrá cuando esto les registre y voluntariamente lo implementen en su diario vivir. En la medida que sabia y consistentemente se invierta lo necesario para el arraigo de este concepto en ellos, lo absorberán y lo mantendrán como parte de su vida aun a pesar de la fuerte corriente mundanal. He tenido la experiencia de ver a jóvenes no salvadas que han aceptado esto y lo han mantenido aun estando solas en el ambiente mundano en que se mueven.



Si a temprana edad se habitúa a los niños a la modestia en la vestimenta, ellos mismos la sostendrán como la norma en sus vidas.

Si desde **temprano y consistentemente** se habitúa a la niña a usar sus faldas y trajes largos, y **de igual manera al niño a usar sus pantalones largos y sus camisas bien abotonadas**, ellos mismos, al paso del tiempo, lo sostendrán como la norma en sus vidas. Pero tanto la consistencia como el tiempo en que se implementa esto juegan un papel importante. Gran parte de la

batalla con la vestimenta de nuestros hijos radica en la aplicación tardía. Si durante los primeros ocho años, por decir un tiempo, se le acostumbra a una niña a usar falda corta, es de esperarse que al tratar de implementar la falda larga a los nueve años, ella cuestione ¿por qué? “¿Por qué no puedo seguir usando mi falda corta, esa falda que me acostumbraste a usar durante todos estos años?” ¿A qué se debe el cambio? Y no solo demandará el tiempo sustancial para pacientemente trabajar con ella hasta que el asunto le amanezca en su mente, pero implicará también lidiar con el cambio y el reajuste de su vida hasta acostumbrarse a lo que ahora será el **nuevo patrón** para ella. Y lo mismo es con el varón en relación con los pantalones. No estoy implicando con esto ningún mandato o ley en cuanto a la vestimenta de los niños, más bien procuro explicar el por qué de la necesidad de inculcar ciertas enseñanzas a temprana edad. Más vale acostumbrarlos desde temprano con el entendimiento correcto al patrón Divino, en la modestia, de manera que al ir creciendo les sea más fácil mantenerlo a pesar de la corriente mundanal. Además, de esta forma se sentirán avergonzados y raros si alguna vez se les ocurriera probar alguna vestimenta impropia.

Juntamente con esto conviene mencionar que la vestimenta correcta no se limita a lo que tiene que ver con cubrirse debidamente. Ello implica también una clara diferencia entre lo mundano y lo santo; lo cual debe reflejarse en nuestros hijos aunque no sean salvos. Hay ciertas prendas de vestir que si bien es cierto cubren todo el cuerpo, a la vez, porque son apretadas, exponen precisamente la forma de aquellas partes del cuerpo que son atractivas al sexo opuesto, porque para ese propósito fueron diseñadas. De tiempo en tiempo surgen modas tanto de colores como de diseños extravagantes, fuera de orden. No debemos permitir que nuestros hijos se estén identificando con toda moda que el mundo les ofrece. Si nosotros no lo hacemos, ellos tampoco deben hacerlo.

Esta faceta de la vestimenta, que completa el paquete, también contribuye para lo que les conviene.

- **Hijos que aprecian la unidad familiar**

El mejor ambiente para el desarrollo y la protección de nuestros hijos en medio de este mundo inicuo es su propio hogar. No existe mejor lugar. Si la atmósfera es tal que Dios es el centro y como producto de aquello prevalece el grado de amor que inspira al aprecio de la relación unos con otros, todo esto trabajará para crear el espíritu de unidad en la familia.

Mientras mayores sean las actividades que se realicen juntos, como familia, más se fortalece la unidad. Esta práctica no es muy común en nuestros días, especial



mente cuando los hijos son jóvenes con cierto grado de independencia. Al paso del tiempo cada cual tiende a ir por su rumbo de acuerdo a sus intereses: el deporte, los estudios, la vida con las amistades de la comunidad, los hobbies, el arte, o algún empleo, etc.

Cuando no existe una fuerza de enlace o afinidad en la familia, se crea una vulnerabilidad ante las fuerzas externas tendientes a producir la separación. Esto incrementa las posibilidades de que los hijos, en ese estado de rebeldía—especialmente durante la adolescencia—abriguen la “brillante idea” de irse de la casa, especialmente cuando se les priva de la libertad de salir con sus amistades—lo cual es para su protección—sin la provisión de alguna compensación por parte de los padres.

Hay un valor en realizar actividades familiares como: salir a un parque, o ir juntos a un lugar para comer helados—no tiene que ser comida pesada en un restaurante—caminar juntos en la mañana, etc. Estas actividades fuera de la atmósfera del culto en el templo contribuyen al desarrollo del espíritu de unidad en nuestros hijos. A veces no nos imaginamos cómo el Señor puede trabajar las cosas en momentos como estos, para llevar a cabo varios propósitos. Una tarde fuimos juntos a un parque, y llevamos una soga para saltar. Después de pasar un tiempo en los columpios y los demás juegos, decidimos jugar con la soga. Cuando empezamos a saltar, incluyéndome a mí



mismo, nos dimos cuenta de que otras personas nos estaban observando. Parecía ser algo novedoso el ver a una familia jugar a la soga, en un tiempo como este, cuando ese tipo de juegos es obsoleto, algo del pasado. Po-

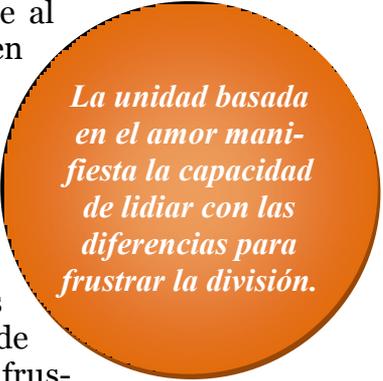
co después, algunos niños, de diferentes edades, se acercaron y libremente se incorporaron; e incluso algunas madres también se acercaron y al ver que sus hijitas querían aprender a saltar la soga, procuramos enseñarles. Fue un momento muy agradable que como familia consideramos fue inolvidable. Cuando llegó la hora de irnos querían seguir, pero no pudimos quedarnos más tiempo, y una de las madres mostró su agradecimiento por haberle permitido a sus hijas tener la experiencia de aprender a saltar la soga. Camino a casa, nos dimos cuenta de que no solo el propósito de la recreación familiar se había cumplido, sino que también se había impartido una bendición a otros. Y asimismo, en otras ocasiones, nuestras salidas familiares han servido para ministrarles a otros la Palabra.



El buen trato entre los padres debe ser ejemplar; en especial cómo se hablan. La práctica de los buenos modales representa un papel importante en el desarrollo de la unidad en la familia. Por tanto, expresiones tales como: “Por favor”, “gracias”, “buenos días”, “que descanses bien”, deben formar parte del vocabulario familiar. Y no solo el vocabulario, pero más la actitud del buen trato, el espíritu de aquello, que es el meollo. Muchas veces somos más propensos a ejercer buenos modales con los de afuera que con nuestros propios padres o hermanos en casa. En algunos círculos familiares pareciera ser lo más raro, por ejemplo, en las mañanas, preguntar: “¿Cómo dormiste anoche?”; o en algún momento—no necesariamente el día del padre o el cumpleaños de papá—decir: “papá, te quiero mucho”. Parte del problema consiste en

que la corriente del mundo, que tiene que ver con el trajín rutinario—el apuro para llegar a tiempo al trabajo o a la escuela, o a la cita médica—ha arrastrado a muchos al punto que ya no hay tiempo ni siquiera para unos segundos de mutuo intercambio de buenos deseos. Por otro lado, esa mentalidad que muchos han asumido, donde se cree que la confianza es inversamente proporcional al buen trato y al respeto, ha contribuido también a este efecto negativo en el ámbito del hogar. Pero si en Dios se asume la mentalidad correcta--que lleva a las determinaciones necesarias--y se procede a los cambios deliberados, se dará lugar al respaldo del Espíritu para el desarrollo de una mejor relación.

Este grado de interacción en el buen trato debe proyectar el agrado y deleite de papá con la presencia de mamá y viceversa. Estas son expresiones que no deben ocultarse. Bueno es cuando el uno le dice al otro: “me gusta cuando estás en casa”, aun a pesar de las diferencias y correcciones, porque se evidencia el poder de la unidad a consecuencia del amor. Es que la unidad basada en el amor no implica la ausencia de diferencias, pero más bien manifiesta la capacidad de lidiar con las diferencias para frustrar la división. Esto inspira en los hijos la visión correcta en cuanto al aspecto de la unidad en el hogar, y por tanto, la mentalidad correcta. Me refiero a esa mentalidad de mantenerse dentro del seno familiar no importa qué se dé; **que ni siquiera consideren la insensata idea de irse de la casa por no poder soportar la disciplina que se les aplica para su propio bien;** porque perciben el valor de la interacción familiar por los beneficios que produce.



La unidad basada en el amor manifiesta la capacidad de lidiar con las diferencias para frustrar la división.

Además de esto, la relación que se desarrolla entre los

padres y los hijos, donde ellos (los hijos) aprenden a apreciar y venerar a sus padres, representa un papel importante en la unidad familiar. Los hijos que no veneran a sus padres tampoco venerarán a Dios, ya que esa interacción entre ellos es la preparación para su interacción con Dios. Cuando un niño, o un adolescente o joven aprecia esa clase de relación en la cual ve a su padre como su amigo admirable y a su madre como su amiga admirable también, difícilmente se separa. Hay un poder de enlace que se desarrolla e incrementa al paso del tiempo.

De igual manera la relación entre los mismos hijos. A esto añadido que conviene inculcar en ellos desde temprana edad el buen trato del uno con el otro, la cortesía, la manera cómo se comunican, y esto tanto dentro como fuera de la casa. Procuremos evitar que se lancen ciertas expresiones ofensivas entre ellos, que generalmente permitimos “porque son hermanos, y no hay nada de malo en eso”. Vuelvo a recalcar que la confianza en la relación familiar no debe ser razón alguna para el irrespeto.

El tiempo a la mesa, donde todos comen juntos, no debe faltar. Estos son momentos que deben atesorarse y pre-



servarse, no solo durante el tiempo de la niñez, sino también durante la adolescencia y la juventud de los hijos. Se debe procurar que esta práctica perdure, dentro de lo posible, hasta que cada uno “deje el nido” de acuerdo con la voluntad Divina. Y aun después, cuando queden los dos “tortolitos” que construyeron el nido.

De aquí el reto consiste en la instrucción de la importancia de esta práctica y su implementación a temprana edad, de tal manera que se torne en un deleite con la participación de todos. Cuando hay deleite en algo, la tendencia es a darle un lugar especial y a mantenerlo.

Cabe destacar también que la oración en el hogar es un elemento vital, no solo en el desarrollo, pero también en la permanencia de esa unidad; lo he visto funcionar en mi propio hogar, en esos momentos cuando todos participamos. No sólo ese momento de oración cuando todos están juntos, sino también cuando el hermano ora con su hermana, y la madre con su hijo, y el padre con su hija; esta combinación ya cristalizada en una manera continua enriquece el espíritu de la unidad familiar. Por tanto, no excluya a los niños de la atmósfera de oración; inclúyalos, enséñeles a sus hijos a orar, a serles agradecidos a Dios por Su providencia; ore con ellos y ore por ellos en su presencia. Si no son salvos, Dios puede utilizar aquello para despertarlos a la salvación.

Una última consideración dentro de este aspecto de la unidad es la necesidad de que desarrollen el temor de irse de la casa para probar lo de afuera. Debemos lograr que registre en nuestros hijos la triste historia de lo que se ha dado en la vida de aquellos que lo han hecho, y se repite aún en sus contemporáneos.

Críelos mediante la Palabra, de tal manera que ellos mismos logren arribar a la conclusión de que es mucho mejor quedarse en casa que meterse en la boca del lobo con la alta posibilidad de no poder salir. Hay un tremendo logro cuando dentro del ambiente de la unidad,

ya sea el niño, o el adolescente o el joven ve sus necesidades en los diferentes aspectos de su vida suplidas en casa, con el registro de que afuera no será así. Esto crea en él un sentido de seguridad y protección que promueve el anhelo de mantenerse dentro de los linderos del hogar. Por tanto, en la sabiduría de Dios, procure satisfacer sus necesidades; tome tiempo con ellos, responda a sus preguntas de diferentes índoles, aun aquellas que tienen que ver con lo íntimo. Conviene que ellos reciban las respuestas correctas en casa, antes de que el error penetre en sus mentes y los contamine, bloqueando de esta manera la verdad de las cosas según Dios.

- **Hijos con una percepción espiritual de cierta profundidad (entendimiento)**

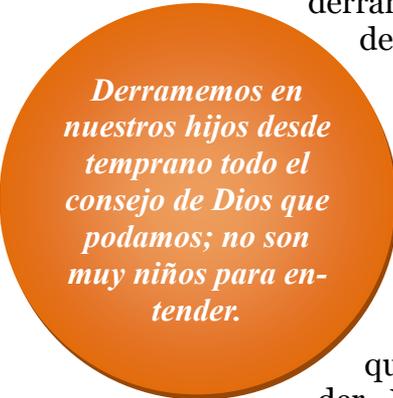
Los niños que nacen en el seno de la verdad de la Palabra—y cuyos padres son salvos en la verdad—gozan de una tremenda ventaja. Como no son expuestos al mundo, sus mentes, a muy temprana edad, van captando y se van desarrollando para el entendimiento de lo espiritual. Ya cuando llegan a cierta edad, aún en su niñez, tienen la visión clara de muchos conceptos de la Palabra y de la sabiduría Divina. Esto es así al punto de que en algunos casos los hijos captan y disciernen ciertas cosas con mayor facilidad y rapidez que los padres. La explicación para esto es que, a diferencia de los hijos, los padres en su niñez:

1. No gozaron durante su crianza de una atmósfera espiritual, expuestos a la verdad; sino más bien se desarrollaron en un ambiente mundano, o
2. Crecieron en un ambiente meramente religioso, donde la verdad no fue enseñada ni mucho menos vivida.

Y en cualquiera de estas condiciones, fueron expuestos a la corriente del mundo—quizá por lo menos por 20 años—y absorbieron, desarrollaron y retuvieron criterios que han operado como un freno a lo que es conforme a la

mente de Dios. Todo criterio contrario a la mente de Dios entorpece de alguna manera el entendimiento de la verdad. Aparte de esto, muchas veces se da un fenómeno que realmente no debería ser: en algunos casos, la experiencia de uno o ambos padres declina después de casarse y tener a los hijos. Entonces los hijos al crecer y desarrollarse en la vida santa por las enseñanzas de los mismos padres muestran un espíritu más noble que ellos. No debería ser, pero hay casos en los cuales se dan estas situaciones. Esto también se da cuando uno de los cónyuges, por ejemplo la esposa, llega a ser salva, y su influencia sobre los hijos es mayor que la del esposo, a tal grado que en ellos también se cristaliza la salvación. Por tanto, si el padre logra ser salvo, por ejemplo, años después, los hijos ya le llevan la delantera, por así decirlo.

A todo esto, Dios espera que mientras los padres se encuentren cimentados en la verdad, parte del producto en los hijos, sean salvos o no, se manifieste en esa mentalidad acondicionada para percibir lo espiritual. Muchos son vivos testimonios del freno ante la maldad que el entendimiento de los conceptos Divinos produjo en ellos hasta llevarlos a la salvación. Si quiere un buen consejo, derrame todo en ellos, no se abstenga



Derramemos en nuestros hijos desde temprano todo el consejo de Dios que podamos; no son muy niños para entender.

de compartirles todo el consejo de Dios. Invierta todo lo que pueda en esos espíritus, en esas mentes, aunque pequeñas, porque estamos lidiando con lo espiritual, y el Espíritu Santo provee un respaldo especial de entendimiento aun a esa temprana edad. Recuerde siempre que no son muy niños para entender. No nos engañemos: si a esa edad

pueden absorber toda clase de enseñanzas depravadas y perversas provenientes de la basura de este mundo, al punto de ser astutos para lo malo, entonces tienen sufi-

ciente capacidad para entender lo que viene de Dios.

- **Hijos sensibles a la voz de Dios**

Esa mentalidad que acabamos de considerar trabajará para producir esta sensibilidad en ellos. Mientras mayor sea su conocimiento de Dios, mayor será su visión y mayores serán los recursos de los cuales podrá disponer el Señor para llamarlos y conducirlos conforme a Su voluntad. De aquí surge la necesidad de que los padres cultiven en sus hijos la sensibilidad a su voz, juntamente con la capacidad de responder conforme a esa misma voz, ya sea paternal o maternal. A este punto conviene mencionar que, como parte de la crianza, nuestra voz como padres es sumamente importante. He aprendido de mi pastor que la mayor parte del trabajo en el Reino—ya sea interno o externo—se lleva a cabo con la voz. Hay un porcentaje de la crianza que se lleva a cabo en el ejemplo, otro porcentaje se realiza en la ejecución de la corrección, pero un alto porcentaje se da en la voz, al hablarles. Los 3 son igual de importantes, pero el ejercicio de la voz debe ser el predominante en cuanto a su ejecución. ¡Cuán importante es nuestra comunicación con nuestros hijos! Me refiero a esa continua conversación, donde mutuamente se transmite información que enriquece la relación. Esta comunicación trasciende los límites de esas conversaciones por necesidad: asuntos de la escuela, corrección, etc.

Esto contribuye a lo que mencionamos acerca de la obediencia. El desarrollo de la sensibilidad de los hijos a la voz de sus padres los prepara para ser sensibles a la voz de Dios. Estoy hablando de esa reacción inmediata al sonido de la voz paternal, al punto de dejar aquello que en el momento pudiera ser de interés para responder al llamado. Me refiero a esa capacidad en todos de hacer silencio para percibir lo que mamá está tratando de decir, lejos de seguir cada cual en sus actividades como si nada hubiera pasado.

Esta capacidad no se logra a la fuerza o con castigos; esto está ligado al tipo de relación que se desarrolla entre los padres y sus hijos. El ser humano atiende con pronta solicitud a aquel que tiene en alta estima. Esa sensibilidad a la voz paternal es uno de los resultados que se obtienen cuando los hijos llegan a apreciar y venerar a sus padres, por su comportamiento en el trato dentro de la sabiduría de Dios, y la consistencia en aquello. Esto despierta en ellos (los hijos) aquel sentido de correspondencia, por el cual voluntariamente procuran no hacer nada para ofender a sus padres, porque no quieren perder esa relación que tanto aprecian, por lo que papá y mamá han significado para ellos al paso de los años.

Al hacer mención de estos aspectos, estamos hablando de una producción superior a lo que cualquier institución mundanal, raza o país pudiera producir. **¡Necesitamos mostrarle a la humanidad que esto funciona!** Dios ha diseñado Su iglesia de tal forma que en todo debe superar al mundo. Así es, amado lector, necesitamos producir la tierra de miel en la implementación de estas cosas. Esto es, en gran parte, lo que moverá a la humanidad a desviar su mirada de su propia producción para enfocarla en lo que funciona, lo que Dios produce a través de Su pueblo, por la excelencia de su calidad. El hombre no va a buscar algo inferior a lo que ya posee. Este es uno de los aspectos de lo que Jesús dijo en Mateo 5:20:

...si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

Considero que esta debe ser la calidad de vida en nuestros hijos aunque aún no hayan alcanzado la salvación. Esto debe ser lo básico, que trabaja como un trampolín hacia la experiencia de salvación, ya que el desarrollo de cada una de estas cualidades es un reflejo de las altas posibilidades de que lo logren.

Criémoslos desde su niñez como los adultos que Dios quiere que sean: sumisos, respetuosos, reverentes al Señor, de buena apariencia, capaces de valorar la unidad familiar, con una mentalidad espiritual, sensibles a la voz de Dios. Todo esto contribuye a mantener el ambiente propicio que el Señor desea en el hogar a pesar de que no todos los hijos sean salvos. Procuremos motivarlos, por ejemplo, a la oración, no sólo a la mesa o a la hora de dormir, pero aun durante el transcurso del día. Tome la ventaja sobre el enemigo: a pesar de la naturaleza carnal en ellos, en sus corazones hay una atracción hacia Dios que los hace responder a temprana edad; aproveche esta condición. Si sabiamente, y con el conocimiento necesario impartido a ellos, les inducimos a que hagan lo que les conviene, eventualmente se les hará más fácil el camino para que lo hagan voluntariamente.

Algo que trabaja efectivamente en ellos es su incorporación en las actividades del reino. A los niños les gusta la actividad. Hay un efecto que se da en sus espíritus cuando se ven involucrados en el trabajo de evangelismo, o en la cadena de oración, o en el ministerio de visitación; su visión del Reino se amplía y se dan cuenta de que la experiencia en el Señor sobrepasa los linderos de ir al culto, cantar y escuchar mensajes. Cuando se sienten parte del desenvolvimiento de la iglesia, en casa lo comentan, resulta ser el tema del día y hacen preguntas; van creando conciencia, por la obra del Espíritu, acerca de la seriedad de esto y de su necesidad de estar en el lugar para serles útiles al Señor y no quedar por fuera. En la realización de la obra del Señor no los veamos como un estorbo; ellos también son parte de la obra. No es propio que nuestra concentración en el llamamiento que Dios nos ha dado sea tal que perdamos de vista nuestra propia casa; **ellos también forman parte integral de nuestro llamamiento.**

LA FORMACIÓN DE NUESTROS HIJOS COMO SERES INTEGRALES

La formación de nuestros hijos en el hogar debe ser integral. Después que el hombre había sido creado por Dios, una vez puesto en el Edén, se desarrolló como ser integral, tal como su Creador lo había diseñado. Su espíritu era puro y transparente en esa continua relación con Dios; su mente en armonía con la mente de Dios, su cuerpo completamente sano, funcionando debidamente, y por tanto, íntegramente en las condiciones óptimas para realizar efectivamente las responsabilidades asignadas por Dios en relación con la Creación, su hábitat. En este tiempo, como parte de la obra Divina de salvación, la intención del Señor es la de restaurar al ser humano a ese mismo nivel del cual cayó, y esa restauración debe ser completa si en su espíritu, su mente, su cuerpo, su todo ha de ser y fungir como originalmente había sido creado.

Esto nos lleva a la siguiente conclusión: Si estamos esperando criar a nuestros hijos conforme a la mente de Dios, esa crianza también debe ser integral; y como parte de esta formación tan especial hay ciertos aspectos que no se deben ignorar, porque también forman parte del todo en relación con la obra del Señor en sus vidas.

Es importante tener presente que el interés del Señor no es solo el aspecto espiritual—como el devocional diario, la asistencia a los cultos o la oración, si bien es cierto que es el aspecto principal—pero también lo que tiene que ver con el orden, el aseo y cuidado no solo de su hábitat, pero también de sus cuerpos y el espíritu de responsabilidad en asignaciones específicas; las cuales se aprenden en casa. Esto también forma parte del



En cuanto a la formación de nuestros hijos, el interés de Dios no es solo el aspecto espiritual sino todos, como seres integrales.

todo, y es necesario enseñárselo al punto de que sea parte de sus vidas si se espera producir el paquete completo. A raíz de esta realidad, necesitamos tener presente que humanamente hablando, **nosotros como padres debemos ser sus primeros y principales maestros** en todos estos aspectos de sus vidas. Y no solo durante su formación en casa, pero aun cuando se hayan ido para formar sus propios hogares. Nosotros, ante los ojos de Dios, debemos constituirnos en sus maestros por excelencia. Esta responsabilidad no debe ni puede ser delegada al maestro de la escuela dominical, ni al pastor, ni mucho menos a los maestros de grado en la escuela secular. Tampoco le compete ni a la empleada doméstica ni a las guarderías ejercer tal función. Es ineludible nuestro encargo de su preparación para el cumplimiento de la voluntad del Señor en ellos. Esto nos dice que el papel de ser padres demanda una preparación muy singular que no se recibe en cualquier lugar. No es cuestión de tomar un curso especial o ir a una institución secular o a una entidad social-religiosa para aprenderlo, porque estamos hablando de una dotación espiritual que solo Dios puede dar al moldear nuestras vidas. Mientras que no descartamos la validez de algunos medios por el aporte que proveen a beneficio de los que inician la vida paternal, recalcamos que la percepción de esta responsabilidad va más allá de lo intelectual. Y ello obedece a que, en su esencia, esto es espiritual, porque proviene de Dios. Y Él, como el Padre de padres, es Quien posee la sabiduría para capacitarnos—ya sea anticipadamente a través del ministerio, o en una forma directa; o sobre la marcha durante el desarrollo en el hogar—y respaldarnos conforme a nuestra disposición de hacer nuestra parte.



RESPONSABLES	
REGAR LAS PLANTAS ARREGLAR LA MESA LIMPIAR EL BAÑO	DES... COS... PLAN...
DOMINGO	
VIERNES	TANYA
MIÉRCOLES	TARY
	GABRIEL

El desarrollo de estos aspectos que no son necesariamente “espirituales” es determinante para su desenvolvimiento efectivo en el Reino al paso del tiempo y conforme al uso que el Señor les dará a medida que crezcan. Si no desarrollan, por ejemplo, la capacidad de ser responsables en lo pequeño, tampoco lo serán en lo grande. Si no pueden ser responsables y diligentes en el arreglo de su cuarto, o

al hacer la cama, al barrer, trapear, fregar y realizar otras responsabilidades más, tampoco lo serán con las asignaciones mayores en el Reino. Asimismo serán de desordenados y negligentes en sus espíritus, aun con sus propias almas, o con aquellos bajo su cuidado y en general, en la iglesia. Es necesario que desarrollen la capacidad de hacer las cosas bien sin que falte nada; que al terminar lo que se les asigne **el trabajo esté bien hecho y completo**. Necesitamos obreros dignos de confianza respecto a estas cosas; por tanto, este aspecto de su formación es vital para la crianza de obreros efectivos.

Hay que ver esto como su preparación para la utilidad que Dios les quiera dar dentro y fuera del Reino; queriendo decir con esto que al instruirles, por ejemplo, a sacar la



basura todos los días, debemos tener presente que este pequeño encargo trabajará para moldear sus espíritus para asumir mayores cometidos de parte de Dios. Por tanto, el adiestramiento deberá ser tal que desarrollen la capacidad de realizar la asignación bien, con todos los detalles necesarios, sin faltar nada y continuamente. Esto implica que una vez asignada la responsabilidad podamos descansar con la plena seguridad de



de que el asunto se ejecutará fielmente, sin la preocupación de un trabajo mediocre o de tener que recordarles por el olvido, ya sea deliberado o no, etc. Cabe destacar que esto requerirá el lidiar con ellos con cierta consistencia y perseverancia hasta lograr forjar las cualidades necesarias en ellos. Por tanto, no desmayemos al instarlos, sigamos porque no estamos solos en esto.



El aprender a seguir instrucciones como parte de su formación integral no puede faltar. Esta es una faceta de la obediencia que debemos lograr en ellos hasta que sea lo característico en sus vidas. Muchas han sido las situaciones lamentables que se habrían evitado si esta valiosa cualidad fuera la realidad en algunos que ya son adultos. En ocasiones, cuando ocurre lo inesperado, generalmente surge la frase: “Yo creía que...” o “no

había entendido eso...”; y muchas veces se debe más a la actitud que a la falta de entendimiento. Cuando nuestros hijos no hacen cabalmente lo que les decimos, ya sea porque en el momento sencillamente no sienten hacerlo, o porque tienen su interés en otra cosa que consideran más importante; hay que lidiarlos con la seriedad debida. De no hacerlo, estaremos creando personas incapaces de realizar las cosas hasta su término tal como se les asigna. Es más, bajo esta condición aun podrían llegar al punto de ni siquiera realizar lo asignado, desviándose a otra cosa muy



diferente de lo que se esperaba. Esta es una deficiencia que en la realidad se ha manifestado en personas adultas, y que en muchos casos refleja que tuvo su origen durante la niñez.

Podríamos mencionar otros aspectos en cuanto a la formación integral, como la puntualidad y asistencia, la discreción, esa manera de conducirse de tal forma que infunda confianza en las personas, y otros más;

que son dignos de forjar en ellos. Sin embargo, nosotros mismos necesitamos producirlos en nuestra propia vivencia como padres, ya que **no podemos derramar en ellos lo que no tenemos.**

Hay instituciones de enseñanza de ciertas disciplinas especiales cuyo nivel de preparación es excelente, a tal grado de que todos los que se gradúan, al final del curso, son buenos; nadie sale de allí por debajo de esta categoría, todos son buenos. La crianza en el hogar, y en especial el hogar cristiano, debe perseguir ese magno objetivo para cada uno de

los hijos, sin faltar uno. No estamos diciendo con esto que todos deben ser buenos electricistas o todos buenos maestros; me estoy refiriendo a su carácter, con su manera particular de ser, conjuntamente con sus aptitudes también muy particulares. Hay ciertas cualidades que deben ser lo característico en ellos, independientemente de las diferencias en su manera de ser; y las ya mencionadas, como la responsabilidad, la capacidad de entender y seguir instrucciones, el ser competentes al hacer las cosas bien, son algunas de ellas. Esto debe formarse en cada uno de ellos en su manera particular de ser.

Nos compete a nosotros como padres lograr que nuestros hijos desarrollen ese sentido de “nuestra casa”--aquella mentalidad que los motiva a hacer su parte para cuidarla y mantenerla en la ejecución de los quehaceres, lejos de dejar todo el oficio a papá y mamá. Es lo mismo cuando solo un pequeño grupo en una congregación, por ejemplo, colabora con el ministerio para mantener el candelero encendido, porque los demás no perciben que el asunto es de ellos también, y cada cual va a lo suyo, dejando la obra en abandono, reflejado en su puesto vacante, como lo que se dio en el pueblo de Israel, plasmado en el libro de Hageo 1:4-11, en donde Dios dice:

"¿Es para vosotros tiempo, para vosotros, de habitar en vuestras casas artesonadas, y esta casa está desierta? Pues así ha dicho Jehová de los ejércitos: Meditad bien sobre vuestros caminos... Por cuanto mi casa está desierta, y cada uno de vosotros corre a su propia casa. Por eso se detuvo de los cielos sobre vosotros la lluvia, y la tierra detuvo sus frutos. Y llamé la sequía sobre esta tierra, y sobre los montes, sobre el trigo, sobre el vino, sobre el aceite, sobre todo lo que la tierra produce, sobre los hombres y sobre las bestias, y sobre todo trabajo de manos."

Es más, trascendiendo lo que tiene que ver con la casa físicamente hablando, mayormente se debe desarrollar en ellos ese espíritu de “nuestra familia”, “nuestros problemas”, “nuestras situaciones”, “nuestros logros y victorias”. ¿Sabe? es sabio compartirles algunas de las situaciones o problemas que pudieran estar dándose en la familia. Claro está, conforme a su nivel de entendimiento y su capacidad de manejarlo, porque tampoco es sabio compartirles todas las situaciones, y mucho menos con lujo de detalles. De tiempo en tiempo nosotros como familia acostumbramos reunirnos para tener a nuestros hijos al tanto de lo que está ocurriendo en relación con ciertas cosas. Esto despierta en ellos muchas preguntas que procuramos responder en la discreción necesaria, y a la vez les enseñamos a ejercer la confianza en nosotros en cuanto a esas respuestas que en la sabiduría de Dios nos reservamos. Esto ha incrementado en todos el espíritu de unidad; después de todo, ellos también forman parte de la familia. A raíz de esto, al paso del tiempo nos hemos dado cuenta de que cuando están conscientes de ciertas cosas, como, por ejemplo, la situación económica del hogar, adoptan una mentalidad diferente. En la comprensión y consideración se abstienen de pedir ciertas cosas porque les amanece la gran realidad de que no poseemos un árbol de dinero; y oran, y preguntan para saber si Dios ya ha respondido. Aun en ocasiones cuando reciben por ejemplo, algún dinero de parte de alguien que los aprecia, o algún regalo de cumpleaños en efectivo, voluntariamente procuran separar una cantidad para contribuir con la economía de la familia. Como un paréntesis, estas ocasiones son provechosas para enseñarles e impartirles sabiduría en cuanto a la administración de bienes efectivos. El desarrollo del espíritu de generosidad al darle prioridad a la consagración de aquella porción para el Señor, la consideración de las necesidades, la disposición de compartir, y otras cosas más. Conviene trabajar esta faceta de sus vidas una vez les registre el valor del dinero.

Yo le digo, hay un tremendo valor en compartir con ellos algunas de las situaciones familiares, más allá de sencillamente decirles: “no tengo plata”, o “no puedo”. Esto los prepara y les ayuda a desarrollar la visión de algunas de las realidades que podrían darse como sus futuras experiencias en la vivencia de sus propios hogares. Y esto es también parte de su desarrollo integral.

En verdad, la formación integral en la crianza exige bastante perseverancia por parte nuestra, porque los niños generalmente tienden a ser desordenados, descuidados en el aseo, olvidadizos e irresponsables. Esto se debe a que a su temprana edad no tienen la visión, no perciben la necesidad de estas cosas. Su mayor interés está en el juego. Por tanto, no se sorprenda de lo desordenado, irresponsable y/o desaseado que su hijo pudiera ser, como si no hubiese otro como él en todo el planeta. No lo vea como el peor de los casos. Hay que tomar tiempo para despertar su entendimiento a estas cosas, y ser lo suficientemente consistentes y pacientes hasta que el asunto les amanezca. Recuerdo cuando mi hermano y yo éramos niños. Nuestro padre insistía continuamente en el orden y el aseo de nuestro cuarto, y otras responsabilidades. Años después, el asunto me amaneció, y ahora sigo sus pisadas, aun después de él haber muerto hace ya más de diez años, aplicando lo mismo con mis hijos, porque eventualmente el asunto me registró; y ahora percibo claramente que, aunque no pareciera, estos aspectos forman parte de la santidad.

Si en el espíritu de paciencia y sabiduría insistimos en impartirles el entendimiento y en inducirlos a la práctica, lo lograremos.

Necesitamos la gracia de Dios para la insistencia y constancia en estas cosas; y esta es la clave: **seguir sin parar, no importa qué.** La continuidad por parte nuestra, junto con el respaldo Divino, producirá los resultados. Aunque ese niño siga dejando la ropa sucia tirada en la cama, si mil

veces lo hace, mil veces insistamos, seamos tenaces en este asunto; alguien tiene que quebrar, y tenemos que asegurarnos de no ser nosotros. Si lo hacemos como Dios dice, funcionará.

Si queremos verlo de esta forma, a este aspecto de la crianza lo podríamos llamar **La Educación en el Hogar**, que

debe darse antes de la Educación para el Hogar como materia escolar (si aún

existe con este nombre), y debe también considerarse superior a ella.

El régimen de formación en el hogar según Dios, debe anticiparse

y superar al régimen escolar en diferentes áreas de enseñanza

relacionadas especialmente con la moral, los hábitos, aptitudes y actitudes.

La idea es que al momento de ser enseñados en la escuela puedan ellos decir: “Esto ya lo aprendí en casa”, “ya papá me lo enseñó”; o “esto es lo mismo que mamá me dijo”. Aparte de esto, es necesario que los conceptos Divinos cobren arraigo en sus espíritus a su temprana edad y conforme a su nivel de entendimiento. De esta manera, los conceptos según Dios trabajarán como un bloque ante ciertas corrientes de enseñanza contrarias a los criterios Divinos. Necesitamos anticiparnos a lo que le espera a nuestra niñez en el ámbito escolar. No estoy diciendo con esto que la educación secular sea mala, pero no podemos ignorar que juntamente con la enseñanza secular se van introduciendo conceptos contrarios a la mente Divina, **lo cual va en aumento.** Aparte de esto, todo tiene su lugar, y asimismo la enseñanza secular. Hay que considerar también el efecto que el ambiente escolar en la interacción con los compañeros producirá en ellos, ya que no son una isla. A todo esto, considerando que la escuela es el ambiente de mayor influencia después del hogar debido al lapso de tiempo que nuestros hijos pasan allí, debe haber una clara visión o entendimiento en ellos acerca de la mente de

El régimen de formación en el hogar según Dios debe anticiparse y superar al régimen de la educación secular.

Dios en las diferentes áreas de sus vidas como seres integrales. Ya para cuando entran al Jardín de Infancia, o sea,

al Kínder, debe haber en ellos por lo menos una pequeña visión de lo de Dios como lo más glorioso y excelente, por encima de todo; por tanto, lo que aprenden en la escuela debe trabajar como un complemento. Estamos hablando de crear en ellos **una mentalidad**

de alinear las cosas de afuera en función de lo que se aprende en casa, filtrando a la vez lo que no se alinea con Dios. Esto demanda que aun desde el vientre derramemos en ellos todo lo que podamos, sin descansar, apretando el paso aún más una vez inician su actividad en el ambiente escolar. De esta manera la Palabra implantada trabajará como una defensa y salvaguarda ante todo lo que enfrentarán fuera de los linderos del hogar. No aceptemos ese criterio de que “se le está dando demasiado al niño”, en relación con lo Divino; a esa edad están en las condiciones óptimas para grabarlo todo; por tanto, el Espíritu Santo se encargará de que sean edificados conforme a su nivel de entendimiento.

Lo que nuestros hijos aprenden en la escuela debe trabajar como un complemento de lo que aprenden en casa.

No se puede enfatizar demasiado el hecho de que debe haber un mayor peso en la formación dentro del ambiente del hogar que en la formación escolar; porque más importante es la formación del carácter de ellos a la imagen de Cristo, como seres integrales, que sus logros académicos. Aunque usted no lo crea, la formación de nuestros hijos en las responsabilidades del hogar dirigido por Dios tiene más peso que su formación en las responsabilidades escolares, porque la formación en el hogar se enfoca en lo Divino y es de carácter eterno. Aparte de que la formación escolar **es solo un aspecto** dentro del paquete completo que conforma la formación en el hogar.

Este criterio impregnado en nuestros espíritus nos motiva a moldear a nuestros hijos en la dirección correcta, porque las prioridades están establecidas en el orden correcto. De esta manera su desarrollo en los diferentes aspectos progresa en dirección **al logro de las metas más importantes de su vida**, invirtiendo el tiempo y las energías necesarias para aquello. ¡Cuán distinto sería el panorama en muchos hogares si se adoptara esta mentalidad de darle verdadera prioridad al Reino de Dios! Presentemente el recobro de esta visión es urgente; urge restaurar las cosas a un estado en el cual, por ejemplo, en la asistencia y puntualidad, la tendencia a llegar a los cultos temprano sea mayor que la de llegar temprano a la escuela. Que al salir del culto los domingos en la mañana, la seguridad de que se volverá al culto en la tarde sea mayor que la seguridad de ir a la escuela el día siguiente. Que cuando las demandas de Dios aumentan, se sacrifique la escuela en vez de sacrificar lo de Dios cuando aumenta el tren escolar. Así es, el alma de nuestros hijos es lo más importante en ellos, y necesitamos transmitirlo, de manera que una vez entendidos, colaboren voluntariamente para lo que ha de redundar en su propio bien tanto temporal como eterno. Esto debe motivarnos a ejercer con una terquedad benévola y con todas nuestras energías lo que nos corresponde para que la voluntad del Señor se cumpla en ellos. La Palabra nos insta en Nehemías 4:14:

***...pelead... por vuestros hijos y por vuestras hijas,
por vuestras mujeres y por vuestras casas.***

Sí, debemos pelear por ellos aunque tengan que ausentarse de clases cuando se amerite, ya sea por un día, o dos, o el tiempo que sea necesario hasta lidiar correctamente con sus espíritus para erradicar lo que hace peligrar sus almas. Yo le digo, es mejor perder por un tiempo lo que es temporal que perder la presencia de Dios eternamente.

Ahora, estas clases de acciones demandan visión. Sin em-

bargo, el recobro de esta visión se frustrará si como padres no aplicamos lo mismo en relación con nuestros empleos, porque ellos serán nuestro reflejo.

La mentalidad que asumimos con ellos en relación con la enseñanza espiritual debe ser tal que nos lleve a sobreponernos a la enseñanza escolar. Es tan fácil tender a darle mayor importancia a la escuela secular

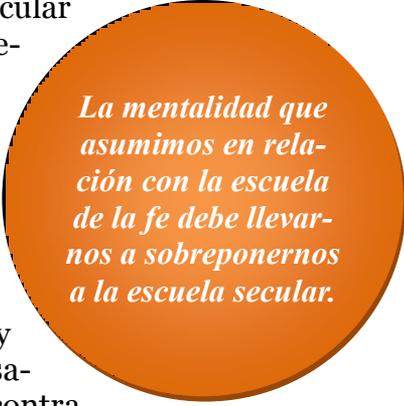
que a la escuela de la fe. Consideremos ese lapso de tiempo de 5-

6½ horas, 5 días a la semana bajo la constante influencia del régimen educativo, más lo que

se trae a la casa—tareas, álbumes, juntamente con las responsabilidades pertinentes a las actividades extra curriculares... y

como si fuera poco, nuestra necesaria participación, donde nos encontramos tan involucrados, casi como si nosotros mismos volviéramos a la escuela. Ahora tomemos todo eso versus el tiempo que tomamos con ellos en casa, sumado al tiempo de los cultos en el templo; podemos darnos cuenta de la realidad de la fuerte competencia que tenemos encima. Como parte de nuestra realidad, el tiempo del cual disponemos para invertir lo espiritual en ellos es menor que el tiempo dedicado a la escuela.

Hay una realidad que está cobrando auge, aunque para muchos no pareciera ser así, y es la siguiente: **la corriente educativa con todas sus ramificaciones y demandas compite contra el desarrollo de la atmósfera del hogar según Dios.** Con tantas asignaciones escolares casi no hay tiempo para nada, y la tendencia es la de ver el régimen educativo como un gigante capataz que nos dice: “O cumples con lo que yo digo, o tus hijos no llegarán a ser nada en la vida.” ¡Cuán falso es este criterio, y cuánto esclaviza al que lo acepta! Porque lo que el individuo llega a ser en la vida tendrá su valor en la medida que se cumpla el



La mentalidad que asumimos en relación con la escuela de la fe debe llevarnos a sobreponernos a la escuela secular.

Hay una realidad que está cobrando auge, aunque para muchos no pareciera ser así, y es la siguiente: **la corriente educativa con todas sus ramificaciones y demandas compite contra el desarrollo de la atmósfera del hogar según Dios.** Con tantas asignaciones escolares casi no hay tiempo para nada, y la tendencia es la de ver el régimen educativo como un gigante capataz que nos dice: “O cumples con lo que yo digo, o tus hijos no llegarán a ser nada en la vida.” ¡Cuán falso es este criterio, y cuánto esclaviza al que lo acepta! Porque lo que el individuo llega a ser en la vida tendrá su valor en la medida que se cumpla el

propósito de Dios para él, que es la razón de su existencia. Ese es el mayor logro que cualquier ser humano pudiera alcanzar en esta tierra. Todos los demás logros seculares,

por más legítimos que sean, son de carácter temporal; pero los logros Divinos son de alcance tanto temporal como eterno. Esta es la perspectiva desde la cual debemos ver las cosas para nuestro bien y el de nuestros hijos.

Lo que el individuo llega a ser en la vida tendrá su valor en la medida que se cumpla el propósito de Dios para él, que es la razón de su existencia.

Como antes mencioné, nos conviene mantener las prioridades en el orden correcto, y no cambiarlo por ninguna influencia durante el transcurrir del tiempo. **Procuremos ser diligentes en mantener a Dios como el eje en el hogar, y que todo lo demás gire en torno a lo que Él dicte según Su sabiduría y propósito para la familia.** La aplicación de este principio nos ayudará a mantener el balance óptimo en la crianza de nuestros hijos, lejos de producir una condición que trunque su desarrollo integral, en el Señor, a corto, mediano y largo plazo.

Ahora, cabe destacar que este balance no consiste en un ordenamiento equitativo de cada aspecto en la crianza, donde lo de Dios se considera como uno de esos aspectos; más bien consiste en mantener lo que Dios establece en el lugar primordial que se merece, y que las otras cosas se definan de acuerdo a ese orden. En otras palabras, debe dársele mayor peso o importancia a las directrices Divinas, en función de las cuales los otros aspectos—como la educación, las relaciones con otros familiares, las interacciones en la comunidad y otras actividades—se han de llevar a cabo. Y todo esto de tal manera que aún durante la adolescencia y la juventud esto prevalezca. Lo que pasa es que cuando Dios no es el centro en la crianza, otra cosa, según la mentalidad y los intereses de los padres, toma su lugar, y

generalmente esa otra cosa tiende a ser la educación.

Esta tendencia se da porque todo padre quiere lo mejor para sus hijos, y se enfoca en ella (la educación) como el único medio para el logro de esos deseos paternos. Esto crea una condición que le da una total apertura en el hogar al régimen educativo--que es solo un aspecto--al punto de desplazar la formación integral--que es el todo-- y este desplazamiento es contraproducente. El asunto está fuera de su centro, como cuando se trata de mover un vehículo cuyas ruedas giran en torno a un eje diferente de su centro. No es sabio, por tanto, permitir que **continuamente** se desplacen aquellos hábitos o costumbres que tienen que ver con su desarrollo espiritual, como los devocionales, los momentos de oración y estudio de la Palabra, la participación en las actividades del Reino; junto con las responsabilidades del hogar, como los oficios de la casa, el tiempo de descanso, etc., para dar tiempo a las tareas, investigaciones y estudios para ejercicios, por más abrumadores que pudieran ser.

Una vez que se establece este precedente, **tornándose en la norma**, se crea un gran desequilibrio en la formación de nuestros hijos, porque paulatinamente se filtra ese falso criterio de que la educación es lo primordial en su vida. Esto se da especialmente cuando permitimos, por ejemplo, que falten a los cultos cuando la carga de asignaciones escolares incrementa; así como cuando alguno se ausenta de los cultos por sobre tiempo en la empresa. Cada vez que se opta por desplazar las responsabilidades espirituales o las responsabilidades de casa por las responsabilidades escolares, se está dando un mensaje alto y claro: La escuela es primero, lo demás es secundario.

Yo le digo, van a haber momentos, en relación con los estudios, en los cuales sencillamente se tendrá que llegar hasta donde se pueda, interrumpir, y dejar el resto en las manos de Dios, **si queremos producir el paquete completo y evitar futuras lamentaciones**. Es que esa es parte del

problema que produce el desbalance: La tendencia a terminar con las tareas, terminar con las investigaciones, terminar con los álbumes, mientras que la cama queda a medias, y así también los platos, lo mismo es con la ropa sucia, y el mismo espíritu se transmite al tiempo de oración y a la lectura de la Palabra. Todo por la presión de la demanda escolar. Amado lector, **¡necesitamos romper con el yugo!** Y si lo hacemos con la sabiduría de Dios y en el espíritu de fe, Él nos respaldará; testigo fiel soy de aquello, teniendo la experiencia en carne viva. En nuestra familia determiné desde la niñez de nuestros hijos que íbamos a mantener los asuntos de la escuela en su lugar dentro de nuestra jerarquía de prioridades. Esto implicaba que sus estudios no interferirían en:

- Su tiempo con el Señor (devocional diario)
- Sus responsabilidades en casa
- Su descanso y correcta alimentación
- Su participación en las actividades del Reino

Y en el transcurso de los años nos ha funcionado. Muchas han sido las ocasiones cuando Tary (nuestra hija mayor) me ha pedido que le conceda más tiempo para terminar sus estudios a expensas de su descanso; y he insistido en no concedérselo, con el fin de mantener el equilibrio. Y al día siguiente, cuando regresa de las clases me comenta que su profesor no asistió a la escuela, o que algo sucedió que frustró ese ejercicio por el cual estaba tan preocupada. Cada vez que esto ocurre nos confirma el respaldo del Señor en lo que hemos establecido.

Ahora, tomemos muy en cuenta que esta práctica de desplazar las otras cosas para dar cabida a la educación, al paso del tiempo da lugar a lo siguiente:

En las niñas:

Crea a temprana edad la formación de esa mentalidad de la “mujer realizada,” aquella con un tremendo empuje y desenvolvimiento en el ámbito profesional, pero sin el espíritu

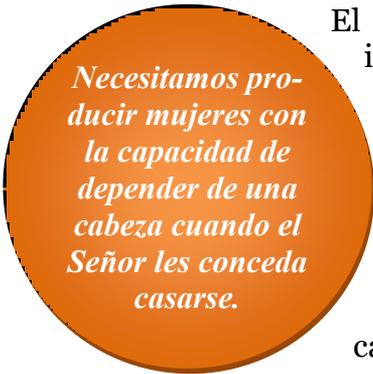
ni mucho menos el mínimo interés en lo que tiene que ver con la actividad en el hogar según Dios. Para Dios no hay ninguna gloria en que produzcamos mujeres que se constituyen en buenas profesionales, decentes, sin ninguna relación con situaciones de drogas, o embarazos por fornicación, o cosas semejantes; pero lejos del cumplimiento del propósito cabal que Él tiene para sus vidas, lejos del cumplimiento de su razón de existir. Vuelvo a recalcar que cuando se acostumbra a esa niña a dejar sus responsabilidades tanto espirituales como las de casa (porque mamá o la empleada lo pueden hacer) para dar lugar a las responsabilidades escolares, se le está enseñando que la escuela es primero, que la formación profesional es más importante que la formación que tiene que ver con la moral y el carácter en el desarrollo de la vida santa y la del hogar. Y lo serio del asunto es que la gran mayoría de los hogares gravitan hacia ese orden erróneo de prioridades; máxime cuando la corriente del régimen educativo sobreviene como una avalancha sobre la familia que se encuentra impotente o incapaz de frenarla, porque todos quieren que sus hijos “sean algo en la vida”.

Al paso del tiempo, con la degeneración de la mente del hombre a causa del pecado, se ha perdido la visión o el entendimiento del efecto del hogar (con todo lo que conlleva) en la formación de verdaderas mujeres de bien; **que es lo que realmente implica ser alguien en la vida**, lo cual contribuye al verdadero mejoramiento de la situación en la cual se encuentra la sociedad. Se le da mayor peso al índice de conocimiento de la disciplina que se estudia que a la práctica de lo que es correcto, justo, bueno, honesto, etc. Y esta mentalidad torcida se inculca desde la niñez cuando en el boletín de reporte escolar se le da mayor valor al aspecto académico que al aspecto de los hábitos y aptitudes.

En ese espíritu independiente, la “mujer realizada” procura una casa, pero no necesariamente un hogar como su puesto de trabajo, como una administradora de esa empresa de la familia, capacitada para la formación de aquellos que en el

futuro serán instrumentos de Dios para influenciar al mundo, porque no posee la visión correcta de aquello según Dios. Ve su estadía y desenvolvimiento en el hogar como algo inferior y considera un desperdicio, después de haber invertido todos sus años de estudio para la obtención de un título, el dedicarse a la tarea de la formación y el desarrollo de la familia. Hoy día, la sociedad no valora la posición de la mujer en casa, no le da la alta estima que se merece como ama de casa; es más, es despreciada, esa ocupación tan necesaria en nuestros días es mirada con mucho desdén.

El asunto ha quedado tan torcido que la mujer en este tiempo, generalmente hablando, no se explica por qué debe quedarse en casa una vez siendo esposa y madre, después de todos los años invertidos en su formación, y como profesional ya graduada. No le registra que dentro del propósito Divino (el cual es sumamente superior a los propósitos del hombre reflejados en la mentalidad de la sociedad) la intención de Dios es la de prepararla, con todos sus estudios, para colocarla en un lugar especial en el desarrollo de un nuevo hogar, como una mujer **verdaderamente realizada**, con logros verdaderamente dignos de alcanzar y tendientes hacia lo eterno. El gran problema en la sociedad no estriba en la falta de logros profesionales; radica más bien en la falta de logros espirituales partiendo del hogar, la base de la sociedad, con manos espirituales que muevan las cunas que eventualmente moverán el mundo.



Necesitamos producir mujeres con la capacidad de depender de una cabeza cuando el Señor les conceda casarse.

El desplazamiento de la formación integral en el hogar por la formación académica da lugar al desarrollo de mentes infantiles independientes, y ese mismo espíritu de independencia es característica clave de lo que la sociedad llama “la mujer realizada”. Necesitamos producir mujeres con la capacidad de depender de una ca-

beza cuando el Señor les conceda casarse.

Juntamente con esta situación se tiende a pensar que por el costo de vida lo que se devenga del empleo de uno de los cónyuges (en este caso el esposo) no es suficiente. Realmente el asunto se debe ver más bien en términos de las siguientes preguntas: ¿Qué nivel de vida se quiere? ¿Qué comodidades se busca? ¿Lo valdrá a expensas de la crianza para éxito de los hijos? ¿Convendrá sacrificar la unidad familiar por una forma de vida más cómoda y no necesariamente mejor?

Tengo entendido que en Corea la mujer, una vez casada y con hijos, permanece en casa con la mentalidad de que todo el cúmulo de conocimientos y títulos universitarios no es en vano, más bien la capacita **para enseñarles a sus hijos en casa.**

Tenemos que reconocer que uno de los grandes males que han contribuido a la degeneración de la sociedad es la ausencia de la madre en el hogar; sí, ausente aún estando allí físicamente, desgastada, sin la mínima energía necesaria que demanda el hogar porque todo lo ha invertido en aquella otra empresa.

Necesitamos producir mujeres con la mentalidad correcta, capaces de sobrellevar el peso del hogar en lo que les corresponde, capaces de criar para el verdadero éxito, verdaderas amas de casa y madres que despierten ante la sociedad la gloria y alta estima de su posición. De aquí la necesidad de mantener una vigilancia especial en frenar la corriente del régimen educativo con esta mentalidad empresarial e independiente que procura impregnar en los estudiantes desde temprano, afectando especialmente a la niñez femenina.

En los niños:

Esta costumbre de desplazar las responsabilidades espirituales o las responsabilidades de casa por las responsabilidades escolares los priva del desarrollo de la capacidad de

desenvolverse efectivamente en su futuro hogar, de Dios concederles la oportunidad de formar uno. Necesitamos tener presente que estamos moldeando futuras cabezas de familias, conforme al diseño Divino, y la efectividad de este papel cuando lo lleguen a desempeñar dependerá primeramente de la mentalidad, cónsona con la de Dios, que logren desarrollar en su formación en casa. Por esta razón, el aspecto espiritual en la crianza debe tener prioridad sobre los demás. Es la mente de Dios que nuestros hogares sean ejemplares, y que los de nuestros hijos sean réplicas. Esta es una de las formas de expandir el Reino de Dios.

Aun si no llegasen a formar una familia, el aspecto espiritual debe ser clave en ellos.

Cuando, por ejemplo, los devocionales o el estudio de la Palabra se dejan para después o no se hacen para dar tiempo a las asignaciones escolares, eso mismo es lo que cobra más auge en sus vidas, lo escolar. Cuando esto pasa, su mente queda más saturada de eso—lo escolar—ahogando así el efecto de la Palabra en sus espíritus.

Parte de la efectividad de ellos como varones, en su desenvolvimiento en el hogar, estará en función de cuán familiarizados estén con los asuntos de la casa durante su formación. El esposo que entiende

el arduo trabajo de su esposa como ama de casa la considera, la aprecia, la respeta, le da la honra y el trato que son propios. Pero para esto es necesario que ese entendimiento vaya más allá de lo teórico, y la experiencia en el hogar durante la crianza completa el cuadro. Si bien es cierto que la mujer, primordialmente, lleva el peso de los quehaceres de la casa, conviene que el varón



también sepa lo que es tomar una escoba, planchar, cocinar, fregar, lavar ropa, etc. Se van a dar situaciones, por ejemplo, durante el tiempo del embarazo, antes, y aun después, donde a ella se le dificultará llevar a cabo las responsabilidades del hogar, y le tocará a él tomar las riendas en ese sentido. Créalo o no, la preparación del esposo debe ser tal que haya en él la disposición de hasta lidiar con pañales sucios si es necesario. En ocasiones, al llegar a casa del trabajo, inesperadamente tendrá que olvidarse de ese plato de comida que él esperaba que estuviese ya servido, conjuntamente con el descanso del arduo día, y dedicarse a algunos oficios como “bateador emergente.” Yo le digo, no siempre se podrá disponer de la ayuda de otros. El varón no puede quedarse de brazos cruzados como un inútil si en un momento dado su esposa se enferma, o por alguna razón de fuerza mayor tiene que ausentarse de la casa por un tiempo. Añadido a esto, es de esperarse que el esposo ayude a la esposa. **Ella no es una empleada; es el ama de aquella casa en donde ambos conviven.** Aparte de esto, hay algo muy especial que se produce en mamá cuando ve a papá tomar tiempo para ayudarla en los quehaceres de la casa.

Créame, muchos de los problemas que surgen entre esposos, que paulatinamente amargan la dulzura del ambiente familiar, radican en la falta de la visión en esta faceta del hogar. Y nuestros hijos deben ser criados como futuros esposos y padres, con miras a que sean completamente efectivos en su desenvolvimiento. Definitivamente, la preparación escolar es importante en el varón, quien ha de llevar la responsabilidad del sustento de la familia—no diciendo



con esto que no lo es para la niña, quien también necesita la educación—pero más importante es **el desarrollo integral balanceado, donde logre hacer el uno sin dejar de hacer el otro**; ya que la evaluación Divina, cuando ese niño algún día llegue a ser un hombre, comprenderá el todo como individuo.

NUESTRA DEDICACIÓN A ELLOS COMO PARTE DE NUESTRO MINISTERIO

Durante el tiempo del pueblo de Israel, en su travesía por el desierto y su establecimiento en la tierra de Canaán, Dios estableció ciertos mandamientos en suma consideración a los hijos. En el libro de Deuteronomio 6:1, 6-8, tenemos lo siguiente:

Estos, pues, son los mandamientos, estatutos y decretos que Jehová vuestro Dios mandó que os enseñase, para que los pongáis por obra en la tierra a la cual pasáis vosotros para tomarla...

Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes.

Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales en tus ojos; y las escribirás en los



postes de tu casa, y en tus puertas.

Y en el libro de Josué 4:1-3, 6, vemos que:

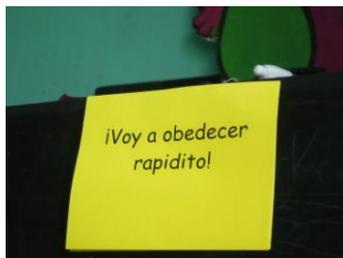
Cuando toda la gente hubo acabado de pasar el Jordán, Jehová habló a Josué diciendo:

Tomad del pueblo doce hombres, uno de cada tribu, y mandadles, diciendo: Tomad de aquí de en medio del Jordán, del lugar donde están firmes los pies de los sacerdotes, doce piedras, las cuales pasaréis con vosotros, y levantadlas en el lugar donde habéis de pasar la noche...

...para que esto sea señal entre vosotros; y cuando vuestros hijos preguntaren a sus padres mañana, diciendo: ¿Qué significan estas piedras?

Les responderéis: Que las aguas del Jordán fueron divididas delante del arca del pacto de Jehová...y estas piedras servirán de monumento conmemorativo a los hijos de Israel para siempre.

En el cumplimiento de esto, Dios estaba implicando la dedicación del tiempo necesario, tanto para la enseñanza de Sus mandamientos a los niños en el hogar, como el relato histórico de Sus hechos en medio de Su pueblo. Esto no era sencillamente sentarse con ellos y contárselos y repetírselos. Había



que tomar tiempo y explicarles, conforme al nivel de su entendimiento, el significado y el por qué de estos mandamientos y estatutos. Enlazado con esto también se iba a requerir la disposición de responder a preguntas que se despertarían en ellos, respecto

a las obras de Dios, como es particular de los niños.

Presentemente el mismo Dios, quien es inmutable, mantiene la misma mente en relación con los hijos que nos ha dado. Hay una atención especial, por parte de Dios para con la niñez, que no debemos ignorar. Estamos hablando del futuro de la iglesia, que necesitamos asegurar desde nuestro presente, lo cual se logrará en la medida que veamos nuestra dedicación a ellos como parte de nuestro ministerio.

Si queremos ver en nuestros hijos una producción de calidad superior, conforme a aquella excelencia cónsona con la mente de Dios, necesitaremos invertir en ellos. Esta clase de ministración tanto paternal como maternal no se puede realizar sin la visión y el tiempo de dedicación considerables. Es necesario ver primero para poder actuar. Esta visión nos motivará a empujar ahora para descansar después, a llorar y clamar ahora para gozarnos después. En muchas ocasiones la disposición de interrumpir lo que pudiéramos estar haciendo con mucho esmero será una actitud clave para que algunas enseñanzas cobren verdadero registro en ellos. Hay ciertos momentos sumamente oportunos que no podremos ignorar para lograr que las lecciones impacten y queden. Son instantes o más bien oportunidades que no se presentan con frecuencia y carecen de la garantía de darse nuevamente. Por tanto, necesitaremos el discernimiento necesario para detectar esos momentos con la ayuda del Espíritu, y aprovecharlos al máximo.

La responsabilidad de la enseñanza de nuestros hijos descansa primordialmente sobre nosotros, los padres.

No está de más recalcar que la responsabilidad de la enseñanza de nuestros hijos descansa primordialmente sobre nosotros, los padres, y no sobre la escuela dominical, o sobre el ministerio o la congregación. Hay una actitud errónea

por parte de algunos padres en dejar prácticamente toda la carga de la enseñanza al maestro de la clase dominical. Realmente, el asunto debe partir del hogar con las enseñanzas ministeriales que emanan del púlpito; y la escuela dominical debe operar como un complemento. En todo esto los primeros maestros debemos ser nosotros.

Ahora, en cuanto a las instrucciones que Dios nos da a través de estas porciones que acabamos de ver, tenemos primeramente la de mantener en nuestros corazones lo que Él nos enseña o manda. Esto se cae de su peso, ya que no podemos invertir en nuestros hijos lo que no tenemos. Es importante tener presente que una de las razones por las cuales Dios derrama virtud sobre nosotros, sea cual sea la forma en que lo haga, es para que tengamos suficiente sustancia espiritual para tener con qué ministrarles a quienes vienen tras nosotros. Por tanto, no debemos tomar ligeramente las enseñanzas y prédicas que Dios vierte en nosotros a través del ministerio. Esto es serio, porque Dios espera que invirtamos el tiempo necesario para que nuestros hijos entiendan lo que se predica y lo que se enseña en los cultos. Esto va más allá de las enseñanzas especiales para los niños



El tiempo demanda que formemos niños con una mentalidad superior a lo que comúnmente estamos forjando.

según su edad. El tiempo en el cual vivimos demanda que formemos niños con una mentalidad superior a lo que comúnmente estamos forjando. Bueno es enseñarles a cantar, y a colorear aquellas lecciones de “Historias Bíblicas favoritas”; pero no debemos estancarnos en aquello, porque también es sumamente importante la introducción de conceptos doctrinales para cimentarlos a temprana edad en la verdad. Y esto, que nos compete como padres, se logrará en la medida que deliberadamente les demos de comer **la misma carne espiritual que nosotros estamos recibiendo**, pero a su nivel de entendimiento. Permítame de-

circle lo siguiente: Concerniente a la enseñanza espiritual, generalmente no se procede como en las escuelas (donde se asignan investigaciones y trabajos de cierta magnitud para entregar, se realizan ejercicios en una forma continua, etc.). El régimen, tanto en la enseñanza espiritual en el hogar como en la Escuela Dominical (donde se aprende porciones de memoria, se escucha las lecciones, etc.), es mucho más liviano. Esta comparación nos debe llevar a la conclusión de que necesitamos deliberadamente dedicar tiempo de calidad a la formación y enseñanza efectivas, para crear, como ya lo mencioné, una generación de niños con una mentalidad superior a la que presentemente estamos produciendo. Debe haber un espíritu listo para derramar en ellos, sabia y continuamente, aquello que ha de trabajar para su bien. No estamos implicando con esto que ahora debemos implementar un régimen de estudio espiritual semejante a lo que se hace en la educación secular. Pero más bien es el espíritu que se imprime en la situación. No podemos darnos el lujo o arriesgarnos a tomar esto ligeramente, con enseñanzas livianas unos cuantos días a la semana, sencillamente porque son niños. Porque mientras en este tiempo nos mantenemos limitados a lo sencillo y convencional, el enemigo se nos adelanta con sus múltiples recursos en los avances tecnológicos, procurando introducir en ellos conceptos erróneos **todos los días**. Estamos hablando de una crianza con tal tesón que no solo logremos frenar las intenciones del enemigo para con ellos, pero que también logremos sobreponernos a esas mismas intenciones.

Hay algo interesante que se da en los niños y que nos puede servir para sacar ventaja; no es igual en todos, pero lo he visto ocurrir en algunos: El deseo de sentirse como parte del grupo. Esto lo demuestran cuando imitan a los adultos, por ejemplo, tomando apuntes de lo que se expone en la prédica durante los cultos. Si detectamos esto en nuestros hijos y los guiamos debidamente, ello trabajará para la percepción de lo que se predica conforme a su capacidad de

comprender.

Ahora, para efectos de entendimiento en relación con lo que estoy procurando transmitir, considere la siguiente figura. Ante nuestros ojos esto es un garabato--no tiene sentido alguno. Sin embargo, no era así para Tary a la edad de 5 años. Créalo o no, este es uno de sus apuntes de los estudios bíblicos que nuestro pastor nos compartió durante los meses de mayo y junio de 1998, según los registros de su mamá. En una ocasión escribió unas notas acerca de un



estudio del libro de Apocalipsis. Siempre la oíamos hacer mención de la “bestia brava”, refiriéndose al dragón rojo que estaba en el diagrama. Años después, como a los 15 años, la madre la vio explicándoles a algunos jóvenes ciertos conceptos del mismo libro. Amados, esto no tiene nada que ver con sabiduría humana; es Dios quien sabe lo que ocurre en esas pequeñas mentes al momento de la exposición de la Palabra. Lo que pasa es que tendemos a subestimar a los niños, sin darnos cuenta de la capacidad de entendimiento que poseen en esos pequeños cerebros; y asimismo los tratamos. Hay niños que ya saben cómo convencer a sus padres para que hagan lo que ellos quieren.

Ahora, nuevamente, esto nos lleva a la necesidad de darle el peso debido a nuestra asistencia a los cultos, porque no podemos impartirles lo que no recibimos por nuestra inasistencia. Aparte de que cuando todos estamos presentes se crea la misma mente, porque todos recibimos lo mismo en el mismo momento y ambiente, lo cual se ha de reflejar en nuestros hijos a medida que se lo transmitamos.

Muchos hermanos aún albergan criterios falsos que frustran el desarrollo de la verdad en sus espíritus; otros carecen del dominio de conceptos básicos de la Palabra; y esto se debe, en gran parte, a su ausencia de los cultos, tanto de prédica como de Estudio Bíblico. Es como cuando un estudiante de una escuela secular falta a las clases, por ejemplo, los martes y viernes. Ese es suficiente tiempo para perder un porcentaje considerable de lo que se enseña. ¿Se imagina usted cuánto se pierde cuando se falta al culto una vez a la semana? En un mes con 5 martes--por escoger un día--para una congregación que se reúne 5 días a la semana, sería el equivalente de faltar a una semana de cultos. En vida real este fenómeno se produce en la iglesia. Entonces, ¿qué ocurre? Lo poco e incompleto que se tiene almacenado en la mente es todo lo que se posee para vivirlo y transmitirlo a los suyos (si es que se les transmite), quienes al paso del tiempo reflejan lo mismo en varios aspectos de sus vidas. Crecen con lagunas espirituales que contribuyen a restar a la santidad, produciendo situaciones que muy bien se hubieran podido evitar con el conocimiento debido. Esto se evidencia en su diario vivir, porque vivimos conforme a lo que está almacenado en nuestras mentes.

El Señor también nos manda a repetirles las enseñanzas que recibimos de Él, pero hay que estar allí para recibirlas. Hay un efecto que se produce en el ser humano cuando continuamente escucha lo mismo; al paso del tiempo aquello queda grabado. Esto se da mayormente en los niños, a esa edad cuando esas mentes están en las condiciones óptimas para escuchar y retener. Algo que trabajó de manera efectiva en mi experiencia de salvación fue el haber

tenido almacenadas en mi memoria las canciones que aprendí en la escuela dominical cuando era niño. Las cantábamos todos los domingos, las mismas canciones, una y otra vez. Podemos cobrar aliento con lo siguiente: “No nos cansemos, pues de repetir, porque a su tiempo segaremos si no desmayamos.”

Se menciona también el hablarles de Sus enseñanzas en todo momento. Este es un ministerio que **carece de hora fija**. En cualquier momento podríamos, como padres, encontrarnos impartiendo lecciones grandes o pequeñas, muy importantes para su desarrollo espiritual. A veces una situación que se da podría instarnos a tomar un tiempo para lidiar con ellos. Podría darse también que a altas horas de la noche, o en la madrugada, uno de ellos no pueda dormir, ya sea porque la conciencia le molesta o por ataques de malos espíritus tendientes a infundir temor. Recuerdo que una tarde, Tanya (nuestra segunda hija) estando dormida, se levantó de la cama caminando hacia la sala; soñando que iba hacia el altar del templo. Esto sirvió para lidiar una condición que ella estaba atravesando. En todo momento, en casa, andando por el camino, en el bus, o en el carro, al acostarnos, cuando nos levantamos, en la escuela, o cuando andamos de compras, en todo momento. Somos instruidos a predicar la Palabra dentro y fuera de tiempo, y generalmente esto se aplica a la predicación del evangelio para la salvación de los hombres. Pero si aplicamos este mismo concepto para la enseñanza del niño, entonces no será necesario aplicarlo para la salvación del hombre (es decir, nuestro(a) hijo(a) será salvo(a) durante la niñez, y no tendremos que bregar con él/ella en la edad adulta para tal fin).

Si aplicamos 2 Timoteo 4:2 para la enseñanza del niño, entonces no será necesario aplicarlo para la salvación del hombre.

La ministración a nuestros hijos en todo tiempo demanda que: asumamos la mentalidad correcta en cuanto esto y

nos deleitemos también, de modo que no lleguemos al punto de cansarnos. ¿A qué me estoy refiriendo? El hombre no se cansa fácilmente en medio de aquello que es su deleite. Hay, por ejemplo, quienes solo soportan una actividad del Reino por día. O sea, después del culto un domingo en la mañana necesitarían bastante gracia para salir a evangelizar en la tarde; o les sería demasiado

hablar del mensaje, “de nuevo” después del culto; prefieren conversar de otro tema que no tenga relación alguna--por ejemplo, de fútbol, o algo de “mayor interés”, algo diferente. En esa condición, nunca lograremos la dedicación necesaria para el bienestar de nuestros hijos. Esto requiere de padres en quienes el

Reino, más allá de ser una actividad en

sus vidas, sea más bien su misma vida; su gozo, su deleite, su todo. No olvidemos que ellos eventualmente serán nuestra réplica en varios aspectos de nuestra vida.

La práctica de colocar porciones bíblicas o conceptos Divinos en las paredes de la casa contribuye a ese ambiente de enseñanza continua. El ver cada día esa lección pegada en la puerta de la recámara o en la refrigeradora opera como un memorándum efectivo. Es una estrategia Divina de Aquel que sabe cómo hacer que las cosas funcionen.

Dios también les dio la instrucción a los israelitas de tomar las doce piedras del Jordán con el objetivo de edificar un monumento en consideración a las futuras generaciones, para que aprendieran acerca de Sus obras para con Su pueblo. Nos conviene también establecer monumentos que inspiren a recordar las maravillas del Señor, y atesorarlos para conocimiento de nuestros hijos. A los niños les atrae mucho cuando se les relata reseñas históricas familiares; esto despierta su interés. El registro de los hechos de Dios en beneficio de la familia despierta en ellos una perspectiva

Para la ministración efectiva a nuestros hijos el Reino de Dios, más que una actividad en nuestras vidas debe ser nuestra vida.

más amplia y propia de la realidad de Él. Esto les ayuda a entender que Dios no es sólo el Dios del presente, pero también el Dios del pasado. La respuesta a oraciones en su Divina providencia, su intervención en situaciones humanamente imposibles de resolver, las liberaciones y sanidades en el transcurrir de los años juntamente con su respaldo, cuidado y protección; en fin, todas estas experiencias una vez preservadas trabajan como memoriales perdurables para percibir al Dios que operó en el pasado. A la vez, representan un legado de referencias para la seguridad de que así como se manifestó en el pasado, también lo hará en el presente. Estos monumentos, aparte de conservarse en la memoria, podrían registrarse, por ejemplo, en escritos o fotografías, y hacer una compilación de **“Memoriales Perdurables”** para las futuras generaciones.

Como parte de nuestro ministerio a ellos, es de gran provecho llevarlos al campo de trabajo. No nos concentremos solo en la teoría, pero alentémoslos a la práctica, porque la Palabra de Dios es funcional. No nos conviene para nada verlos crecer frente a nuestras narices con el mero conocimiento sin la vivencia; no hay gloria en aquello. Después de todo, el gran objetivo es que lo vivan. Por tanto, nuevamente exhorto a que los involucremos en las actividades del Reino. En tiempos de evangelismo, por ejemplo, no los dejemos en casa—a menos que el tipo de ministración o las condiciones lo ameriten—compartamos con ellos a nuestro lado para que perciban la obra del Reino en todas sus posibles aristas. A los niños les gusta la actividad; procuremos incluirlos, y al paso del tiempo veremos que ellos mismos tomarán la batuta. Una vez que les demos cuerda, especialmente cuando se adentren a la salvación, serán motivados desde adentro hasta para hacer cosas con el fin de identificarse con los adultos. Como, por ejemplo, ayunar. No los detengamos, pero en la sabiduría Divina procuremos guiarlos **a desarrollarse en todo.**

Saquémosle ventaja a la situación aun desde su formación en el vientre. Se ha descubierto que las criaturas dentro del

vientre pueden percibir por el oído lo que se da en el ambiente en que se encuentra la madre. Manténgase en el ambiente espiritual, donde abundan, por ejemplo, los cantos e himnos espirituales que han de contribuir a que se familiaricen con lo santo. Y cuando nazcan sigamos cantándoles, derramemos en ellos todo lo que podamos. Vuelvo a recalcar: No aceptemos ese pensamiento de que son muy pequeños para entender. El régimen educativo no los considera muy pequeños para aprender, por ejemplo, acerca de la Informática y la Estadística, y otras disciplinas que años atrás solo se enseñaban a nivel secundario y hasta universitario. Y asimismo ocurre, como lo dijo Jesucristo en Lucas 16:8:

...los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz.

Y aun el mismo enemigo está procurando tomar la ventaja con esta implementación de la educación sexual en la niñez. La iglesia de Dios no debe quedarse atrasada en relación con estas cosas. Necesitamos anticiparnos y sobreponernos al enemigo. Me temo que parte del problema es que él (el enemigo) está más consciente de lo que nuestros hijos llegarán a ser en las manos del Señor que nosotros, aunque seamos pueblo de Dios.

Si no asumimos nuestra parte de invertir en ellos algo sólidamente espiritual y permanente, con todos los sacrificios que conlleva, sufriremos las mismas consecuencias de los de afuera en nuestro propio hogar, bajo nuestras propias narices. Es más, ya se está atravesando esos males en nuestros medios.

Una de las porciones que considero más impactantes de la Biblia se encuentra en Jueces 2:10; nos dice:

Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel.

Esta situación que se dio durante el traslape entre los últimos días de Josué y el inicio de los días de los Jueces no está implicando que esta nueva generación no sabía nada acerca de Jehová. Lo que Dios nos está queriendo decir con esto es que esa otra generación **no conocía a Jehová como la primera**, y claro está, mucho menos su poder manifiesto en las obras hechas a favor de Israel. Este fenómeno masivo nos muestra que algo muy serio ocurrió en las generaciones anteriores, y dio lugar a tal decadencia en esa nueva generación. Notemos cuán gloriosa fue la generación anterior en sus conquistas al penetrar la Tierra Prometida. Fueron prácticamente imparables, a pesar de que las naciones paganas habían tenido mucho más tiempo y experiencia. Sin embargo, se dio la decadencia. Y lo más serio de la situación es que la condición no quedó allí; esto dio lugar a la gran apostasía en toda la nación. Ahora, si tal fenómeno se dio en toda una nación, ¿cómo no podría ocurrir con una congregación? ¿Y cuanto más en una familia?

Si estamos esperando mantenernos como pueblo de Dios en el transcurrir de los años, necesitaremos imprimir todas nuestras energías en nuestro tiempo. El futuro de la iglesia se asegura en función de nuestra inversión en el presente. Por otro lado, recalco que no podemos derramar lo que no tenemos. Por tanto, necesitaremos como padres el cultivo de verdadera y suficiente sustancia espiritual. La visión de esto debe registrar en nosotros al punto de percibir, no solo la necesidad, pero también la urgencia de actuar, cueste lo que nos cueste, comenzando con nosotros mismos cuanto antes.

LA VISIÓN DE SU CRECIMIENTO

Todo buen agricultor observa o monitorea el crecimiento de lo que ha sembrado. De la misma manera, todo padre debe mantener un constante monitoreo del crecimiento de sus hijos. No estamos hablando de un crecimiento en función de su desarrollo físico o mental, según el hombre. Más

bien, nos estamos refiriendo a su crecimiento espiritual; si su vida está mostrando o no el producto de lo que han asimilado; su desarrollo como seres humanos según Dios; qué se está dando en ellos en términos de lo que han estado aprendiendo. No es lo mismo hablar de madurez según el hombre que hablar de madurez según Dios--son 2 cosas muy diferentes. El hombre concibe la madurez como el uso de ciertos valores o facultades humanas ya a cierto tiempo, aunque desprovisto de Dios. La madurez según Dios se define en términos, por ejemplo, del amor (1 Corintios 13:11--dejar de pensar en sí mismo como un niño y considerar a otros); lo que ya debería ser según Hebreos 5:11-14; el ejercicio de su sabiduría; la pureza; etc.

Añadido a esto, no es meramente una evaluación de cuánto saben; más bien, es la percepción de la calidad de su vida a la luz de lo que conocen. La importancia de esto radica en que de esta forma se vela por lo que se ha invertido en ellos. No debemos correr el riesgo de que se eche a perder todo lo que se ha derramado en ellos, ya sea en casa, o desde el púlpito o en la clase dominical. El



El monitoreo del crecimiento espiritual de nuestros hijos consiste en la percepción de la calidad de sus vidas a la luz de lo que conocen.

seguimiento continuo del crecimiento espiritual de nuestros hijos nos ayuda a detectar a tiempo cualquier cosa que pudiese estar operando, tendiente a frustrar el avance de la Palabra en ellos. De esta manera evitamos que se acumulen situaciones que se nos escapan al paso del tiempo, que más tarde estallan en actitudes o

acciones inesperadas que luego tengamos que lidiar como un gran cúmulo de males.

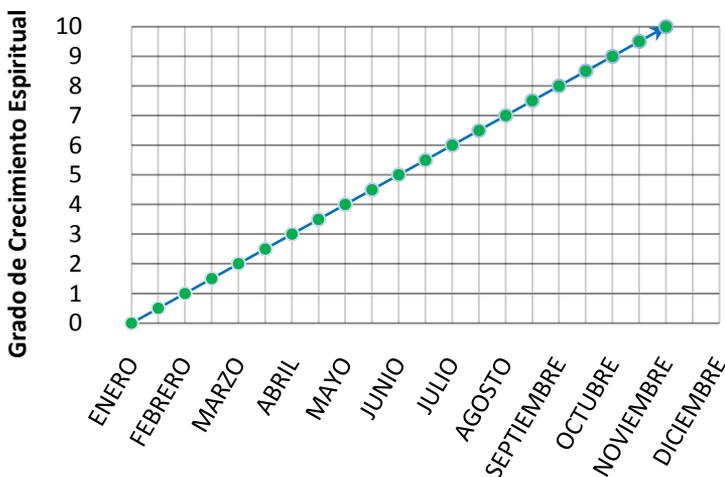
Sin duda alguna, todos como padres salvos anhelamos ver a nuestros hijos crecer en el camino del Señor; queremos verlos prosperar al paso de los años, siendo partícipes de la gloria Divina, y establecidos en el Reino del Señor. Bueno,

este monitoreo nos ayuda a seguirlos de cerca para tal logro.

Sin embargo, hay que tomar en cuenta que para la efectividad de esto necesitaremos observar el desarrollo de nuestros hijos con cierta amplitud, a fin de poder arribar a las conclusiones correctas. ¿Qué estoy diciendo con esto? Lo que estamos tratando de proyectar es lo siguiente: Como muchas veces ha ocurrido, podríamos incurrir en el error de determinar—o sea, evaluar y concluir—toda la vida de ese hijo tomando como base una actitud o acción suya, en un instante dado en su vida. Esto nos lleva a deducir las cosas de una manera inexacta, dando lugar a impresiones equivocadas, y así mismo a un estado de engaño. Pero si consideramos el desenvolvimiento de ese hijo en un lapso de tiempo prudencial, recopilaremos más información para determinar las cosas de una manera más atinada.

Observemos, por ejemplo, la gráfica 1. Esta gráfica nos muestra el desarrollo espiritual de un hijo “x”, en el trans-

GRÁFICA 1
EL CRECIMIENTO IDEAL

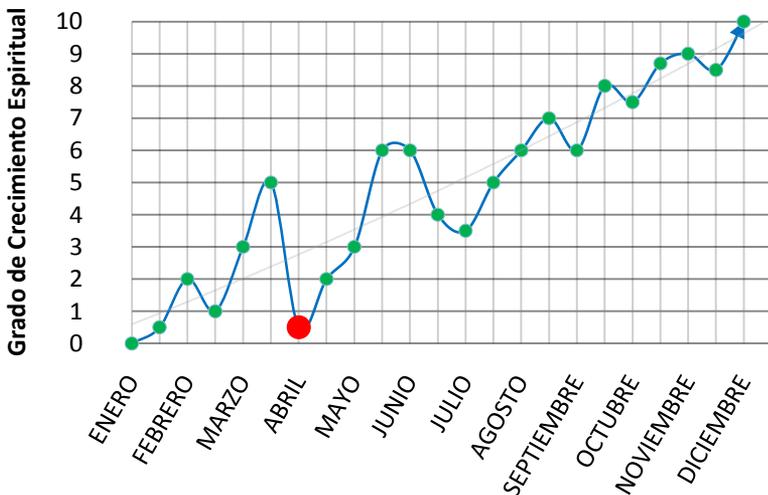


curso de 12 meses en un año “y”. Solo para efectos de entendimiento, hemos definido los grados de crecimiento espiritual del 0 (cero) al 10 (diez). Como vemos, esta es una recta que va en continuo crecimiento desde el inicio hasta el fin de este lapso de tiempo.

En cada mes se registra un crecimiento continuo. Definitivamente, todo padre quisiera que este fuese el caso en todos sus hijos--el caso ideal. Ese crecimiento ideal, donde ese hijo continuamente obedece, tiene sus momentos de devocional, hace sus oficios en casa sin ningún problema, es responsable con sus asignaciones en la escuela... en fin, es el hijo ejemplar.

No obstante, esa no es siempre la realidad en todos los hogares. Si observamos ahora la gráfica 2, veremos un panorama muy diferente. Ya no es una línea recta constante; es una curva un tanto irregular, con altas y bajas. Vemos que, al inicio, de enero a febrero hubo un avance, pero luego se dio una caída en el mes de marzo; después de lo cual

GRÁFICA 2
EL CRECIMIENTO REAL



hubo una recuperación que dio lugar a una mejora, dándose un ascenso durante ese mismo mes de marzo. ¡Pero, un momento! ¿Qué ocurrió entre finales de marzo e inicios abril? Volvió a descender. ¡Qué caída! ¡Qué tragedia! ¡Cuán grande la decepción!

Ahora, notará que evidentemente el punto rojo, que representa esa caída, se destaca en toda la gráfica; pero **no es toda la gráfica**. Sin embargo, la tendencia es a concentrarse tanto en ese punto, en ese instante de la falla, y determinar con base en ella la condición integral de ese hijo. Son estos los momentos en que se necesita ejercer la templanza y sobriedad para evitar tomar acciones inmediatas sin sabiduría. Recuerdo una ocasión, hace años atrás, cuando Tary, nuestra hija mayor, hizo algo que me molestó en gran manera. Pudo haber sido más o menos entre sus 5 y 8 años de edad. La verdad es que no recuerdo con exactitud qué edad tenía. Pero sí recuerdo claramente que el asunto me indignó a tal grado, que casi le digo con todo el peso de la justicia, con juicio severo: ¡TÚ NO ERES SALVA! No recuerdo qué sucedió después. Pero más tarde compartí lo ocurrido con mi pastor, después de lo cual me di cuenta del grave error que habría cometido. Honestamente, creo que Dios me refrenó; porque si hubiera pronunciado tales palabras con tal energía, creo que le hubiera cerrado las puertas, por un buen tiempo, quizás años, para impedir que fuese lo que ahora es. ¡Gloria a Dios por su misericordia!

Ahora, considere lo siguiente: cuando tratamos con personas adultas, en lo que respecta a la salvación, especialmente cuando son recién convertidas, no nos apresuramos a dudar de su experiencia sencillamente porque realizan una acción indebida. No procedemos a descalificarlas—aunque realmente no nos compete determinar aquello—de una vez; más bien, en el espíritu de misericordia tendemos a alentarlas a que sigan y perseveren hasta lograr la victoria necesaria. Entonces, ¿por qué no proceder de la misma manera con nuestros propios hijos? ¿No son también almas preciosas ante nuestro Señor? ¿Tiene más valor el alma de un

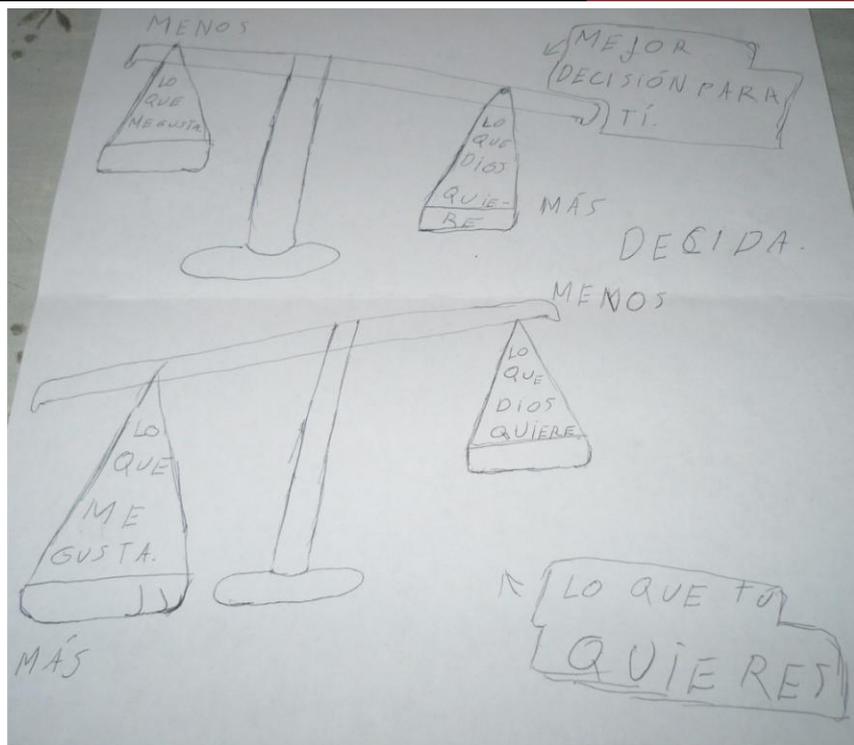
adulto que la de un niño?

Volviendo ahora al análisis de la gráfica 2, ese instante rojo podría captar tanto nuestra atención, que podríamos concluir, para nuestro desaliento, que ese es el estado de ese hijo como ser integral. ¡Y ESO ES FALSO! Porque ese es solo un instante en su vida. Y según nuestra conclusión, asimismo sería nuestra actitud hacia él, lo cual podría llevarlo a él también a ese estado de desaliento. Amado lector, **icuidado con sumirse en ese pensamiento de que todo lo que su hijo hace es malo!** Es posible que resulte ser el que más problemas da, pero deliberadamente



busque las buenas cualidades que están en él. Sí, de seguro que allí están; cobre aliento y aliéntelo, felicítelo por cada buena acción o logro, por mínimo que sea. Si siempre sale mal en los ejercicios, cuando sale bien, aunque sea uno en un millón, hágale un buen reconocimiento por ese esfuerzo. La idea es que él pueda ver el equilibrio, que así como se le corrige, también se le elogia y aplaude.

De esto claramente podemos ver que mientras por un lado existen aspectos en la vida de nuestros hijos que no son los más agradables, por el otro hay señales de progreso que no debemos ignorar, y todo esto es parte de una atinada evaluación. Por ejemplo, pienso en Charles, nuestro hijo menor, de 10 años, en relación con la siguiente figura. Mi esposa ha procurado instar a nuestros hijos a escribir cartas evangelísticas y compartirlas con alguien en especial cuando no pueden salir a evangelizar. Lo que vemos en la siguiente página es la carta que



él confeccionó cuando tenía 9 ó 10 años. Ahora, este contenido nos da mucha información en relación con lo que hay en su mente. Este dibujo muestra, básicamente, el concepto que debe regir la vida de todo cristiano. Es interesante el hecho de que Charles es sumamente distraído y descuidado; por otro lado, no podemos ignorar este otro aspecto revelado en este dibujo, que hizo sin ningún tipo de supervisión. Esta era su carta evangelística, que en vez de plasmar por escrito, optó por presentar en forma de diagrama.

Muchas veces la visión de lo específico, si no la manejamos debidamente, podría llevarnos a un estado de frustración innecesaria. Pero si expandimos nuestra visión y percibimos esta gráfica en el transcurrir de los meses, nos daremos cuenta que, con todas sus bajas, VA EN AUMENTO. En otras palabras, hay un crecimiento que se manifiesta, pero hay que verlo con la amplitud necesaria.

Volviendo a la gráfica 2 (pág. 110), note ahora lo siguiente: hay una línea gris, que va a lo largo de la curva. Esta es la línea de tendencia, o sea, hacia donde tiende la curva. En otras palabras, esta línea manifiesta hacia dónde tiende el CRECIMIENTO REAL, y básicamente es la misma tendencia de la línea del CRECIMIENTO IDEAL en la gráfica 1. Note que esta línea de tendencia es tenue; su visibilidad no es clara, porque así mismo la tendencia del crecimiento de nuestros hijos no se percibe claramente, a menos que deliberadamente la busquemos. Expandamos, pues, nuestra visión al evaluar el crecimiento de nuestros hijos, y procuremos encontrar esa línea de tendencia.

Esto es aplicable aun para los adultos. Jesucristo le dijo a Pedro lo siguiente en Mateo 16:18:

Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.

Esto el Señor lo pronunció habiendo considerado con suma anticipación las caídas y “metidas de pata” de Pedro durante el trayecto de su vida. Es que Jesús no se concentró en solo un instante en la vida de Pedro; su visión fue amplia. Él vio el cuadro completo. Ahora, si analizamos esto bien, de aquí podríamos libremente contemplar la gráfica 2 en términos generales como una representación de la vida de Pedro durante sus primeros años con Jesús, siendo el punto rojo ese momento cuando lo negó 3 veces.

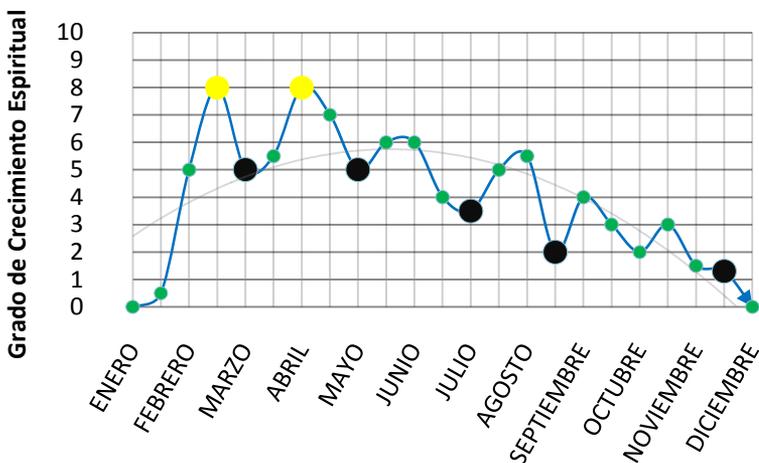
Definitivamente, este concepto lo aplicó el Señor, y debemos nosotros también aplicarlo. Si bien es cierto, no podemos determinar el desarrollo del crecimiento de nuestros hijos en todo el trayecto de sus vidas, como Jesús lo hizo con Pedro—y lo hace con todo el mundo—pero sí podemos,

después de cierto tiempo, para recopilar suficiente información, aplicar el mismo concepto.

Cabe destacar que esto es también aplicable en el caso contrario. Observemos la gráfica 3. En este caso hay 2 instantes—los puntos amarillos—que registran un panorama alentador.

Sin embargo, al tomar en cuenta la línea de tendencia de esta gráfica—de color gris tenue—en este lapso de tiempo, nos damos cuenta de que tiende hacia el descenso. A pesar del crecimiento que se manifestó durante los primeros meses, se dio un giro hacia el decrecimiento. De aquí, contrario a la gráfica 2, es importante ejercer mucho cuidado ahora en concentrar la atención en esos 2 instantes amarillos,

GRÁFICA 3
EL DECRECIMIENTO



que no reflejan la realidad en una manera plena y atinada. A veces la gloria que emana de alguien en un tiempo dado pudiera ser tal que luego se dificulte la visión de la realidad de un descenso. No obstante, es importante recordar siempre que la gloria del presente no garantiza la gloria del futu-

ro. Muchos fueron los hijos que mostraron un futuro prometedor, pero al paso de los meses, el panorama de sus vidas fue cambiando paulatinamente, y hoy la escena que se ha formado a consecuencia de su descenso es triste, es lamentable. No se da en todos los casos, pero esta situación, que dicho sea de paso, no solo se manifiesta durante la adolescencia—si bien es la realidad en la mayoría de los casos—pero aun también durante la niñez, se manifiesta debido a una condición relacionada con la visión de los padres. Nos estamos refiriendo ahora a:

1. La visión que tiene que ver con los ojos físicos; y
2. La visión que tiene que ver con los ojos espirituales, o sea, el entendimiento.

Esto nos lleva a la consideración de lo siguiente:

ADVERTENCIAS DIVINAS

Cuando las criaturas nacen, es importante darle una atención especial a su crecimiento y desarrollo durante los primeros años, con el fin de asegurar su salud, ya que durante este período de tiempo se realiza una de las mayores variaciones en la criatura, y podrían surgir problemas de nutrición, crecimiento y maduración; lo cual evidencia la importancia de este cuidado particular como una medida efectiva para rápidamente detectar esos problemas y tratarlos.

Esta atención requiere un continuo monitoreo para evitar que se escapen detalles que podrían ser señales de posibles enfermedades.

El mismo concepto es aplicable en el crecimiento y desarrollo espiritual de nuestros hijos. Volvamos a la gráfica 3. Al observar este decrecimiento, nos daremos cuenta de que hubo 5 instantes—puntos negros—cuando se mostraron señales de decrecimiento antes de la caída final. En este caso, estos son detalles claves que no podemos darnos el lujo de ignorar; son señales mediante las cuales Dios nos manifiesta sus **advertencias Divinas**. No estamos

hablando ahora de un instante rojo como en la gráfica 2, sino más bien de **una trayectoria de varios instantes en descenso**. Las caídas no se dan de la noche a la mañana, siempre hay un lapso de tiempo en el cual se desarrolla el proceso de descenso antes de la manifestación de la caída final.

Como padres, especialmente en este tiempo, necesitamos tener los ojos bien abiertos para que no se nos escapen las advertencias que el Señor nos manda a través de esas señales de peligro. Algunas de estas señales, generalmente, se manifiestan en:

1. Comportamientos que no son característicos de ellos.
2. Palabras o frases no propias que no acostumbran decir.
3. Bajas en su índice académico en la escuela.
4. Decaimiento en la comunicación.
5. Actitudes carnales cuya frecuencia va en crecimiento.
6. Pérdida de interés en lo que respecta el Reino.
7. Afinidad con el mundo.

Cuando estas manifestaciones se dan, muy bien podría ser el tiempo de preguntarnos, por ejemplo: ¿Por qué actuó o reaccionó de esa manera? ¿A qué se debe que sus notas en la escuela hayan bajado? ¿Por qué no oró esta mañana? Son momentos cuando Dios despierta nuestra atención y nos dice: “Él—o ella—generalmente no lanza esas expresiones; no lo dejes pasar por alto, indaga aquello...” “Observa su tendencia hacia esas clases de juegos o actividades...” Y esa advertencia Divina podría ser revelada no solo por el Espíritu Santo a nuestro espíritu, pero también a través del ministerio, o algún hermano espiritual, o aun mediante personas no convertidas—parientes, amistades, maestros, hasta desconocidos—que Dios utiliza según las condiciones

y la urgencia de la necesidad.

Es importante tomar en cuenta que muchas veces ciertas reacciones extrañas—o aun no extrañas a nuestro parecer—por muy pequeñas que pudieran ser, revelan la presencia de algo no bueno muy en lo profundo operando en nuestros hijos. Esto ocurre también con los adultos. Esta es la razón por la cual no debemos sencillamente ignorarlas, restando su seriedad, asumiendo que actuaron así “porque sí”. Al trabajar con nuestros hijos—mi esposa y yo—en ocasiones, hemos descubierto condiciones serias desarrollándose en ellos a raíz de aparentes pequeñas actitudes. Y cuando llegamos al fondo de la situación, al comparar el final con el principio—o sea, lo que eventualmente se revela, con esa pequeña acción que llamó la atención—parecieran no tener ni la mínima relación.

Por otro lado, no estamos diciendo con esto que debemos mantenernos como una cámara de seguridad vigilando todas las acciones habidas y por haber de todos nuestros hijos. Eso realmente sería imposible. Sin embargo, al mantener el equilibrio de las cosas, podemos descansar con la confianza de que **Dios siempre mostrará**. Por tanto, no seamos ciegos, especialmente cuando nos encontramos diciendo: “No veo nada de malo en eso”. ¡Cuidado con esa mentalidad manifestada en esa expresión tan popular! Quizás en décadas anteriores, cuando el nivel de la moral era más elevado, se podía decir aquello, y aun así no con tanta confianza. Pero en este tiempo **hay que examinarlo todo**. La Palabra nos enseña en I Tesalonicenses 5:21-22:

Examinadlo todo; retened lo bueno. Absteneos de toda especie de mal.

Aun lo que ante nuestros ojos pudiera aparentemente ser lo más inocente del mundo, **no asumamos, no lo demos por hecho**.

Esto no es solamente en relación con nuestros hijos durante su niñez, pero aun también durante su juventud, mientras se mantengan bajo nuestro techo. Dios nos hace responsables por su vigilancia en todos los aspectos de sus vidas, aun en lo íntimo. Esto implica que no debe haber “privacidad” por parte de nuestros hijos con respecto a nosotros. Esta concesión, aunque pareciera ser noble, no es sabia, porque frustra nuestro acceso a ellos para su protección. Hay muchas carnadas que el enemigo tiende a través de la corriente mundanal, que nuestros hijos, por su corta visión, no siempre logran detectar. Y lo hace con tal sutileza que podría seducirlos; y podrían encontrarse atesorando, por ejemplo, un objeto que sería el equivalente de una serpiente espiritualmente mortal. Seguro estoy que usted, si verdaderamente ama a su hija, y se da cuenta de que en su privacidad mantiene una serpiente en uno de los cajones de su cómoda, no vacilaría en meterse para librarla. Ella podría decir todo lo que quisiera—que es su mascota, que no es ofensiva, que la quiere mucho—eso no le importaría; usted como adulto y con experiencia, habiendo atravesado la niñez y la adolescencia mucho antes que ella, y por tanto, sabiendo mejor, haría lo que sabe que debe hacer.

Ahora, he aquí una clave: nuestra relación con ellos debe ser tal que voluntariamente asuman esa actitud de total transparencia con nosotros, lo cual se logra durante la crianza desde su niñez. Estamos hablando de una relación de amigos íntimos, en la cual ellos nos vean como sus protectores, sus guardianes; y esto no se desarrolla de la noche a la mañana. Esto contribuye grandemente a la efectividad de velar por ellos, ya que la colaboración se torna mutua, para su propio bienestar.

LA VISIÓN CORRECTA PARA ASUMIR EL ESPÍRITU CORRECTO

Ahora, para deliberadamente adoptar ese espíritu de velar con los ojos físicos—o sea, la vigilancia juntamente con estar atento a las advertencias Divinas—necesitamos primero poder ver con los ojos espirituales; porque no podemos ir más allá de nuestro entendimiento. Pablo, al manifestar su anhelo para con los hermanos en Efeso, hace mención de lo siguiente en Efesios 1:18:

...alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis...

Y aplicándolo a lo que estamos estudiando, necesitamos que los ojos de nuestro entendimiento sean alumbrados, o sea, que en nuestros espíritus se registre:

1. La razón de su existencia (la de nuestros hijos). Lo que Dios espera realizar a través de cada uno de ellos en términos individuales. Nos referimos al objetivo determinado por Dios para el cual han venido a este mundo.
2. Lo que nos corresponde hacer como colaboradores con Dios para el cumplimiento de ese objetivo.

Estos deben ser los 2 grandes focos de los cuales debe ramificarse todo lo que tiene que ver con la crianza en todo hogar.

Esto fue lo que cobró registro en Manoa y su esposa en relación con Sansón, como lo vemos en Jueces 13:1-14, que nos relata lo siguiente:

Nacimiento de Sansón

Los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová; y Jehová los entregó en mano de los filisteos por cuarenta años. ²Y había un hombre de Zora, de la tribu de Dan, el cual se lla-

maba Manoa; y su mujer era estéril, y nunca había tenido hijos. ³A esta mujer apareció el ángel de Jehová, y le dijo: He aquí que tú eres estéril, y nunca has tenido hijos; pero concebirás y darás a luz un hijo. ⁴Ahora, pues, no bebas vino ni sidra, ni comas cosa inmunda. ⁵Pues he aquí que concebirás y darás a luz un hijo; y navaja no pasará sobre su cabeza, porque el niño será nazareo a Dios desde su nacimiento, y él comenzará a salvar a Israel de mano de los filisteos. ⁶Y la mujer vino y se lo contó a su marido, diciendo: Un varón de Dios vino a mí, cuyo aspecto era como el aspecto de un ángel de Dios, temible en gran manera; y no le pregunté de dónde ni quién era, ni tampoco él me dijo su nombre. ⁷Y me dijo: He aquí que tú concebirás, y darás a luz un hijo; por tanto, ahora no bebas vino, ni sidra, ni comas cosa inmunda, porque este niño será nazareo a Dios desde su nacimiento hasta el día de su muerte.

⁸Entonces oró Manoa a Jehová, y dijo: Ah, Señor mío, yo te ruego que aquel varón de Dios que enviaste, vuelva ahora a venir a nosotros, y nos enseñe lo que hayamos de hacer con el niño que ha de nacer. ⁹Y Dios oyó la voz de Manoa; y el ángel de Dios volvió otra vez a la mujer, estando ella en el campo; mas su marido Manoa no estaba con ella. ¹⁰Y la mujer corrió prontamente a avisarle a su marido, diciéndole: Mira que se me ha aparecido aquel varón que vino a mí el otro día. ¹¹Y se levantó Manoa, y siguió a su mujer; y vino al varón y le dijo: ¿Eres tú aquel varón que habló a la mujer? Y él dijo: Yo soy. ¹²Entonces Manoa dijo: Cuando tus palabras se cumplan, ¿cómo debe ser la manera de vivir del niño, y qué debemos hacer con él? ¹³Y el ángel de Jehová respondió a Manoa: La mujer se guardará de todas las cosas que yo le dije. ¹⁴No tomará nada que proceda de la vid; no

beberá vino ni sidra, y no comerá cosa inmunda; guardará todo lo que le mandé.

Créame, hay bastante sustancia espiritual que podemos absorber de estos 14 versículos; sin embargo, solo nos concentraremos en aquello que por el momento queremos considerar.

Claramente podemos percibir el espíritu de estos futuros padres, especialmente en aquellas partes de la porción que hemos resaltado para tal propósito. Todo giraba en torno al objetivo de Dios para esta nueva criatura. Hubo instrucciones específicas de parte de Dios que tanto Manoa como su esposa debían seguir como parte de la preparación de Sansón como el futuro juez de Israel. Al paso de los años, ambos procedieron en obediencia, y el propósito Divino se cumplió, si bien, no a cabalidad, ya que Sansón le falló a Dios. No obstante, sus padres hicieron su parte colaborando con Dios, con miras al cumplimiento de Su propósito, que era también la razón de la venida al mundo de Sansón: el ser juez sobre la nación de Israel.

Muy bien vale darle suma consideración a la pregunta que Manoa, como cabeza de la familia, le hizo al mensajero de Dios: “¿Cómo debe ser **la manera de vivir del niño**, y **qué debemos hacer** con él?” Esta es la pregunta que como padres necesitamos resolver con Dios para cada hijo que engendramos. Hay una mentalidad que adoptaron los padres de Sansón, que en este tiempo nos corresponde también a nosotros, como cabeza de la familia, asumir. Definitivamente, en el caso de Sansón todo apuntaba hacia el uso específico que Dios tenía determinado darle, que era el de ser líder de una nación para su liberación. Y las instrucciones dadas fueron ordenadas específicamente para tal objetivo. De la misma manera, Dios tiene un propósito específico para cada uno de nuestros hijos, con instrucciones específicas para ser implementadas durante el tiempo de la crianza. Hay una manera de criarlos que en términos generales es común dentro del pueblo de Dios, pero dentro de

aquello cada criatura debe recibir una atención particular, conforme a su manera de ser; porque no todos son iguales. Nos estamos refiriendo a esa manera particular de criarlos de acuerdo con:

1. El carácter propio de cada cual.
2. Las capacidades que Dios pone en cada uno desde su formación en el vientre.
3. La utilidad que espera darle, que muy bien pudiera darse desde la niñez.

Esto define cómo debemos proceder con cada uno de ellos.

Créalo o no, Dios procura mostrarnos sus intenciones para cada uno de nuestros hijos, y envía a sus mensajeros—generalmente al ministerio—para tal objetivo. A veces lo revela antes de su nacimiento, o durante su crecimiento, con el objetivo de que colaboremos con Él. Procuremos, por tanto, estar vigilantes y atentos a Su voz, de manera que seamos atinados al prepararlos, para que en el cumplimiento del tiempo lleven a cabo aquello para lo cual han nacido.

Ahora, una vez abiertos nuestros ojos de entendimiento, y teniendo el registro de estas cosas, y habiéndolas aceptado como lo más excelente para ellos, estaremos en las condiciones para velar, luchar y bregar por ellos conforme a lo que determina el Señor para su crianza. Pero hay un elemento más que debemos considerar, que fue evidente en Manoa y su esposa; un ingrediente cuya importancia es tal que sin él se podría frustrar todo lo mencionado hasta aquí; y es lo que atinadamente estaremos viendo a continuación.

LA MISMA MENTE

Es innegable que la intención de Dios para Sansón se llevó a cabo en gran parte porque sus padres tenían la misma mente. Ambos recibieron lo encomendado de la misma fuente y estando juntos; y esto los favoreció para la operación que en coordinación entre ellos mismos y entre Dios

llevaron a cabo.

Jesucristo dijo en Marcos 3:25:

...si una casa está dividida contra sí misma, tal casa no puede permanecer.

La estabilidad permanente de la tierra de miel en el hogar se logra en la posesión de la misma mente en los padres. Esta condición de la misma mente es tan importante, que si no se obtiene, la familia **no permanece conforme a la mente de Dios**. Quizá físicamente no se desintegre, y todos se mantengan viviendo bajo el mismo techo—como en muchos casos donde la separación o el divorcio no se ha consumado por consideración a los hijos—pero no funge permanentemente conforme Dios la diseñó. Porque la armonía deja de existir, dando lugar a fricciones, incomodidades, descontentos, tensiones y presiones, iras, contien-das, y así podríamos seguir. Con este ambiente, para efectos prácticos, aunque exista una relación conyugal o de parentesco, es casi como si no hubiese familia. Muchos son los hijos que viven con sus padres, pero es como si no los tuvieran, o como si no existiesen, y asimismo es con muchas esposas en relación con sus esposos y viceversa. La casa (o sea, el hogar) está dividida, cada cual con sus propios criterios, sus propios planes, sus propios rumbos; están juntos solo cuando convergen físicamente dentro de

las mismas cuatro paredes, porque viven allí, pero no hay rasgo alguno de unidad. Y ¿quién quiere formar una familia bajo estas condiciones? ¡Nadie! No obstante, la historia se repite, porque se ignora este aspecto tan fundamental. En la mente de nuestro Creador, **el concepto de familia en su plenitud trasciende la mera constancia de un certificado ma-**

La estabilidad permanente de la tierra de miel se logra en la posesión de la misma mente en los padres.

rimonial en un Registro Público para los archivos del Estado. En el principio, el primer matrimonio no fue así. El ingrediente de la unidad es ese componente que completa el paquete. Me refiero a ese sentido de grupo donde la identidad personal de cada cual, comenzando con los padres, y luego al venir los hijos, es desplazada de la escena en el proceso de esa asociación como uno solo. Esta es la razón por la cual el Señor nos enseña en 2 Corintios 6:14-16:

No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos?

Esta porción tiene su aplicación en el matrimonio, donde el Señor prohíbe la unión de dos personas que no tienen la misma mente en cuanto a conceptos doctrinales de la verdad. Sin embargo, el asunto va un poco más allá. No podemos asumir que porque dos hermanos de sexos opuestos posean la misma mente en cuanto a los conceptos bíblicos de la verdad, sean tal para cual. De la misma forma, no podemos como esposos asumir que por estar bajo las mismas condiciones antes mencionadas, eso nos basta.

Ahora, en el libro de Amós 3:3 hay una pregunta que conviene considerar:

¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?

Algo que podemos ver claramente en la analogía que el Señor hace entre el matrimonio y el cuerpo humano es la coordinación existente entre la cabeza y el resto del cuerpo. Lo que el cuerpo hace en perfecta normalidad está en función de su armoniosa cohesión con la cabeza, la única que tiene.

De aquí, el cuerpo ejecuta acciones en las cuales todos sus

miembros, según la actividad propia de cada uno, se mueven para el logro de un objetivo en particular, por mínimo que sea. Pudiera ser sencillamente levantarse de una silla. Y en ese movimiento no hay conflictos; los pies, juntamente con los brazos, hacen fuerza para que el cuerpo se levante. Las manos sujetan la silla, los ojos ven, y así con el resto de los miembros. Este es el mismo efecto que debe darse en relación con la pareja como lo normal. Y recalco, como lo normal, porque así lo diseñó el Señor en su incuestionable sabiduría. En otras palabras la falta de ese acoplamiento armonioso, o esa actividad en continuo acuerdo entre ambos es lo anormal, tal como lo sería en un ser humano cuando realiza movimientos raros bajo condiciones que no lo ameritan.

El mismo efecto que se da en la armonía de la cabeza con el resto del cuerpo humano se debe dar entre el esposo y la esposa.

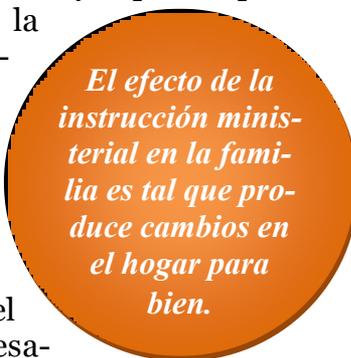
En el hogar, la misma mente implica que ambos entienden, aceptan e implementan lo mismo en relación con la mente de Dios para la familia.

La misma mente es básicamente la misma manera de ver las cosas.

Estamos hablando de dos mentes que a pesar de los diferentes trasfondos, han logrado fusionarse en Dios en un mismo acuerdo acerca de cómo han de fungir como familia. Esto también incluye el mismo acuerdo o sentir en relación con las directrices que el Señor establece para esa familia en particular, o sea, a diferencia de las demás. En otras palabras, mientras que en lo básico debe haber una simili-

tud en los hogares, también conforme al uso que Dios le da a cada familia—que es diferente—asimismo le da direcciones específicas diferentes.

Generalmente, esas direcciones Dios las transmite a cada familia a través de instrucciones ministeriales. El efecto de la instrucción ministerial en la familia cuyos padres poseen la misma mente es tal que cambia la vida del hogar para bien. Esto obedece a que el ministerio está puesto por Dios para perfeccionar a los santos. Conforme surgen las necesidades de ministración en consejería, enseñanza, orientación, adiestramiento, y aun en sanidades, esa interacción continua entre el pastor y la pareja es vital para el desarrollo y perfeccionamiento de la familia. No estoy hablando de una dependencia; más bien, de la guía Divina a través del pastoreo de aquel puesto por Dios.



El efecto de la instrucción ministerial en la familia es tal que produce cambios en el hogar para bien.

Tanto mi esposa como yo hemos determinado mantener la misma mente en cuanto a todas las cosas que nuestro pastor nos ha instruido, y nos ha ido muy bien. Ciertamente, a través de nuestros 17 años de casados, se han dado muchos cambios en nuestro hogar, que han repercutido para nuestra prosperidad como familia. Hemos visto que lo que Dios nos ha mostrado a través del Ministerio nos ha funcionado. No niego los momentos en que algunas de esas instrucciones me han caído como “balde de agua fría”; no obstante, he aprendido a obedecer, y he visto que la obediencia no es siempre agradable, pero siempre produce los resultados cuando es en el Señor. Es por eso tan importante que ambos, papá y mamá, tengan el mismo sentir; de esta manera empujarán en la misma dirección. Para ser un poco específico, si bien no exhaustivo, me refiero al mismo sentir en cuanto a:

- Todo lo que emana del púlpito.

- La responsabilidad primordial de cada cual (el esposo como cabeza y la esposa como el cuerpo).
- El modo de vivir, incluyendo la posición social y aun la ubicación.
- La economía del hogar--el presupuesto.
- La crianza de los hijos, juntamente con el tipo de educación “secular”.
- La alimentación en el hogar.
- El llamamiento de Dios para algún ministerio en particular, ya sea a uno de ellos o a ambos; con todas sus implicaciones.

Con esto tenemos por lo menos una idea de las áreas de aplicación en relación con este concepto. Cuán frustrante y desalentador es el continuo desacuerdo, aunque sea en un solo aspecto. Es que realmente no se requiere que el desacuerdo se dé en varios aspectos; uno solo es suficiente para crear esa atmósfera de pugna y entorpecer el avance; máxime cuando estamos hablando de meses y años en esa misma condición. Pero es la voluntad de Dios que siempre haya ese mismo sentir. Y para aquello es necesario el espíritu de ser unánimes, y esto lo produce el Espíritu Santo ya morando en la pareja, en una misma mente con el Señor. Esto corrobora una vez más la necesidad de la presencia del Espíritu en ambos; no puede ser una opción.

No podemos poner demasiado énfasis en la importancia de este aspecto del matrimonio. Es como la puerta al flujo continuo de las bendiciones Divinas en el hogar. Tal es su valor, que las cosas mencionadas en este libro para beneficio de cada familia no funcionarán, ni mucho menos perdurarán, sin su logro.

Esta condición de la misma mente en papá y mamá produce sus grandes resultados en los hijos a corto, mediano y largo plazo.

Cuando los hijos ven lo mismo en ambos padres, varias cosas cobran registro en ellos:

- Se dan cuenta de que no hay escape. No pueden, por ejemplo, aprovecharse de mamá para desobedecer a papá.
- Un sentido de seguridad de que las cosas van bien.
- Un descanso y protección contra la duda e incredulidad, por el efecto de: “por boca de dos testigos.”
- Una confianza y admiración de ellos hacia los padres.

Añado a esto que hay un poder convencedor que fluye de una pareja con la misma mente, que opera en beneficio de los hijos. Cuando continuamente oyen lo mismo de ambos padres, aquello contribuye a cimentar lecciones y conceptos fundamentales en ellos. Les ayuda a darse cuenta de la veracidad y sabiduría de las cosas enseñadas, lejos de concluir, por ejemplo, que: “*eso es idea de papá,*” o “*ese es el criterio personal de mamá*”. Y si vamos un poco más allá, lejos también de decir que: “*eso es idea o criterio personal del pastor.*”

Muchas han sido las ocasiones cuando Tary le ha pedido algo a su mamá, y cuando no se lo ha podido conceder, la madre le ha respondido de cierta manera. Cuando ha venido a mí, le he dado la misma respuesta sin saber lo que su madre le había dicho. A veces Tanya le pide a su mamá su opinión en cuanto a cierto vestido. Después de recibir su impresión, se me acerca y me consulta lo mismo. Para sorpresa de ella, recibe la misma respuesta y comenta: “*Mami me dijo lo mismo*”.

Hago constar que cuando nuestros hijos proceden así, no lo hacen con la idea de escabullirse, sino que en los ejemplos citados les hemos dado la libertad de

*En la sabiduría de Dios, no li-
diemos nuestros
desacuerdos en
presencia de
nuestros hijos.*

proceder de esa forma cuando tiene que ver con consultas.

Todo esto acerca de la misma mente, me lleva ahora a considerar el siguiente consejo que nos ha producido buenos resultados: En la sabiduría de Dios, como padres, lidiemos nuestros desacuerdos a solas. No es sabio o propio discutir desacuerdos en presencia de nuestros hijos, aunque no lleven a discusiones acaloradas. No estamos fomentando con esto el hacer cosas a escondidas, más bien la idea es la de evitar situaciones que ellos no puedan manejar.

En fin, el desarrollo de la misma mente crea un ambiente de descanso. Para mí es una bendición sin igual el hecho de poder salir de casa con la seguridad de que las cosas se harán como lo he estipulado, según las directrices de Dios para mi familia. Seguro estoy de que podría ausentarme por un año, si es la voluntad del Señor, con la seguridad de que las cosas se manejarán bien en mi hogar, a consecuencia de la misma mente en mi esposa y en mí.

Quiero hacer mención de algo más para nuestro aliento. Cuando los padres poseen la misma mente, están en las condiciones para que se cumpla Mateo 18:19 en ellos, que nos dice:

Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos.

En la oración hay un instrumento poderoso del cual podemos disponer siempre, y a través del cual la mano del Todopoderoso se mueve a nuestro favor. Muchos han sido los niños cuyas almas han sido preservadas por la continua intercesión de sus padres. Muchos adolescentes, con toda su rebeldía, fueron quebrantados a los pies del Señor por el poder de la oración de papá y mamá. Y no podemos ignorar los testimonios de aquellos esposos que se pusieron de acuerdo en oración para quebrar el poder del maligno sobre la vida de sus hijos, aún a temprana edad.

Procuremos, por tanto, desarrollar el hábito de orar juntos como esposos, no solo cuando la necesidad nos mueve a hacerlo, pero siempre; lo cual promueve también la perfección de la misma mente.



*Feliz hogar donde la oración es oída,
Y las alabanzas se quiere elevar;
Donde los padres aman la Sagrada Palabra
Y estiman en gran manera su sabiduría.*

AUTORIDAD MORAL

En casa somos quienes somos, y todos nos conocemos. Y esto es así porque “estamos en familia”. Hay una libertad en el círculo del hogar que no necesariamente existe en otro ambiente. Y realmente, dentro del diseño de Dios para la familia, esto debe ser así. Mientras que en otros entornos nos conducimos de cierta manera, manifestando algunas perspectivas de nuestra vida—a través de las cuales la sociedad nos conoce—en casa nos exponemos tal cual somos.

Esta evidente realidad debe llevarnos, como padres, a asegurarnos de que nuestras vidas sean íntegras, **como lo normal**, si queremos ser de influencia a nuestros hijos para bien. Es imposible tratar de ser santos en toda nuestra manera de vivir, vigilando cada movimiento, cada acción nuestra para evadir que seamos sorprendidos in fraganti. Lo que está internamente ejerciendo mayor poder, tarde o temprano va a salir y será manifiesto a todos, primeramente en el ambiente familiar. Nuestros hijos no son ciegos, ellos nos conocen, por tanto, **son nuestros jueces inmediatos todos los días**. Las mismas cosas que oímos del púlpito, ellos también las oyen, y saben—ya a temprana edad, conforme a su nivel de conocimiento—si somos consistentes o inconsistentes, estables o inestables, sinceros o con doblez.

Nuestras vidas deben ser íntegras como el patrón normal. Esto implica la vida santa como lo natural en nosotros.

En el ámbito familiar, específicamente en los padres, la autoridad moral es ese poder respaldado por su integridad, que ejerce su influencia en los hijos para su bien.

Debe haber en los padres esa capacidad de hablarles a los hijos y producir en ellos los efectos que los constriñan a acatar su voz.

Hay un tremendo provecho en la posesión de esta virtud, pero de igual manera hay serias consecuencias que podrían darse por su carencia.

Consideremos, por ejemplo, el caso de David, uno de los reyes de Israel, quien le falló a Dios cometiendo adulterio con Betsabé, la mujer de Urías, uno de sus soldados. A raíz de este pecado ella quedó embarazada. David, una vez enterado de aquello, y habiéndole fallado la trama con la cual procuró ocultar su pecado, estratégicamente mandó a asesinar a Urías. Este mal eventualmente fue notorio, e hizo que personas de otras naciones blasfemaran a Dios. A consecuencia de esta caída, Dios, a través del profeta Natán, confrontó a David, y como castigo pronunció: ¹⁾ la muerte de la criatura que nació de esa unión ilícita; y ²⁾ una serie de males que se darían en la familia de David. Esto lo vemos plasmado en 2 Samuel 12:7-14, que nos dice:

7...Así ha dicho Jehová, Dios de Israel...¹⁰Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste, y tomaste la mujer de Urías heteo para que fuese tu mujer. ¹¹Así ha dicho Jehová: He aquí yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo, el cual yacerá con tus mujeres a la vista del sol. ¹²Porque tú lo hiciste en secreto; mas yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol. ¹³Entonces dijo David a Natán: Pequé contra Jehová. Y Natán dijo a David: También Jehová ha remitido tu pecado; no morirás. ¹⁴Mas por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido ciertamente morirá.

Si bien es cierto que las situaciones que se desencadenaron en la familia de David fueron pronunciadas por Dios, no

podemos ignorar que como padre, el efecto de su pecado sobre sus hijos contribuyó en gran manera a las bajas que ellos cometieron; máxime al considerar que esos males fueron los mismos en los que él había incurrido: Fornicación y asesinato. Vemos, por ejemplo, a uno de sus hijos, Amnón, deseando a su hermana Tamar al punto de que la forzó a acostarse con él. Esto despierta la ira de su hermano Absalón, quien 2 años después de guardar ese resentimiento contra él, lo asesina, vengando la deshonra hecha a su hermana. Posteriormente se da a la fuga. Todo esto se habría podido evitar si durante esos 2 años David hubiera intervenido para lidiar con Amnón. Posiblemente, hasta las cosas habrían trabajado para aplacar la ira de Absalón contra su hermano. Pero, ¿qué autoridad moral tenía David para corregir a Amnón, habiendo él mismo caído en un mal similar? Su testimonio se había manchado, no solo en relación con su familia, pero también en relación con su nación, y esto llegó a oídos de otras naciones enemigas, quienes hablaban mal de Dios por lo que él había hecho. Yo le digo, con todo el perdón concedido, el arrastre del pecado, especialmente en un líder, es fuerte, considerando su magnitud. Hay heridas tan profundas que ni aún al paso del tiempo logran sanar. Como líderes o jueces en nuestros hogares no podemos juzgar efectivamente cuando hay grandes porciones de “papas calientes”, de nuestras propias cosechas, tapando nuestras bocas. Pasados 3 años lejos de su padre, Absalón vuelve a Jerusalén por la intervención de su primo Joab, general del ejército de Israel; no obstante, su padre lo mantiene distanciado, aún molesto por la tragedia ocasionada. Después de este distanciamiento por aproximadamente 2 años, se logra una reconciliación. Pero más tarde Absalón, procurando el trono, se rebela contra su padre. Ciertamente, la espada no se apartó de la casa de David, quien se ve ahora—como si fuera su turno— obligado a huir de su propio hijo. Y así podríamos seguir.

Toda esta sucesión de males y corrupciones en la casa de David, por más de 7 años, está registrada en II Samuel,

capítulos 11-18. Creo que si el Señor le ha dedicado 7 largos capítulos a esta cara oscura de la vida de David, es para que por lo menos nos demos cuenta de las serias consecuencias que pudieran darse cuando se carece de autoridad moral.

Ahora, contrario a lo que acabamos de ver, tenemos el caso de Mardoqueo y su prima, la reina Ester. La Palabra nos enseña que él la crió, como lo vemos en Ester 2:7 que nos dice:

5Había en Susa residencia real un varón judío cuyo nombre era Mardoqueo hijo de Jair, hijo de Simeí, hijo de Cis, del linaje de Benjamín; 6el cual había sido transportado de Jerusalén con los cautivos que fueron llevados con Jeconías rey de Judá, a quien hizo transportar Nabucodonosor rey de Babilonia. 7Y había criado a Hadasa, es decir, Ester, hija de su tío, porque era huérfana; y la joven era de hermosa figura y de buen parecer. Cuando su padre y su madre murieron, Mardoqueo la adoptó como hija suya.

De aquí podemos concluir que Mardoqueo prácticamente fue su padre.

Su integridad ante Dios, que respaldaba esa autoridad moral manifestada en su poderosa influencia sobre Ester, operó de tal manera que traspasó las barreras del ambiente social. Esto se evidenció en la obediencia de ella, como lo leemos en los versos 10 y 20 del mismo capítulo 2 que nos dicen:

Ester no declaró cuál era su pueblo ni su parentela, porque Mardoqueo le había mandado que no lo declarase.

Y Ester, según le había mandado Mardoqueo, no había declarado su nación ni su pueblo; porque Ester hacía lo que decía Mardoqueo, como cuando él la educaba.

Para los que conocemos la historia, si analizamos la situación, la chispa que motivó el movimiento estratégico para la liberación de los judíos se dio en las palabras persuasivas de un padre a su hija adoptiva. La solución al gran dilema estaba en manos de Ester; no obstante, ella titubeaba frente a las condiciones que tendría que enfrentar, porque su vida estaba en juego. En los versículos 10 a 17 del capítulo 4 del mismo libro, leemos lo siguiente:

10Entonces Ester dijo a Hatac que le dijese a Mardoqueo: 11Todos los siervos del rey, y el pueblo de las provincias del rey, saben que cualquier hombre o mujer que entra en el patio interior para ver al rey, sin ser llamado, una sola ley hay respecto a él: ha de morir; salvo aquel a quien el rey extendiere el cetro de oro, el cual vivirá; y yo no he sido llamada para ver al rey estos treinta días.

12Y dijeron a Mardoqueo las palabras de Ester.

13Entonces dijo Mardoqueo que respondiesen a Ester: No pienses que escaparás en la casa del rey más que cualquier otro judío. 14Porque si callas absolutamente en este tiempo, respiro y liberación vendrá de alguna otra parte para los judíos; mas tú y la casa de tu padre pereceréis. ¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?

15Y Ester dijo que respondiesen a Mardoqueo:

16Ve y reúne a todos los judíos que se hallan en Susa, y ayunad por mí, y no comáis ni bebáis en tres días, noche y día; yo también con mis doncellas ayunaré igualmente, y entonces entraré a ver al rey, aunque no sea conforme a la ley; y si perezco, que perezca. 17Entonces Mardoqueo fue, e hizo conforme a todo lo que le mandó Ester.

La sabiduría de Dios manifestada en las palabras de Mardoqueo es incuestionable. Sin duda, causaron su efecto en Ester a pesar de la distancia que los separaba. Seguramente, para ella las palabras de su padre llegaron a sus oídos con una autoridad única, característica de un hombre con

moral Divina. La posición social elevada en la cual se encontraba, con respecto a Mardoqueo, no afectó en nada su respuesta a o que él le había mandado a decir. En su mente, aunque no lo podía ver ni oír, le había registrado: “Esta es la voz de mi papá, aquel hombre recto, sabio y fiel que me crió”; por tanto, no le quedaba otra opción que atender con solicitud, no a la fuerza, pero en ese espíritu de correspondencia, porque lo respetaba, lo tenía en grande estima, y esto se había desarrollado durante sus años de crianza. Su disposición fue tal que estuvo dispuesta a morir, por el estímulo de las palabras de su amado padre.

Finalmente, Dios la respaldó, y la guió en la realización de la estrategia Divina para sacar a su pueblo airoso en medio de la situación amenazante que había despertado Amán, precisamente por la integridad de Mardoqueo.

En el tiempo en el cual vivimos necesitamos ser padres con autoridad moral, que:

- Con solo nuestra presencia logremos frenar el mal en nuestros hijos; y alentarlos a que se esfuercen a hacer el bien.
- Nuestra manera de hablarles sea tal que se sientan constreñidos no solo a escucharnos por mero respeto, pero también a obedecer para su propio bien y el de muchos.
- A través de nuestras vidas se manifiesten resultados continuos, producto del respaldo Divino, para que nuestros hijos vean que esto funciona.
- Aun en nuestra ausencia, cuando ya no podamos lidiar con ellos de cerca, el efecto de todo lo que se haya vertido en ellos durante la crianza, permanezca porque voluntariamente lo hayan querido así.

Sin embargo, nosotros mismos deberemos asegurarnos de

desarrollar esa clase de vida cuyo calibre compagine con este grado de autoridad. Una vida cuyo testimonio impregne en la mente de nuestros hijos tal certeza de rectitud, decencia y hombría que los inspire a decir: “Mi papá es un hombre de Dios”, o “mi mamá es una mujer de Dios”.

Tomando esto en cuenta, hay algunas actitudes, que al implementarlas como parte de nuestro diario vivir, trabajarán para respaldar, incrementar y validar la autoridad moral en nuestro entorno familiar, y son las siguientes:

- La vivencia continua de lo que emana de nuestros labios; especialmente lo que les enseñamos a nuestros hijos.
- La aceptación de las correcciones de nuestros hijos cuando tienen la razón.
- El espíritu de responsabilidad en sus diferentes ramificaciones.
- La veracidad de lo que les decimos.
- La aplicación de la sabiduría de Dios en nuestras vidas y en el hogar, junto con el respaldo Divino manifestado en los resultados.
- El cumplir lo que les prometemos.
- Nuestro respaldo al ministerio.
- Un espíritu honesto, la transparencia en nosotros.

La vida de un padre o una madre que reúne estas condiciones goza del respaldo Divino en la manifestación de un poder que influencia a los hijos, aun en medio de todo tipo de situaciones, por más contrarias que pudieran ser.

Procuremos, pues, desarrollar esta cualidad tan especial e importante, porque podemos lograrlo. Si nosotros lo queremos y Dios también, ¿qué nos puede impedir?

RESCATANDO Y PRESERVANDO NUESTRA JUVENTUD

El rescate y la preservación de nuestra niñez despiertan la esperanza del rescate y la preservación de nuestra juventud. Y toda esta operación es parte de la restauración de la atmósfera familiar para la producción de esa tierra de miel. Sin embargo, tanto la visión como el reconocimiento de nuestra presente realidad, juntamente con el ardiente anhelo de algo mejor, deben darse en nosotros a fin de que tanto la restauración como la producción sean nuestra nueva realidad en el presente.

Por mucho tiempo hemos estado sufriendo la triste realidad de ver a nuestros jóvenes descarriarse, especialmente cuando llegan al período de la adolescencia. Y la situación es tal que las nuevas generaciones que vienen formando nuevas familias temen ante la repetición de este fenómeno en su caso particular. Es como si la iglesia se encontrara impotente ante un gran monstruo que continuamente la oprime. Algunos jóvenes ya se han ido de la casa, otros se mantienen dentro del seno del hogar. Sea cual sea el caso, hay gran lamentación, porque así como los que se van causan situaciones afuera que afectan en gran manera al resto de la familia, los que se quedan también causan situaciones adentro. Sin embargo, al tenerlos aún en el ambiente familiar, las posibilidades de que sean salvos—o de que retornen a la salvación—son mayores, si se lidia con ellos en la sabiduría de Dios.

La Palabra nos enseña en el libro de Proverbios 22:6:

Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él.

Para llegar a la vejez sin apartarse del camino se debe pasar primero por la etapa de la juventud. Esto quiere decir que sí es posible, y en efecto, es la voluntad del Señor que nuestros hijos inicien en su niñez con la salvación, y se mantengan durante toda su adolescencia y juventud, no solo hasta ser adultos, pero aun hasta la vejez. Nosotros podemos go-

zar de la inmensa bendición de partir de esta vida, no solo viendo a nuestros hijos salvos, pero también con la seguridad de que se mantendrán hasta el fin, y verlos en la eternidad con Dios. Sin embargo, el cumplimiento de esta Divina promesa se logrará en la medida que lidiemos no solo con ellos, pero también con nosotros mismos—si la situación lo amerita—en la sabiduría de Dios.

Muchas veces, si bien no siempre, el descarrío de los jóvenes se debe a fallas por parte de los padres en aplicar **toda** la sabiduría Divina **continuamente**. Lo que pasa es que la implementación de la sabiduría de Dios no siempre es fácil; con cierta frecuencia implica una demanda que muchos no están dispuestos a ejercer. Aparte de esto, debido a que hemos sido afectados por las diferentes corrientes de conceptos erróneos provenientes de la influencia del mundo, con frecuencia se nos torna difícil captar los conceptos Divinos. Esta condición podría llevarnos al punto de hasta considerar algunas instrucciones Divinas como muy extremistas, porque no percibimos su efectividad; no nos registra que tales instrucciones nos llevarán a los resultados que nosotros mismos anhelamos; ni vemos las futuras lamentaciones que nos sobrevendrán a consecuencia de las presentes acciones que aprobamos. Pero si podemos lograr que registre en nosotros que la única manera de lograr los resultados es mediante la aplicación de la sabiduría de Dios, esto nos ayudará a esforzarnos por entender lo que no vemos y aplicarlo por mucho que demande; si realmente lo queremos.

En algunos casos la producción de la tierra de miel en el hogar tendrá su inicio justamente con la unión de la pareja; en otros implicará primeramente la restauración de la atmósfera familiar: en otras palabras, recobrar primero lo que se ha perdido al paso de los años, o aun el obtener lo que nunca se tuvo. Sea cual sea el caso, he aquí en el diagrama de la página 143 una herramienta que consideramos efectiva para ayudar a:

1. Producir los resultados desde el inicio en los nuevos matrimonios.
2. Llegar a la raíz de problemas en los matrimonios con hijos adolescentes aún no salvos.

Ahora, no estamos implicando con esto que el diagrama es **la herramienta** para tratar con todos los problemas habidos y por haber en la crianza, porque hay casos que por su naturaleza se necesita tratar de una manera diferente. Sin embargo, su aplicación en términos generales es útil, como punto de partida, para lidiar con muchas situaciones que luego se han de tratar caso por caso.

MENTALIDADES QUE DETERMINAN LA ATMÓSFERA FAMILIAR

Este es el título del diagrama (pág. 143). Todo ser humano actúa en función de su mentalidad, o de acuerdo con los criterios que gobiernan su mente. De igual manera se da en la familia, cada padre como cabeza de su hogar lleva las riendas conforme a su mentalidad, y asimismo se da el producto que eventualmente justificará o no la sabiduría en esa mentalidad. El Señor nos enseña en Mateo 11:19:

...la sabiduría es justificada por sus hijos.

Y lo que Cristo nos está enseñando es que los resultados que se logran en aquellos que aplican la sabiduría Divina evidencian o prueban su efectividad, o sea, la efectividad de la sabiduría de Dios. Este concepto es aplicable en todos los aspectos de nuestras vidas, y en particular en la crianza—en toda su trayectoria—que es lo que estamos considerando. Si nosotros, como descendientes de la sabiduría de Dios, la aplicamos en todo el trayecto al lidiar con nuestros hijos, los resultados eventualmente la justificarán. Tal vez al principio su ejecución aparente no tener sentido y sea objeto de críticas y reacciones por parte de aquellos que “no lo ven”, aun dentro del pueblo de Dios; pero si nos mante-

nemos con la convicción de la voz del Señor a cada paso, a su tiempo asignado el producto se manifestará, y producirá su efecto justificador para beneficio nuestro, entendimiento de muchos y gloria de Dios.

La idea es que como padres, unánimes (el padre y la madre con la misma mente) logremos mantener **EL BALANCE REAL**—el punto amarillo en el diagrama—en la crianza de los hijos, que es la mentalidad sabia, correcta, cónsona con la mente de Dios.

Ahora, definitivamente ese **BALANCE REAL** debe ser el punto de partida, o sea, la crianza se debe iniciar con esa mentalidad ya impregnada en los padres; y esto resultará ventajoso siendo los hijos pequeños y dóciles. Sin embargo, en los casos donde los hijos ya han llegado a la adolescencia, el provecho de este diagrama se verá en el entendimiento de la raíz del problema.

Al hacer mención del **BALANCE REAL**, lo estamos considerando en relación con los dos posibles extremos a los cuales se tiende en el ambiente del hogar, como lo vemos en el diagrama: ¹⁾ **EL EXTREMO DE LA RIGIDEZ** y ²⁾ **EL EXTREMO DE LA FLEXIBILIDAD**. Cuando este **BALANCE REAL** se logra y se mantiene, se produce uno de estos dos posibles resultados, en el cuadro amarillo, en la parte superior:

1. Hijos salvos —el producto ideal que todos anhelamos; o
2. Hijos con lo básico como lo característico en ellos (vuelva a las págs. 54-75), y por tanto, con altas posibilidades de ser salvos.

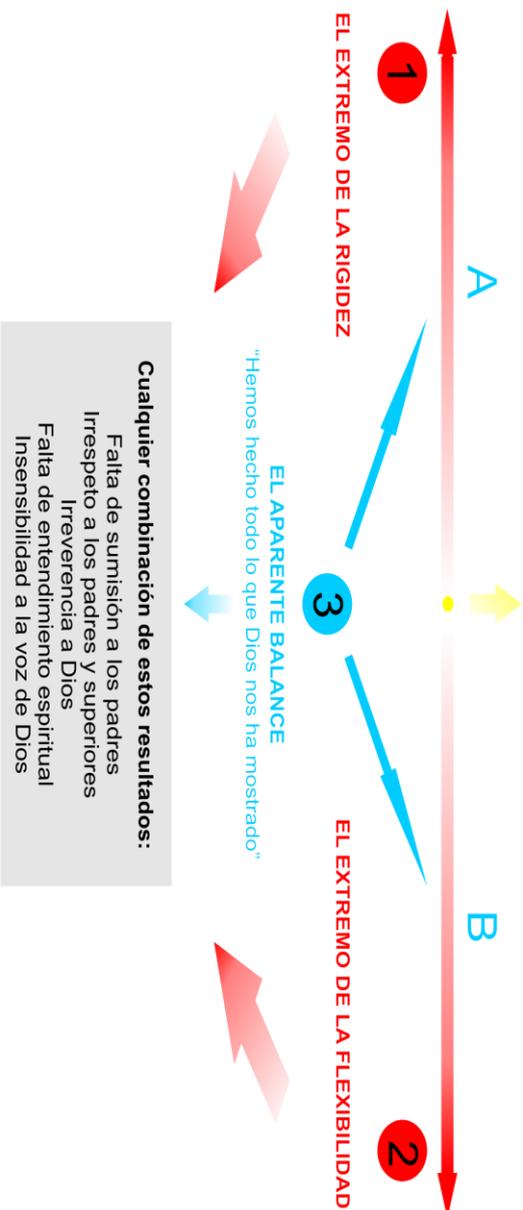
En relación con estas dos posibilidades, deseo recalcar que la idea es que empujemos al máximo para el logro de la primera posibilidad. Esta es la voluntad de Dios para toda familia. Sin embargo, de no ser así—porque podría darse el caso, como ya lo mencionamos—la segunda posibilidad,

MENTALIDADES QUE DETERMINAN LA ATMÓSFERA FAMILIAR

EL BALANCE REAL

Uno de estos dos posibles resultados:

1. Salvación
2. Lo básico como lo característico con altas posibilidades de salvación.



sería la realidad, habiendo nosotros llegado tan lejos como hemos podido, habiendo hecho **lo mejor** en la sabiduría de Dios. Ya en este caso podemos descansar con la seguridad de haber hecho nuestra parte conforme a las directrices del Señor. Por otro lado, esto no implica que nuestra labor haya cesado. Nos toca seguir lidiando con ellos, bregando en oración según lo establecido por Dios en el hogar mientras se mantengan bajo nuestro techo. El peso por la salvación de nuestros hijos debe ser de tal magnitud, que en ningún momento descansemos hasta ver no solo la realidad de su salvación, pero aun su establecimiento para su permanencia eterna con el Señor.

Como se mencionó, uno de los extremos a los cuales tiende la mentalidad es **EL EXTREMO DE LA RIGIDEZ**, como se observa en el punto **1** del diagrama. El celo—ya sea paternal o maternal—por lograr y mantener la salvación en nuestros hijos podría llevarnos a ese extremo. La idea no es la de forjar la salvación en nuestros hijos mediante una vida disciplinada con una serie de mandamientos y prohibiciones, como quien trata de meter el asunto entre cejas. Es a raíz de esto que muchos jóvenes, al llegar a cierta edad, se van de la casa en busca de libertad, huyendo de la cárcel en la cual vivieron bajo la rígida mentalidad de sus padres, o de uno de ellos. No estamos diciendo con esto que el celo de los padres sea malo; sin embargo, ese celo debe ir acondicionado por la sabiduría de Dios, que nos enseña a criar a nuestros hijos de tal manera que anhelan profundamente esa relación con Cristo.

Por otro lado, **EL EXTREMO DE LA FLEXIBILIDAD**, como lo vemos en el punto **2** del diagrama, tampoco es bueno. Hay quienes crían a sus hijos concediéndoles prácticamente toda la libertad que desean, lo cual les da riendas sueltas para lo que más tarde repercutirá en lamentaciones y sufrimientos. Esa mentalidad lleva a un extenso letargo en la aplicación de la vara de la corrección—por cualquier forma que sea—y generalmente se opta por la línea de hablar, y

hablar, y hablar; a pesar del aumento del efecto de la necesidad en el muchacho. Algo parecido a lo que sucedió con el sacerdote Elí con sus hijos.

Sin embargo, estos dos extremos no son las únicas mentalidades de las cuales necesitamos cuidarnos; hay que tener mucho cuidado con la mentalidad del **BALANCE APARENTE**, que comprende 2 porciones del diagrama:

1. La porción **A**, que se encuentra entre **EL EXTREMO DE LA RIGIDEZ** y **EL BALANCE REAL**; y
2. La porción **B**, que se encuentra entre **EL EXTREMO DE LA FLEXIBILIDAD** y **EL BALANCE REAL**.

Esta es la más crítica de las 3 mentalidades, porque a pesar de no tender hacia los 2 extremos mencionados, tampoco tiende hacia el centro, **EL BALANCE REAL**. Estamos hablando de una condición que se deriva del espíritu de la tibieza, que es muy particular del tiempo en el cual vivimos. La Palabra nos enseña en el libro de Apocalipsis 3:14-16, lo que el Señor le dice a Su iglesia en este tiempo:

14Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto:

15Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! 16Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.

Ahora, ¿a qué me estoy refiriendo? Por ejemplo, si consideramos la porción **A** del diagrama, viendo **EL EXTREMO DE LA RIGIDEZ** como la condición fría y **EL BALANCE REAL** como la condición caliente, podemos entonces ver esta porción **A** como la transición entre ambos estados, o sea, la tibieza. Y lo mismo es aplicable a la porción **B**, como la transición entre la condición fría y la caliente, que en este caso serían **EL EXTREMO DE LA FLEXIBILIDAD** y **EL BALANCE REAL**, respectivamente. Y esta es precisamente la realidad de nuestro tiempo.

Dios ha denominado este tiempo como Laodicea, no porque así lo quiso, sino por la condición espiritual de su iglesia. Y

La iglesia de Dios está tibia porque las familias, en términos generales, están tibias

es necesario que entendamos que la iglesia se encuentra en un estado tibio a consecuencia del estado de la suma de los miembros que la componen; y si nos adentramos un poco más, pasando por el embudo espiritual de Dios, esto nos lleva a las familias. En otras palabras, la iglesia está tibia porque las familias, en términos generales, están tibias.

Es aquí donde gran parte de los que componemos el pueblo de Dios caemos, porque las enseñanzas que recibimos nos mantienen lejos de los extremos **1** y **2** del diagrama. Es más, realmente lo que Dios derrama a través del púlpito en Su infinita sabiduría nos debería mantener en el **BALANCE REAL**. Sin embargo, como es característico de este tiempo, ocurre exactamente lo que el Señor nos dice en el versículo 17 de la misma porción:

Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad...

Los padres tienden a pensar que están bien—quizás porque están salvos en la Verdad—que tienen suficiente madurez para manejar las cosas a su manera, según **sus propios criterios**, conforme a su sabiduría; y no se ciñen a las instrucciones ministeriales plena y consistentemente. Por otro lado, alegan que “no lo ven”, no entienden lo que el ministerio les instruye, implicando con esto no solo la falta de entendimiento pero también, en muchos casos, la indisposición de entender y realizar las acciones necesarias que demanda el entendimiento. Es por eso, en parte, que la ceguera espiritual—si bien no es total—característica también de la tibieza, ha afectado a muchos, llevándolos a un

estado en el cual cada quien hace lo que bien le parece. Esto crea un ambiente ambiguo en los hogares cristianos, porque algunas cosas se hacen bien y otras no; algunas cosas se conforman a la sabiduría de Dios y otras no; algunas instrucciones ministeriales son implementadas y otras no; y esto se da, ya sea en ignorancia (ceguera) o deliberadamente (indisposición). Esto es el equivalente de una atmósfera tibia, en otras palabras, turbio, indeterminado, vacilante, impreciso, dudoso. Esta condición frustra la manifestación de resultados definidos, cónsonos con la mente de Dios, que es **EL BALANCE REAL**. Al fin y al cabo y sorprendentemente, como lo vemos en el diagrama, las consecuencias del **BALANCE APARENTE** son básicamente las mismas que las del **EXTREMO DE LA RIGIDEZ** y las del **EXTREMO DE LA FLEXIBILIDAD**, y a veces aun peores. Viéndolo desde el punto de vista de la sabiduría Divina, como lo mencioné al principio de este libro, lo que pasa es que cuando no se obedece a la sabiduría de Dios—que equivale a no obedecer a Dios mismo—el asunto no funciona. Es como tratar de operar un aparato sin seguir las instrucciones de operación. Hay una ley (en este caso una sabiduría humana) en el manual de instrucciones que rige el funcionamiento del aparato. De ser ignorada esta ley, nunca se logrará la operación correcta del aparato. Podremos tratar de hacerlo a nuestra manera, pero no funcionará, y hasta podríamos correr el riesgo de dañarlo. De la misma forma, Dios ha plasmado en Su Palabra, en Su manual de instrucciones, Su sabiduría, la Ley que rige la vida del ser humano; y sólo cuando nos ciñamos a ella plenamente, las cosas funcionarán.

SOLUCIÓN DIVINA

(Del aposento alto en el hogar al Pentecostés familiar)

La iglesia de Dios tuvo un inicio glorioso el día de Pentecostés. Pero esa gloria tuvo que ser precedida por 10 días de profunda oración, reflexión, cambio de mentalidades y actitudes, purificación interna, toma de serias decisiones y determinaciones, reajustes y correcciones tanto personales como en conjunto; en el aposento alto. Esto nos enseña que no puede haber gloria sin que antes se lleve a cabo la preparación necesaria. De la misma manera, no se puede producir la tierra de miel sin que antes se logre la restauración de la atmósfera familiar.

Como ya sabemos, existe una infinidad de casos de hogares en donde urge el rescate de hijos jóvenes y la preservación de su salvación en términos permanentes. Y los casos son

tan diversos que no podríamos cubrirlos todos en este libro, aparte de que

tampoco es la intención en esta sección.

Cada caso ameritaría una atención particular que dependería de las condiciones—tanto en el pasado como en el presente—en cada familia. No obstante, sea cual sea el caso, perseguimos el objetivo

de tocar algunos puntos que consideramos necesarios para toda situación, como parte de la solución Divina, que de ser implementados durante el proceso de la restauración familiar contribuirán a las soluciones que todos anhelamos.

Si como punto de arranque logramos definir en cuál de las 4 mentalidades nos encontramos en función de los resultados presentes, según el diagrama (pág. 143), habremos cubierto un porcentaje considerable del problema. Por lo menos lo suficiente para ir descartando otras posibilidades con el fin de llegar al fondo del asunto. Ahora, partiendo de



No se puede producir la tierra de miel sin que antes se logre la restauración de la atmósfera familiar.

Si como punto de arranque logramos definir en cuál de las 4 mentalidades nos encontramos en función de los resultados presentes, según el diagrama (pág. 143), habremos cubierto un porcentaje considerable del problema. Por lo menos lo suficiente para ir descartando otras posibilidades con el fin de llegar al fondo del asunto. Ahora, partiendo de

aquí:

Si descubrimos que durante la crianza hemos adoptado y mantenido **EL BALANCE REAL**:

- Entonces **la consistencia** en la oración y la acción será para nosotros la estrategia clave para el logro de la salvación de nuestros hijos. Cuando hacemos consistentemente todo lo que Dios ha mostrado, hay un respaldo que juntamente con la oración mueve la mano de Dios a nuestro favor en beneficio de nuestros hijos. Ciertamente no podemos tocar la voluntad de ellos, pero sí podemos interceder para que la influencia Divina en ellos aumente con tal poder, que eventualmente sean constreñidos por el amor de Dios a un arrepentimiento definitivo. Por tanto, mantengamos el nivel en el hogar, no descendamos por nada; aunque pareciera que nada estuviese ocurriendo no soltemos. Sigamos, porque como lo vemos en Eclesiastés 11:5:

Como tú no sabes cuál es el camino del viento, o cómo crecen los huesos en el vientre de la mujer encinta, así ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas.

El hijo pródigo se fue, **¡pero regresó!**, y en su retorno encontró al mismo padre que había dejado, quien se mantuvo inmutable a pesar de la actitud de su hijo. Así es, mantuvo el nivel en casa, mantuvo las cosas conforme a la mente de Dios. Si mantenemos lo establecido por Dios en el hogar, el ambiente apropiado se producirá, y a nuestros hijos—tanto los que se quedan como los que se van—les registrará que no encontrarán mejor lugar que en casa. Estas son las acciones que le servirán a Dios como instrumento con qué trabajar para la salvación de ellos: ¡Consistencia! ¡Consistencia! ¡Consistencia!

Si descubrimos que durante la crianza hemos adoptado y mantenido EL EXTREMO DE LA RIGIDEZ, o EL EXTREMO DE LA FLEXIBILIDAD o EL BALANCE APARENTE:

- Primeramente, el reconocimiento será necesario. Es imposible colaborar con Dios para los cambios sin el reconocimiento debido de las fallas dadas durante el tiempo de la crianza. Ahora, después de algunos años transcurridos no es fácil asumir esta actitud; pero si deliberadamente se adopta—habiendo tenido un claro entendimiento—se crearán las condiciones para que el arrepentimiento caiga de su peso, abriendo la trocha para el camino hacia la restauración. Esta es la condición en la cual se da la apertura para aceptar toda la ayuda necesaria en vías hacia la solución.
- Después de lo mencionado, conviene considerar lo que la Palabra nos enseña en Efesios 4:22-24--un concepto sumamente importante para la efectividad de la restauración:

En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.

Si bien esta porción hace referencia al cambio de la naturaleza carnal a la naturaleza Divina, el concepto es aplicable al cambio de patrones en la vida del ser humano. Nos estamos refiriendo a cambios de un viejo patrón a uno nuevo. Y en relación con esto es necesario tomar muy en cuenta que **nunca se podrá desechar el viejo patrón y adoptar el nuevo sin la renovación de la mente.** Este es el punto de inicio: la mente, que es la base de opera-

ciones del resto del cuerpo. Recordemos que el hogar funciona conforme a la mentalidad de la cabeza. Por tanto, si se van a dar los cambios, la mente debe cambiar primero. Esto requiere de momentos de reflexión, serias consideraciones, quizás de hacer algunas consultas, hacer memoria, y mucha oración; y todo esto demanda una cantidad considerable de tiempo, concentración y diligencia. Estamos hablando de un estado meditabundo, que tiene que ver con meditar o pensar en silencio con el Señor, hasta que registre y se acepte lo nuevo, lo cual desplazará lo viejo.

- La seguridad de la unidad total—entre papá y mamá—será un aspecto vital a considerar. Como se mencionó, el que ambos posean la misma mente, el mismo acuerdo, unánimes en el mismo espíritu, es imprescindible. Hay un sentido de respaldo y seguridad cuando impera el mismo sentir. La carga se torna más liviana y se produce un descanso, aun a pesar de que las situaciones se tornen borrascosas.
- Otro paso importante será **el retorno al ministerio** para recibir las direcciones necesarias conducentes a la solución. Generalmente, la obra de restauración implica un trabajo en conjunto con el ministerio. Nos estamos refiriendo, por ejemplo, a consultas ministeriales, a compartir con el ministerio toda la información **necesaria** para una visión clara del panorama, acudir por ayuda, especialmente cuando ya por cierto tiempo no se están logrando los resultados, o cuando se ignora cómo manejar la situación. Conjuntamente con esto, será necesaria la disposición de seguir todas las instrucciones dadas por el ministerio si realmente se quiere llegar a la solución del problema. Ahora, esto implicará que haya la confianza necesaria en el ministerio durante el proceso de la restauración. Es sumamente vital que no

haya más de ese sentir de: “Él no sabe lo que estoy atravesando, porque no tiene una esposa, o no tiene hijos, etc.”. Independientemente del estado conyugal, Dios capacita a todo aquel que llama para satisfacer a través de Su unguido las necesidades de la grey. Es probable que no tenga la experiencia; sin embargo, posee la unción, que es mayor.

- La ejecución de las acciones necesarias para la restauración podría implicar reuniones familiares en las cuales:
 - Se deba pedir perdón a la familia por no haber procedido debidamente en la crianza. Por ejemplo, por haber permitido en los hijos ciertas prácticas que desagradaban a Dios, o por no haberlos frenado cuando paulatinamente se iban desviando hacia el mal, o por haberlos provocado, etc.
 - Se vuelva a establecer el nivel según Dios, independientemente de las reacciones de los hijos. Una fase clave dentro de este aspecto del proceso será, como se mencionó, el logro del mismo sentir entre los padres antes de trabajar la situación con los hijos, especialmente si son mayores de edad viviendo aún dentro del seno del hogar. Además, se necesitará la preparación debida para encarar y manejar las reacciones con la gracia y sabiduría Divinas. Después de 15 ó 20 años viviendo bajo criterios erróneos, los cambios demandan en gran manera, pero no son imposibles. Por otro lado y a manera de aliento, hay hijos que retornarán cuando las cosas en el hogar vuelvan al nivel establecido por Dios. Muchas veces la rebeldía en ellos es más bien una protesta por la inconsistencia, debilidad o des-

obediencia de los padres en relación con lo que sale del púlpito. Ellos no están ciegos ante las cosas que se dan en el Reino; escuchan los mismos mensajes, asisten a los mismos estudios Bíblicos y perciben lo que sale de los cultos de oración. Por tanto, no son ignorantes; y debido a su visión espiritual esperan que ciertas cosas se cristalicen, y juzgan cuando no se lleva a cabo lo que en el culto se establece para el hogar.

Cabe destacar que pudiera ser que se amerite realizar estas acciones—del restablecimiento del nivel—ya sea que los hijos estén aún viviendo con los padres o no, dependiendo de la naturaleza de la situación.

Añadiendo a esto de la restauración, hay una frase que muchas veces se usa, especialmente por parte de los padres cuando lidian con sus hijos, y es la siguiente: “Ya le hemos hablado infinidad de veces, y sigue con lo mismo”. En estos casos, conviene preguntar: ¿Qué es lo que se le ha dicho infinidad de veces? Y ¿cómo se le ha dicho? A veces la clave de la solución no radica en la consistencia nada más, pero también en el espíritu con el cual se repiten las cosas, juntamente con la manera de hacerlo. Hay muchas formas de decir lo mismo; diversidad de maneras de transmitir el mismo mensaje o ejecutar la misma corrección, no solo verbalmente, pero también en acciones; y esto ha resultado ser efectivo al trabajar con los hijos.

CAMBIOS A PLAZO FIJO

Como parte del proceso de restauración, algo que contribuye grandemente al logro de los resultados es la estrategia del cambio a plazo fijo; o sea, la determinación de un lapso de tiempo en el cual se han de llevar a cabo los cambios. Hay quienes alegan que esto es difícil; que no se puede determinar el tiempo en el cual los cambios serán una reali-

dad. Sin embargo, cuando las personas ingresan al ejército, son sometidas a un entrenamiento riguroso de transformación física y mental dentro de un período definido, porque se espera que ya para cierto tiempo debe haberse dado la preparación necesaria para enfrentar la guerra. Estamos hablando de ese cambio de mentalidad de una persona civil a la mente de un militar; y el cambio en las condiciones físicas de un estado bajo circunstancias comunes relacionadas con la vida cotidiana a un estado de vigor para soportar el rigor que demanda la guerra. Estos tipos de entrenamiento no son indefinidos; han sido diseñados para llevarse a cabo dentro de un tiempo determinado. Lo mismo podríamos decir de aquellos que cambian su régimen de vida, ya sea

para lograr lo que consideran un mejor *status* social, o por orden médica—dieta, cambio de ambiente—para la sanidad de algún mal físico; todo esto demanda cambios de costumbres, hábitos y hasta maneras de pensar. El hombre tiene la capacidad de ajustarse o adaptarse conforme a las demandas de la vida y sus deseos; y lo logra en función de sus intereses o profundos anhelos de aquellas cosas que tiene en grande estima. Tomando en cuenta estas cosas, ¿no podríamos aplicar lo mismo en términos de la restauración de nuestros hogares, que es mucho más importante?

El hombre tiene la capacidad de re-adaptarse dentro de un período dado, conforme a las demandas de la vida y sus deseos.

Esta disposición de cambiar dentro de un plazo fijo es lo que muchas veces determina cuán en serio procuramos nuestra restauración. Cuando establecemos un tiempo, estamos fijando una meta, y eso despierta la aceptación de un reto que nos mantiene conscientes de los cambios que nos hemos propuesto hacer, e inspira al empuje para apretar el paso a medida que se acerca el día tope. Esto nos ayuda a no quedarnos “cambiando” indefinidamente, li-

diando con lo mismo mes tras mes como quien avanza con una eterna lentitud.

Dios le dijo al pueblo de Israel en Isaías 28:24:

El que ara para sembrar, ¿arará todo el día?...

Esto nos muestra que Él también tiene Su calendario, en otras palabras, Dios no espera que el individuo tome todo el tiempo del mundo para producir los cambios, o para cumplir sus propósitos. La historia en su Palabra nos enseña que el pueblo de Israel retrasó el calendario Divino por 40 años, cuando rehusó penetrar la tierra de Canaán en el tiempo que Dios les había mandado. Y asimismo podríamos mencionar varios acontecimientos que Dios, en el cumplimiento de los tiempos, realizó.

Ahora, la idea es definir, juntamente con Dios en oración, conforme a nuestra realidad, un tiempo en el cual creemos



que el cambio, el reajuste o la implementación de ese nuevo hábito debe cristalizarse. Podría ser en 2 semanas, un mes,

el tiempo que consideramos suficiente para trabajar el asunto. Y una vez que arrancamos, ir en pos de aquello, pero no para sencillamente cumplir con el tiempo, sino para verdaderamente cambiar, como quien le imprime todas las energías para lograrlo.

Una vez logrado el cambio, no tendría sentido dormirnos sobre nuestros laureles; la sabiduría nos insta a mantener el régimen hasta que se constituya en lo natural en nosotros. Es implícita la ejecución de la disciplina necesaria en este proceso, sin la cual no se darían los resultados deseados. Esta estrategia, con la dependencia del Espíritu, garantiza los resultados. Aun si los cambios no se logran dentro del tiempo estipulado, el progreso sería mayor que si no se hubiese establecido un tiempo. Por tanto, no hay por qué temer, ya que de todas maneras hay una ventaja en la aplicación de esta estrategia.

Esto no es solo aplicable al hogar, pero también a cualquier aspecto de nuestras vidas donde se necesita producir los cambios.

Ahora, cabe destacar que la honestidad con nosotros mismos y con Dios desempeñarán un papel importante, ya que podríamos engañarnos a nosotros mismos si realmente no vamos en serio.

Al hacer mención de esto no se implica que todos lo deban implementar, ya que hay quienes logran los cambios sin la necesidad de establecer un plazo fijo. Por otro lado, para los que necesitamos una ayuda, es una estrategia efectiva que nos lleva con paso seguro a la victoria en la restauración.

EL TIEMPO APREMIA

De tiempo en tiempo, se escuchan ciertos comentarios que perduran. Y pareciera ser que nunca cesarán de emanar, especialmente de labios paternos, porque las experiencias que motivan a esos comentarios tampoco cesan. Nos estamos refiriendo a esas expresiones en aquellos momentos que marcan los peldaños de la vida que escalan los hijos, cuando los padres dicen: “Cómo corren los años, pareciera que apenas había nacido ayer...” Lo oímos muy a menudo en graduaciones y matrimonios. Y ¿sabe?, en verdad el tiempo corre. Pareciera que de repente, en un abrir y cerrar de ojos, sin darnos cuenta, las cosas ocurrieran. Es un tanto inexplicable, porque los minutos y segundos siguen siendo los mismos. Sin embargo, con frecuencia, de todas maneras somos sorprendidos en ciertos instantes mientras transcurren los años. Esto debe despertarnos a algo muy importante en relación con nuestros hijos.



Jesucristo dijo lo siguiente en Juan 9:4:

Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar.

La mención de esto nos revela cuán consciente estaba el Señor de la limitación del tiempo para llevar a cabo su obra. La Palabra nos muestra en Apocalipsis 12:12:

...porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo.

¿Sabía usted que el mismo tiempo que le queda al maligno para llevar a cabo su obra maligna es el mismo que le queda a la iglesia para frustrarla y sobreponerse, y así culminar su

tarea con gloria? Es más, si analizamos las cosas viendo a la iglesia, ya no en forma global, sino en términos de familias, concentrándonos en nosotros mismos, específicamente nuestro caso en particular; nos daremos cuenta de que el tiempo que nos queda es aún más corto. Por lo menos, las posibilidades de que sea así son altas, pues es probable que no permanezcamos en este mundo hasta la venida del Señor. La verdad es que ni siquiera tenemos certeza del día de mañana. Jesús decía que la noche venía cuando nadie podría trabajar, no refiriéndose necesariamente a la noche física, pero más bien a condiciones que le sobrevienen al ser humano que le privan de la libertad de esa actividad necesaria para la obra del Señor. En el caso de Jesús, una vez arrestado, ya no disponía ni del tiempo ni de las condiciones para ejercer esa ministración a la nación de Israel. Era el momento del sacrificio. En nuestro caso podrían ser enfermedades, o sencillamente condiciones físicas que nos sobrevengan a consecuencia del avance de la edad, o circunstancias inesperadas que cambien repentinamente nuestro régimen de vida en forma permanente. Hay un sinnúmero de posibles situaciones de las cuales no necesariamente seremos librados, que influirán en nosotros, tendientes a tornar nuestro día en noche, y asimismo acortar nuestro tiempo de vida.

No olvidemos que, físicamente hablando, mientras nuestros hijos crecen, nosotros menguamos;

mientras sus energías van en aumento, las nuestras se aproximan a esa curva de transición

hacia el descenso. Al paso del tiempo, sus cuerpos se fortalecen, mientras que los nuestros se debilitan.

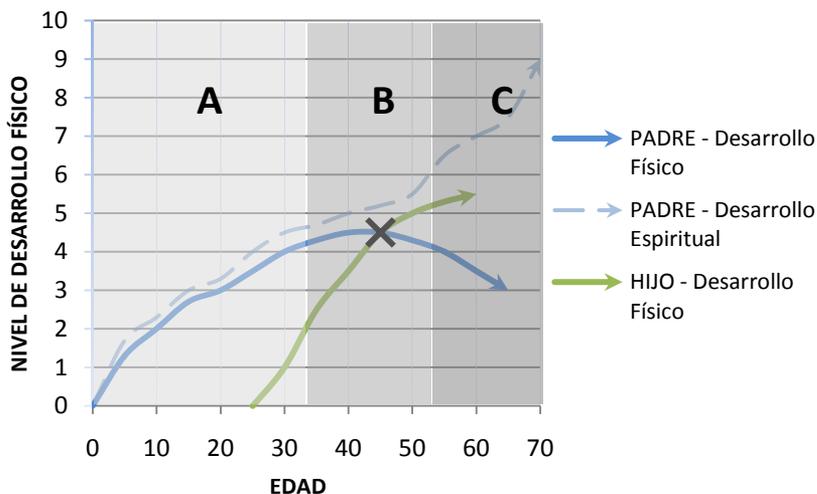
Observe, por ejemplo, en la página 157 la siguiente gráfica del desarrollo físico de un padre en comparación con el de su hijo. Este es un caso

hipotético que para efectos prácticos es aplicable a todos los padres en términos generales. En el eje horizontal tenemos la “EDAD” y en el eje vertical el

Físicamente hablando, mientras nuestros hijos crecen, nosotros menguamos.

“NIVEL DE DESARROLLO FÍSICO”, que he definido en una escala del 1 al 10, solo para efectos de entendimiento. La curva azul representa el desarrollo físico del padre; la celeste que está entrecortada representa su desarrollo

Comparación del Desarrollo Físico Entre el Padre y el Hijo



espiritual; y la verde representa el desarrollo físico del hijo. Como seres vivientes, existen, a mi criterio, 3 periodos en nuestro tiempo de vida, considerando una trayectoria normal desde el nacimiento hasta la vejez, excluyendo aquellos factores tendientes a acortar la vida. Tenemos, por ejemplo, en el siguiente caso en relación con el padre:

1. El período de aumento (área A)
2. El período de transición (área B)
3. El período de descenso. (área C)

Dependiendo del régimen de trabajo al cual se haya sometido en sus movimientos cotidianos durante los años de continua actividad, esa parte de transición de la curva, en el área B, oscila en cada individuo. En este caso, la transición se da entre los 30 y 55 años. Ahora, digamos que este padre tuvo su primer hijo a los 25 años. A los 45 años de edad de este padre, atravesando su período de transición, su hijo,

va por los 20 años, aún en su período de aumento. Ahora, hay un tiempo cuando ambos poseen básicamente el mismo nivel de desarrollo físico; me refiero a que tanto el padre como el hijo tienen la misma fuerza, físicamente hablando. Este es el punto “X” de la gráfica. ¿Sabe usted lo que esto significa? ¿Especialmente en un hijo que tiende a ser rebelde? ¿Y aun más, cuando transcurren los años? Esta es la razón por la cual necesitamos dominar nuestro “toro”—

en el desarrollo de una relación armónica y en sujeción—antes que él intente dominarnos, haciendo uso de sus fuerzas físicas. Muchos son los padres que temen a sus hijos; viven privados del control sobre ellos porque les han permitido usurpar su posición de cabeza. Durante el trayecto de la crianza, necesitaremos estar conscientes de que llegarán los días

Llegarán los días cuando nuestra voz, respaldada por nuestra vida, será el único medio para someter y guiar a nuestros hijos.

cuando nuestra voz, respaldada por nuestra vida, será nuestro único medio para someter y guiar a nuestros hijos, lejos de encontrarnos en un intercambio de golpes para definir quién es el que manda. ¡Dios libre!

Ahora, si consideramos la curva de desarrollo espiritual del padre, notaremos una realidad operando a su favor, que también debe ser la nuestra. Vemos aquí lo que la Palabra nos enseña en 2 Corintios 4:16, que nos dice:

Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día.

En la medida que esta experiencia se vive en su mayor amplitud, servirá para producir la influencia necesaria sobre los hijos. A pesar de su tamaño, altura o fuerza física, ejercerán el respeto y la obediencia.



Es aquí donde la producción de lo básico, el desarrollo de la misma mente, la autoridad moral, la mentalidad correcta y otros aspectos mencionados cobran mayor valor en la crianza. Ciertamente, las situaciones se evi-

tarán, si atendemos las cosas enseñadas hasta aquí con suma anticipación.

Amado, no tenemos todo el tiempo del mundo para producir la tierra de miel; no dispondremos siempre de las condiciones favorables para restaurar la atmósfera de nuestro hogar. Por tanto, hagamos todo lo que tenemos que hacer en este, nuestro tiempo, mientras tengamos la libertad para aquello.

Breguemos todo cuanto podamos ahora que disponemos de las energías para hacerlo. Vuelvo a recalcar, procuremos moldearlos desde ahora conforme a la sabiduría de Dios, de tal forma que en el futuro la influencia de nuestra voz, respaldada por nuestra vida, sea lo suficientemente poderosa para mantener la autoridad paternal sobre ellos. No estamos hablando de un predominio forzado sobre ellos, pero más bien del desarrollo de esa relación especial, de la cual florecen el respeto, la obediencia y la veneración como producto del profundo amor entre padres e hijos.

Sí, querido lector, el tiempo apremia, y la cosecha se acerca. Y ésta—la cosecha—siempre es mucho más abundante que la siembra. Asegurémonos, pues, de sembrar para el Espíritu, haciendo buen uso del tiempo que nos queda.

No permitamos que el tiempo transcurra con situaciones acumuladas; esforcémonos por lidiarlas de una vez, manteniendo el campamento limpio. Dejar que el tiempo se en-

cargue sólo va a servir para producir la atmósfera con las condiciones ideales para una inminente explosión, difícil entonces de manejar.

No perdamos el tiempo entregándonos a cosas secundarias, vanas y efímeras; procuremos establecer y mantener el orden correcto de las prioridades y procedamos cónsonos con aquello. Recuerde que al mismo tiempo que se pierde, el enemigo le está dando todo el uso necesario para cristalizar sus planes malignos en contra de nosotros como familia.

Finalmente, a pesar de lo arduo del trabajo en la familia en el corto lapso de tiempo, podemos lograrlo, porque el mismo que la instituyó es Aquel que dijo:

No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia.

Isaías 41:10

Y el mismo que:

...hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres...

Malaquías 4:6

Epílogo

Deseo, a manera de conclusión, manifestar que todo lo que está plasmado en este pequeño volumen es el resultado de lo que he aprendido de nuestros pastores y ministros, juntamente con la experiencia que el Señor me ha permitido tener con la familia que me ha dado.

Al paso de los años, Dios me ha permitido ver muchas cosas—dentro y fuera de su pueblo—que me han llevado a momentos de reflexión, análisis y evaluación; examinándolo todo para luego retener lo bueno.

De aquí, lo que he procurado transmitir, no solo a la iglesia, pero a todo lector, es sencillamente una recopilación que considero valiosa por los resultados que ha producido en mi hogar y en los de otros. Y habiendo hecho mi parte al ofrecer lo que he recibido, confío en que Dios hará el resto.

A todo esto, deseo manifestar con suma claridad, que en la presentación de estos escritos no estoy implicando en ninguna manera que lo hemos logrado plenamente como familia. Ciertamente nos falta mucho, razón por la cual el sentir, el espíritu, el empuje de lo que está plasmado no es “produzcan”, más bien es “produzcamos”.

Por tanto, hagamos lo mejor en todo lo que Dios nos ha mostrado, y Él nos respaldará; así es, Él nos ayudará a producir los resultados conforme a nuestra realidad en particular.

Sí, esa es mi confianza, que Él hará el resto, para que cuantas familias necesitadas que puedan ser alcanzadas alrededor del mundo, sean restauradas, y más seamos los que para la gloria de Dios y el bien de la humanidad:

Produzcamos la Tierra de Miel”.

Nada Como La Cruz

*Nada como la cruz, nada como la cruz
Del amor la evidencia es, del deleite la luz;*

Nada como la cruz, nada como la cruz;

Para juntos permanecer en Jesús

Nada como la cruz.

Donde impera el amor, junto va el sacrificio,

En busca de lo mejor para el ser

Quien está unido a ti hoy mismo,

La posesión del Divino amor

Inspira a negarse a sí mismo,

Maridos y esposas su constante cruz

Vence cualquier abismo.

Acerca del Autor

Gary Tomlinson es actualmente ministro de la Iglesia de Dios en Panamá, ejerciendo también el ministerio radial y el de la música. Durante su niñez, aproximadamente a los diez años de edad, motivado por su madre, inició sus primeras clases de música con una tutora que impartía lecciones de piano, en la comunidad donde residía. Transcurrido el año, continuó con las lecciones de piano, ahora con el organista de la iglesia a la cual pertenecía, por aproximadamente 2 años, después de lo cual ingresó al Conservatorio Nacional de Música en Panamá, en donde recibió lecciones de piano y Teoría Musical. Debido a sus estudios universitarios, tuvo que abandonar el Conservatorio después de un año. Sin embargo, la música permaneció en su ser como parte de su vida, habiendo cobrado un mayor valor y significado después de su entrega al Señor a los 14 años. Por muchos años se desarrolló en el ámbito de la música especialmente en el canto y la dirección coral, Laborando también, por 10 años como maestro de Música y Formación Cristiana en una escuela privada, en donde su visión de la presente condición de la familia y la niñez fue ampliada, desarrollándose en él un profundo deseo y empuje para su restauración.



También tenemos a su disposición:

LITERATURA

LA OBRA DIVINA DE SALVACIÓN
LA MÚSICA ESPIRITUAL

MATERIAL EN AUDIO (CDs)

HIMNOS DE SION Nº 1
(Español e inglés)

CANCIONES PARA NIÑOS Nº 1

APRENDAMOS RELIGIÓN, MORAL
Y VALORES
(Vol. 1)

INSTRUMENTALES Vols. 1 y 2
(Himnos con arreglos de orquestación)

MENSAJES RADIALES

Un compendio de mensajes de
diferentes temas y porciones de la
Biblia para enseñanza, reto y
aliento.

Para consejerías, charlas, seminarios
o ayuda espiritual, contáctenos al:
(507) 221-9275 ó al 6478-9630

Visítenos en:

www.protomlinson.com
protomlinson@protomlinson.com

DIRECCIÓN POSTAL

Gary Tomlinson
Apto. 0819-05196
Zona 6, El Dorado
Panamá, Rep. Panamá

*Porque fuerte es como la muerte el amor...
Las muchas aguas no podrán apagar
el amor...*

Cantares 8:6, 7

Cuando un vendedor le llama para ofrecerle un producto, una de las preguntas más reveladoras que usted le puede hacer es: “¿Usted lo usa?”. Si le dice que no, con todo derecho usted le puede decir:

¡Llámeme cuando lo haga!

Creo que el mérito más grande del libro es que nace de la vivencia de su autor y su familia. Ellos no solo han sido mis amigos y hermanos en Cristo por muchos años, sino también mis vecinos. Puedo dar fe de que ellos practican lo que predicán.

Los Tomlinson no solo están produciendo la “Tierra de Miel” en su hogar, sino que también nos enseñan cómo lo están logrando. En este libro podrá encontrar información práctica que le ayudará a llevar a su hogar a funcionar tal como Dios lo diseñó.

Wesley Jones